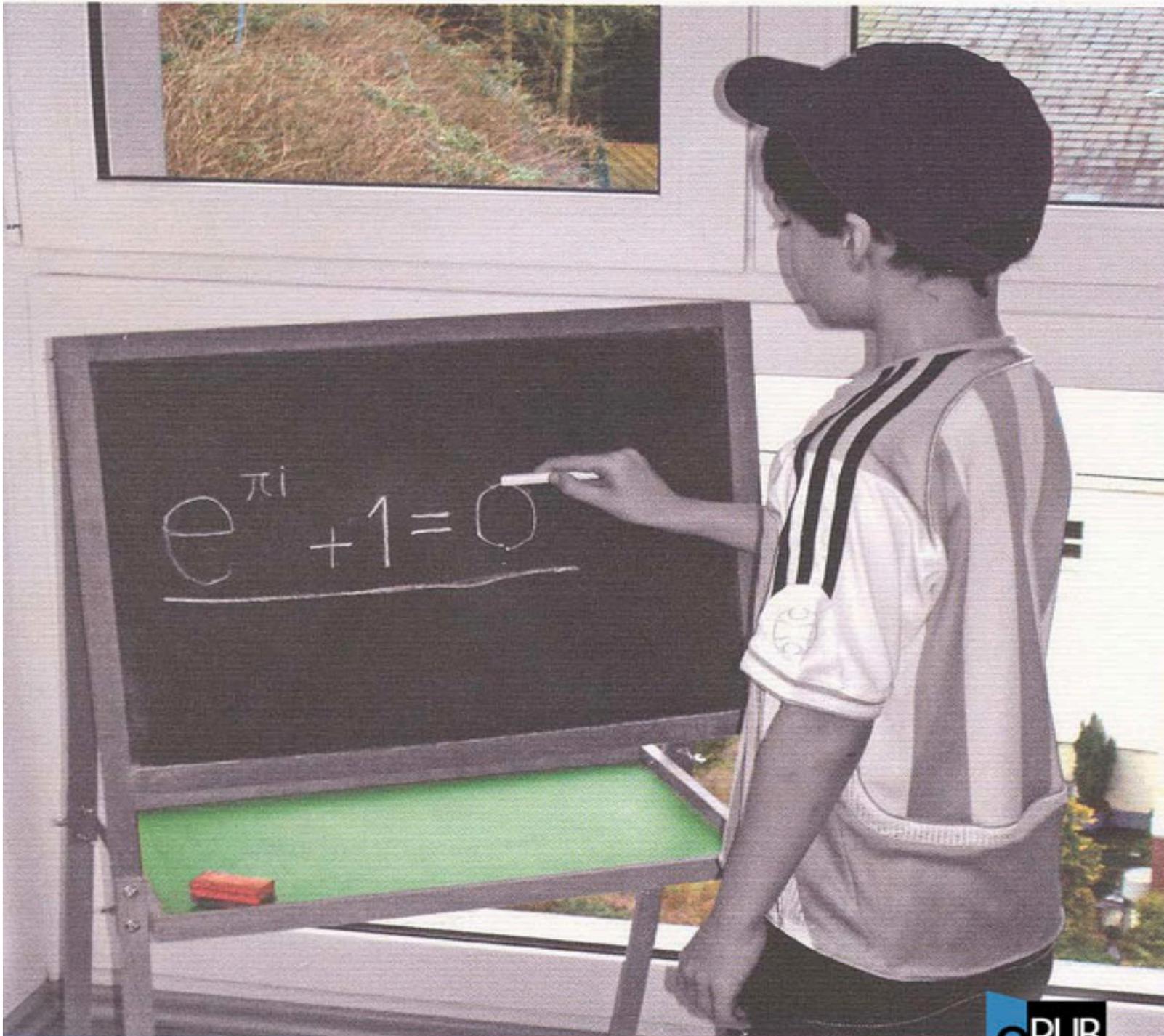


YOKO OGAWA

La fórmula preferida del profesor



Auténtico fenómeno social en Japón (un millón de ejemplares vendidos en dos meses, y otro millón en formato de bolsillo, película, cómic y CD) que ha desatado un inusitado interés por las matemáticas, esta novela de Yoko Ogawa la catapultó definitivamente a la fama internacional en 2004. En ella se nos cuenta delicadamente la historia de una madre soltera que entra a trabajar como asistente en casa de un viejo y huraño profesor de matemáticas que perdió en un accidente de coche la memoria (mejor dicho, la autonomía de su memoria, que sólo le dura 80 minutos). Apasionado por los números, el profesor se irá encariñando con la asistente y su hijo de 10 años, al que bautiza «Root» («Raíz cuadrada» en inglés) y con quien comparte la pasión por el béisbol, hasta que se fragua entre ellos una verdadera historia de amor, amistad y transmisión del saber, no sólo matemático...

Una novela optimista que genera fe en el alma humana, contada con la belleza sencilla y verdadera de un «larguísimo» haiku.



eBooks con estilo

Yoko Ogawa

La fórmula preferida del profesor

博士の愛した数式

ePUB v2.0

jugaor 15.05.12

más libros en epubgratis.me

Título original: 博士の愛した数式 (*Hakase no aishita sushiki*)
Yoko Ogawa, 2003.

Editor original: MadMath (v1.0)

Segundo editor: jugaor

ePub base v2.0

MI HIJO Y YO LE LLAMÁBAMOS PROFESOR. Y el profesor llamaba a mi hijo «Root», porque su coronilla era tan plana como el signo de la raíz cuadrada.

—Vaya, vaya. Parece que aquí debajo hay un corazón bastante inteligente —había dicho el profesor mientras le acariciaba la cabeza sin preocuparse de que se le despeinara.

Mi hijo, que llevaba siempre una gorra para que sus amigos no se burlasen de él, metió la cabeza entre los hombros, a la defensiva.

—Utilizándolo, se puede dar una verdadera identidad a los números infinitos, así como a los imaginarios.

Y dibujó el signo de la raíz cuadrada con el dedo índice en el borde de su escritorio, sobre el polvo acumulado:

$$\sqrt{\quad}$$

Entre las innumerables cosas que el profesor nos enseñó a mi hijo y a mí, el significado de la raíz cuadrada ocupa un lugar importante. Es posible que al profesor —convencido, como estaba, de que era posible explicar la formación del mundo con números— el término «innumerable» le resultara incómodo. Pero no sé expresarlo de otra manera. Nos enseñó números primos hasta llegar a los cientos de miles, así como el número mayor jamás utilizado para una demostración matemática registrado en el *Libro Guinness*, o la noción matemática de transfinito; sin embargo, por mucho que enumere estas cosas y otras más, no guardan proporción alguna con la intensidad de las horas que pasamos con él.

Recuerdo bien el día en que, los tres juntos, intentamos descubrir qué magia es la que coloca los números bajo el símbolo de la raíz cuadrada. Fue a principios de abril, una tarde lluviosa. En el estudio oscuro lucía una bombilla, la cartera de la que mi hijo se había desprendido había aterrizado sobre la alfombra, y por la ventana se veían unas flores de albaricoquero mojadas por la lluvia.

Invariablemente, en cada ocasión, el profesor no sólo esperaba de nosotros una respuesta correcta. Se alegraba cuando, por no saber contestar, acabábamos soltando como último recurso un disparate, en lugar de permanecer obstinadamente callados. Y aun se congratulaba más si la respuesta suscitaba nuevas preguntas que fueran más allá del problema inicial. Tenía una concepción original sobre el «error correcto», de manera que era capaz de darnos de nuevo confianza precisamente cuando más apurados nos veíamos, sin poder encontrar la solución correcta.

—Ahora, veamos: intentemos encajarle el -1 —dijo el profesor.

—Debe dar -1 , multiplicando dos veces un mismo número, ¿no?

Mi hijo, que acababa de aprender las fracciones en la escuela, entendía ya que existían números inferiores al cero, tan sólo con una explicación del profesor que ocupó menos de media hora. Imaginamos, mentalmente, $\sqrt{-1}$. Raíz cuadrada de 100 es igual a 10, raíz cuadrada de 16, igual a 4 y la de 1 es 1, por lo tanto la de -1 es igual a... El profesor nunca nos metía prisa. Le gustaba

más que nada contemplar la cara de mi hijo y la mía cuando nos poníamos a pensar detenidamente.

—Pero... ese número... ¿quizá no exista? —comenté con prudencia.

—Sí, claro que sí, está aquí —señaló su pecho—. Es un número muy discreto, no se muestra en público, pero está ahí dentro del corazón y sostiene el mundo con sus pequeñas manos.

Guardamos de nuevo silencio para meditar sobre la raíz cuadrada de -1 , que, al parecer, extendía sus brazos al máximo desde un lugar lejano y desconocido. Sólo se escuchaba el sonido de la lluvia. Mi hijo se puso la mano en la cabeza como para comprobar una vez más cómo era una raíz cuadrada.

Pero el profesor no sólo se limitaba a enseñar. Era reservado con todo lo que desconocía, tan discreto como la raíz cuadrada de -1 . Cuando necesitaba algo de mí, se me dirigía diciendo:

—Perdone, pero...

Siempre pedía excusas; incluso cuando quería que ajustara el temporizador del tostador a tres minutos y medio, nunca olvidaba añadir un «perdone». Yo giraba el botón, él alargaba el cuello, mirando dentro del tostador hasta que el pan terminaba de tostarse. Prestaba la misma atención al proceso de tueste del pan que al progreso hacia la verdad de las demostraciones matemáticas, como si aquella verdad tuviera el mismo valor que el teorema de Pitágoras.

Fue en marzo de 1992 cuando me mandaron por primera vez a casa del profesor, por medio de la Agencia de Trabajos Domésticos *Akebono*. A pesar de que era la más joven entre las asistentes inscritas en aquella agencia de una pequeña ciudad que daba al Mar Interior de Seto, ya tenía más de diez años de experiencia. Durante esos años mi relación con los amos de las casas había sido buena, y me sentía orgullosa de ser una buena empleada del hogar. Nunca me quejaba de mi trabajo al jefe de la agencia, aun cuando me viera obligada a trabajar para clientes problemáticos, a los que otras se negaban a servir.

En el caso del profesor, vi que sería un cliente complicado sólo con mirar su ficha de cliente. Cuando se cambiaba una asistente debido a la queja del cliente, se estampaba un sello en forma de estrella, con tinta azul, en el dorso de la ficha, y en la del profesor se contabilizaban ya nueve estrellas. Era un récord entre todas las casas que yo había visto hasta entonces.

Cuando fui al domicilio del profesor para la primera entrevista, me atendió una señora anciana, delgada y de aspecto elegante. Llevaba el cabello teñido de castaño y recogido en un moño, un vestido de punto, y sostenía un bastón negro con la mano izquierda.

—Desearía que atendiera a mi cuñado menor —dijo.

Al principio no entendí qué relación había entre el profesor y la anciana dama.

—No sabemos ya qué hacer, porque ninguna se queda mucho tiempo. Cada vez que viene una nueva asistente, hay que volver a enseñarle todo desde el principio, y eso lleva mucho tiempo y trabajo.

Por fin entendí que su cuñado menor significaba, en realidad, que era más joven que ella.

—No es que le estemos pidiendo nada excesivamente complicado. Se trata de venir de lunes a viernes, a las 11 de la mañana, prepararle la comida, ordenar y limpiar la casa, ocuparse de las compras y prepararle la cena antes de marcharse, a eso de las 7 de la tarde. Eso es todo.

La expresión «cuñado menor» en boca de ella sonaba dubitativa. A pesar de sus buenos

modales, su mano izquierda toqueteaba sin cesar el bastón. De vez en cuando me lanzaba alguna mirada circunspecta, procurando no cruzar su mirada con la mía.

—En el contrato entregado a la agencia constan por escrito los detalles. En cualquier caso, por nuestra parte, nos basta con que sea una persona que le cuide bien para que pueda llevar una vida normal y corriente.

—El señor, su cuñado, ¿dónde está ahora? —le pregunté. La anciana señaló con la punta del bastón hacia un pabellón anexo que estaba al fondo del jardín. Tras un seto de fotinia escrupulosamente podado, se veía a través de una verde espesura un tejado de tejas de color bermejo.

—No deberá usted andar yendo y viniendo del pabellón a la casa. Su lugar de trabajo será tan sólo el pabellón de mi cuñado menor. El pabellón tiene su propia entrada, que da a la calle, en la fachada norte, de manera que mejor será que utilice ese acceso. Los problemas que cause mi cuñado deberá usted solucionarlos en el mismo pabellón. Espero que me haya comprendido. Tan sólo le pido que respete esta norma.

La anciana dio un golpecito en el suelo con el bastón. Comparadas a las exigencias sin sentido de anteriores patronos como, por ejemplo, llevar trenzas con lazos diferentes todos los días, servir el té a una temperatura ni superior ni inferior a los setenta y cinco grados, o saludar con las manos en forma de plegaria al lucero de la tarde cuando éste aparece en el cielo, aquellas reglas no me parecían demasiado difíciles.

—¿Podría ser presentada a su cuñado?

—No es necesario.

Se negó de manera tan tajante que me sentí como si, irremediablemente, hubiera dicho algo inconveniente.

—Aunque hoy la viera, mañana él la habría olvidado. Por eso no es necesario.

—¿Qué quiere usted decir...?

—Pues bien... le seré franca. Tiene trastornos de memoria. No es que esté ido. Digamos que las neuronas le funcionan normalmente, pero hará unos diecisiete años se le averió una parte del cerebro y perdió la facultad de recordar las cosas. Se golpeó la cabeza en un accidente de tráfico. Su memoria se acaba en 1975. Desde entonces, por más que intente acumular nuevos recuerdos, se le borran enseguida. Recuerda teoremas y fórmulas matemáticas que él mismo descubrió, pero no es capaz de recordar lo que cenó anoche. Para entendernos, es como si en su cabeza sólo pudiera ponerse una cinta de video de ochenta minutos. De tal manera que si graba encima de esa cinta, los recuerdos anteriores grabados hasta entonces van desapareciendo. La memoria de mi cuñado menor no dura más de ochenta minutos. Es decir, para ser exactos, una hora y veinte minutos.

Sin duda había repetido muchas otras veces aquella misma explicación. La anciana hablaba sin vacilaciones, sin ningún sentimiento.

No me era fácil hacerme una idea concreta de lo que es una memoria de ochenta minutos. Había cuidado enfermos algunas veces, pero no parecía, ni por asomo, que esa experiencia me fuera a servir de mucho. Entonces, aunque demasiado tarde, recordé muy vivamente las estrellas azules alineadas en la ficha.

Según lo que se divisaba desde la casa principal, el pabellón estaba solitario y parecía deshabitado. En el seto de fotinia había una puerta que giraba sobre goznes de diseño antiguo y que comunicaba con el pabellón. Al mirar detenidamente, descubrí que tenía una cerradura enorme, completamente oxidada, cubierta de excrementos de pájaros; según me pareció, por mucho que se intentara introducir una llave, no se abriría.

—Entonces quedamos a partir de pasado mañana, lunes, si no tiene inconveniente —declaró en tono resuelto, como intentando evitar ulteriores consideraciones o intromisiones innecesarias.

Y así fue cómo me convertí en la asistente del profesor.

En comparación con la estupenda casa principal, el pabellón, más que modesto, era miserable. Tenía una sola planta, recogida y fría, y parecía haber sido construido a regañadientes, como por necesidad. Tal vez para disimular aquella condición, alrededor del pabellón crecía la vegetación de forma libre y salvaje. No daba el sol en la entrada, y el timbre estaba estropeado.

—¿Qué número de pie calzas?

Lo primero que me preguntó al decirle que yo era su nueva asistente no fue mi nombre, sino qué número de pie calzaba. No me saludó, ni de palabra ni con un gesto. Yo, siguiendo la regla de oro de toda asistente, según la cual no se puede responder con una pregunta, contesté a su pregunta:

—El 24.

—Vaya, es un número muy resuelto, la verdad. Es el factorial de 4.

El profesor cerró los ojos con los brazos cruzados. El silencio se mantuvo durante un momento.

—¿Qué es el factorial?

No sé por qué se lo pregunté, pero pensé que sería oportuno seguir hablando un poco más de aquello, ya que, al parecer, el número del calzado iba a ser algo importante para mi empleador.

—Si multiplicamos los números naturales, del 1 al 4, nos da 24 —contestó el profesor sin abrir los ojos—. ¿Cuál es tu número de teléfono?

—Es el 567 14 55.

—¿El 5671455? ¡Vaya maravilla! ¡Es igual a la cantidad de números primos que existen hasta cien millones!

El profesor iba asintiendo con la cabeza, como si estuviera muy contento.

Aunque no entendí cómo ni por qué era maravilloso mi número de teléfono, su cálida voz me sonó afectuosa. No parecía que quisiera exhibir sus conocimientos, sino que noté más bien cierta reserva y sinceridad. Fue una calidez que me produjo la ilusión de que mi número de teléfono entrañaba un destino especial, y que yo, como su titular que era, tal vez también tendría un destino especial.

Unos días después de acudir regularmente al pabellón como asistente, me di cuenta de que el profesor, cuando estaba confuso, sin saber qué decir, tenía la manía de hablar con números en lugar de palabras. Era la manera que había ingeniado para comunicarse con los demás. Los números eran la mano derecha que tendía para estrechar la del prójimo y, al mismo tiempo, un abrigo para resguardarse de sí mismo. Un abrigo tan pesado que nadie conseguía que se lo quitara, tan recio

que no permitía distinguir el contorno de su cuerpo, aunque se deslizara una mano por encima. Pero por el mero hecho de llevarlo puesto lograba proteger su propio espacio.

Hasta que dejé de ser su asistente, repetimos cada mañana, en la entrada, la conversación de los números. Para el profesor, cuya memoria se desvanecía al cabo de ochenta minutos, cada vez que aparecía yo por la puerta, era siempre una desconocida. Por lo tanto, cada día, sin excepción, él hacía gala de la reserva propia de un primer encuentro. Los números que solía preguntarme eran, aparte de los del calzado y el teléfono, los del código postal, el número de serie de mi bicicleta, cuántos trazos de caracteres chinos había en mi nombre, y, por más variadas que fuesen las respuestas, él les daba enseguida un significado. Nunca parecía esforzarse por encontrar un significado. Era como si las palabras «factorial» o «número primo» fluyeran con toda naturalidad de su boca.

A pesar de que todos los días, a mi llegada, me explicaba el mecanismo del factorial o del número primo, yo disfrutaba con las explicaciones que me daba en la puerta como si fuera el primer día. Escuchando las disquisiciones acerca del nuevo significado de mi número de teléfono (además de servir para poder comunicarme a través de la línea), me sentía confortada y dispuesta a empezar con buen ánimo mi jornada.

El profesor tenía sesenta y cuatro años de edad, y había sido catedrático, especialista en la teoría de los números. Parecía cansado para la edad que tenía. No sólo parecía viejo, sino que también daba la impresión de que los elementos nutritivos no llegaban a todos los rincones de su cuerpo. Su espalda encorvada hacía aún más pequeño su cuerpo de metro sesenta. En los pliegues de su huesuda nuca se acumulaba la suciedad, su cabello, seco, canoso y desaliñado ocultaba a medias sus grandes orejas de la «buena suerte», con enormes lóbulos. Su voz era muy débil y se movía muy lentamente. Para hacer cualquier cosa, tardaba el doble de lo que yo imaginaba.

A pesar de todo, si se observaba detenidamente su cara sin fijarse en aquella fragilidad suya, tenía un rostro hermoso. Sin duda había sido un hombre apuesto. Los rasgos finos, la mandíbula algo pronunciada todavía resultaban atractivos.

Llevaba traje y corbata todos los días sin excepción, en casa y también fuera, aunque apenas salía a la calle. Tenía tres trajes, el de invierno, el de verano y el de entretiempo, tres corbatas, seis camisas de manga larga y un auténtico abrigo, no de números esta vez sino de lana. Eso era cuanto contenía su armario. No tenía ni un jersey ni unos pantalones de algodón. Para una asistente era el armario ideal, muy fácil de ordenar.

Tal vez desconocía la existencia de otra ropa que no fueran los trajes. No le interesaba qué tipo de ropa llevaban los demás; menos malgastaría pues el tiempo preocupándose por su aspecto. Por la mañana se levantaba, abría el armario y se ponía el traje que no estaba metido en la funda de plástico de la tintorería; bastaba con eso. Los tres trajes, oscuros y desgastados, casaban tan bien con el aire del profesor que eran como una segunda piel.

Me extiende sobre su ropa porque los papelitos sujetos con imperdibles en cualquier sitio del traje llegaron a desconcertarme. Estaban colocados en los lugares más raros que uno pueda imaginar; en la solapa, la bocamanga, los bolsillos, o en los bajos de la americana, el cinturón de los pantalones, los ojales, etc. Los imperdibles prácticamente deshilachaban el tejido de la chaqueta,

que por eso estaba deformada. Había desde pedacitos de papel arrancados a mano hasta otros amarillentos, casi deshechos por el tiempo, y en cada uno algo escrito. Si quería entender lo que había escrito debía acercarme forzando la vista. Era fácil suponer que apuntaba los asuntos importantes para compensar su memoria de ochenta minutos, y los fijaba en el cuerpo para no olvidar dónde los había dejado. Me resultaba mucho más difícil aceptar aquella estampa que responderle acerca de mi número de calzado.

—Adelante, entra por favor. No puedo atenderte porque tengo trabajo, pero puedes ir haciendo lo que tengas que hacer.

Así era cómo el profesor me daba la bienvenida, antes de que entrase en su estudio, en el que, cuando él se movía, los papeles de las notas al rozar producían un crujido seco.

Según la información que fui recogiendo de las nueve asistentes que se habían despedido de la casa del profesor, la vieja dama de la casa principal era viuda, y su difunto marido era, al parecer, el hermano mayor del profesor. A pesar de que los padres de ambos murieron jóvenes, el profesor pudo ir a la Universidad de Cambridge a cursar estudios de matemáticas gracias a que su hermano hizo prosperar con grandes esfuerzos la fábrica textil que sus padres les habían dejado, y costeó los estudios a su hermano, casi doce años menor. Más tarde, el profesor obtuvo el doctorado (era un auténtico doctor), y justo cuando consiguió plaza en un instituto universitario de investigaciones matemáticas y se independizó, el hermano murió de hepatitis aguda. La viuda, como no tenía hijos, cerró la fábrica y mandó construir un edificio de pisos, y comenzó a vivir de las rentas del alquiler. El hecho que cambió por completo sus vidas fue el accidente de tráfico que sufrió el profesor cuando tenía cuarenta y siete años. Un conductor que se había quedado dormido chocó contra el coche que conducía el profesor en dirección contraria. El choque causó un daño irreversible en el cerebro del profesor. Y como consecuencia de ello perdió su puesto de trabajo en el instituto universitario de investigaciones matemáticas. Desde entonces y hasta la fecha, en que ya había cumplido los sesenta y cuatro años, sin más ingresos que pequeños premios de revistas matemáticas, y sin haberse casado, no tuvo más remedio que contar con la ayuda de la viuda de su hermano.

—Pobre viuda, con un cuñado tan raro pegado como un parásito, que dilapida la herencia de su marido. La compadezco —comentó, afectada, una asistente con cierta veteranía, que se había despedido a la semana, claudicando ante los ataques numéricos del profesor.

El interior del pabellón, igual que la vista exterior, resultaba desangelado. Sólo había dos habitaciones; un salón-cocina y un estudio-dormitorio. Llamaba más la atención por lo desabrido que por su exigüidad. Los muebles eran baratos, el papel de la pared estaba descolorido y el entarimado del pasillo chirriaba desagradablemente al pisarlo. Y no sólo estaba roto, o casi, el timbre de la puerta, sino también los demás enseres de la casa. El cristal del ventanuco del lavabo estaba resquebrajado, el pomo de la puerta trasera de la cocina, medio caído, y la radio de encima del aparador nunca sonaba por mucho que se le diera al botón.

Las primeras dos semanas quedé agotada al tener que ocuparme de muchas cosas que no

entendía. Aunque no era un trabajo físicamente duro, el cuerpo me pesaba y tenía agujetas por todos lados. En las otras casas a las que me mandaban, al principio me costaba coger el ritmo de trabajo, pero en el caso del profesor me costó especialmente. Por lo general, a medida que los patrones me pedían que fuera haciendo tal o cual cosa, iba comprendiendo poco a poco su carácter. Aprendía la manera de repartir mis energías, cómo evitar los problemas y qué era lo que se me exigía en mi trabajo. Sin embargo, el profesor no me pedía nada. Me ignoraba, como si su mayor deseo fuera que yo no hiciera nada.

Pensé que debía limitarme a seguir las instrucciones de la viuda, y ponerme a preparar el almuerzo. Miré, lógicamente, en el frigorífico, así como en todas las estanterías de la cocina, pero no encontré nada comestible, excepto una caja de avena húmeda y macarrones caducados hacía ya cuatro años.

Llamé a la puerta del estudio. Al no obtener respuesta, volví a llamar y se hizo de nuevo un silencio. Aun sabiendo que no era del todo correcto, abrí la puerta y me dirigí al profesor, que estaba de espaldas sentado a su escritorio.

—Perdóneme por interrumpir su trabajo.

Su espalda no hizo ni un solo movimiento. Pensé que estaría un poco sordo o que llevaría puestos tapones en los oídos, de modo que me acerqué.

—¿Qué le gustaría comer? Me ayudaría si me dijera qué tipo de comida le gusta y cuál no, o si tiene alergia a algo.

El estudio olía a papel. Quizá debido a la falta de ventilación, el olor se acumulaba en los rincones. La mitad de la ventana estaba tapada por una estantería de libros. Los que no cabían en las baldas estaban amontonados aquí y allá, y el colchón de la cama arrimada a la pared estaba desgastado. Encima del escritorio sólo había un cuaderno abierto. No había ordenador, y el profesor no tenía ni siquiera un lápiz en la mano. Se limitaba a tener la mirada fija en un punto del espacio.

—Si no tiene ninguna preferencia, voy a preparar algo con lo que hay, si le parece. No dude en pedirme cualquier cosa, lo que quiera, por favor.

Entre las notas que estaban sujetas a su cuerpo, me llamaron la atención éstas: «fracaso del método analítico...», «Hilbert, decimotercer problema...», «función de las curvas elípticas...». Entre los números, signos y palabras enigmáticas, sólo había un papelito de notas que yo podía leer. Sus cuatro esquinas estaban dobladas y el imperdible, oxidado, así que entendí que estaba sujeto desde hacía mucho tiempo.

En la nota se leía: «Mi memoria sólo dura 80 minutos».

—¡No tengo nada que decir! —gritó de repente el profesor, volviendo la cabeza—. Estoy pensando. Que se me interrumpa cuando estoy pensando me duele más que si me estrangularan. Entrar así cuando estoy en pleno diálogo amoroso con los números es una falta de educación, peor que espiar en el cuarto de baño, ¿sabes?

Le pedí perdón una y otra vez con la cabeza baja, pero mis palabras no le llegaron. El profesor volvió de nuevo a mirar fijamente la mirada hacia un punto en el aire.

Que me riñeran el primer día, antes de empezar prácticamente mi trabajo, me desanimó

muchísimo. Temí ser la décima estrella en la ficha. Grabé en mi cabeza que no debía molestarle, pasara lo que pasara, cuando él estaba «pensando».

Pero el profesor pensaba todo el día. Cuando a veces salía del estudio y se sentaba a la mesa, cuando hacía gárgaras en el cuarto de baño, o cuando hacía unos extraños ejercicios para estirar el cuerpo, incluso entonces estaba pensando. Se llevaba la comida a la boca mecánicamente, la tragaba sin masticar apenas, y caminaba con paso tambaleante, como si anduviese por las nubes. No podía preguntarle aquello que no sabía, por ejemplo dónde estaba el cubo o cómo utilizar el calentador. Yo tenía mucho cuidado en no hacer ningún ruido, me abstenía incluso de respirar, y esperaba a que su cabeza hiciera una pequeña pausa mientras corría de un lado para otro en una casa que aún no me resultaba familiar.

Ocurrió un viernes, al final de la segunda semana. A las seis de la tarde el profesor se sentó a la mesa, como de costumbre. Yo le había preparado un estofado de carne con guarnición para que tomara verduras y proteínas de una sola cucharada, pues pensé que sería mejor para él no preparar platos que requirieran quitar cáscaras o espinas, ya que comía prácticamente de manera inconsciente.

Tal vez por haber perdido a sus padres cuando era niño, no tenía buenos modales en la mesa. Nunca le oí decir «gracias, buen provecho»; se le caía comida a cada bocado, y se limpiaba las orejas con la servilleta, sucia y arrugada. Aunque no se quejaba nunca de la comida, tampoco parecía querer distraerse conversando conmigo, que permanecía a su lado.

Me llamó la atención un papelito nuevo, sujeto en la bocamanga, que no estaba el día anterior. Cada vez que metía la cuchara en el plato estaba a punto de mancharse con el estofado.

«La nueva asistenta»

Eran unas letras débiles y pequeñas. Detrás, había dibujada una cara femenina. Con el pelo corto y la cara redonda, tenía un lunar al lado de los labios. Era un dibujo infantil, pero enseguida me di cuenta de que era una caricatura mía.

Imaginé al profesor dibujando, deprisa, antes de que su memoria se borrara en cuanto yo me hubiera marchado. Aquella hojita era el comprobante de que había interrumpido su tiempo máspreciado para pensar en mí.

—¿Le apetece repetir? He preparado mucho, de manera que coma cuanto quiera —le dije hablándole sin reservas y con amabilidad. Por toda respuesta recibí un eructo. El profesor, sin ni siquiera mirarme, se metió en el estudio y desapareció. En el plato de estofado sólo quedaban las zanahorias.

El lunes de la semana siguiente me presenté como de costumbre diciéndole quién era yo al tiempo que señalaba el papelito de la bocamanga. El profesor nos miró a mí y a la caricatura, una y otra vez, y permaneció un instante callado para recordar qué significaba aquella nota, pero enseguida carraspeó y me preguntó de nuevo qué número calzaba y mi teléfono.

Sin embargo, enseguida noté que algo había cambiado en relación con la semana anterior. El profesor me enseñó un atadillo de hojas con gran cantidad de fórmulas matemáticas, y me pidió que lo enviara por correo al *Journal of Mathematics*.

—Perdóname, pero...

Comparado con el tono que empleó cuando me riñó en el estudio, aquellos modales corteses me resultaron difíciles de creer. Fue la primera vez que me pidió algo. Su cabeza había dejado únicamente de «pensar».

—Claro que sí. Descuide.

Copié en el sobre las letras con cuidado de no equivocarme, una tras otra, sin tan siquiera saber cómo se pronunciaban aquellas palabras; puse «Señores del Concurso» y salí pitando hacia la estafeta de correos.

Cuando no estaba pensando, el profesor pasaba mucho tiempo amodorrado en el butacón que estaba junto a la ventana del comedor, de manera que yo podía por fin hacer la limpieza del estudio. Abría las ventanas de par en par, sacaba el edredón y las almohadas al jardín, y pasaba el aspirador a toda prisa. La habitación estaba muy desordenada y llena de cosas desperdigadas, pero, a pesar de todo, resultaba confortable. Aunque aspiraba gran cantidad de pelos caídos debajo de la mesa, o seguían apareciendo palitos de helado con moho o huesos de pollo frito entre las montañas de libros y papeles desparramados, nada me sorprendía demasiado.

Quizá era porque allí dominaba una calma que yo jamás había experimentado. No es que simplemente no hubiera ruido, sino que unas capas de silencio llenaban el corazón del profesor cuando vagaba por el bosque de los números, indiferente a los cabellos caídos y al moho que todo lo invadía. Era un silencio transparente, como un lago escondido en el fondo de un bosque.

No era una habitación falta de confort, pero si me preguntasen si desde el punto de vista de una asistenta tenía algún interés, no tendría más remedio que negarlo con la cabeza. No, no había nada que pudiera estimular la imaginación de una asistenta o bien darle un gustito, como los pequeños objetos divertidos que ilustran la historia de sus dueños, fotografías misteriosas u ornamentos que provocan un suspiro.

Empecé a desempolvar la estantería de los libros. Era extraño que no hubiera ninguno que me apeteciera leer, a pesar de que había tantos: *Teoría del Grupo Matemático Continuo*, *Teoría de los Enteros Algebraicos*, *Investigación sobre la Teoría de los Números...*, Chevalley, Hamilton, Turing, Hardy, Baker... La mitad estaban escritos en idiomas extranjeros, y ni siquiera podía leer sus lomos. Sobre el escritorio había unos cuadernos de apuntes amontonados, lápices del 4B muy gastados y unos imperdibles esparcidos. Era una mesa triste que distaba mucho de un lugar de trabajo intelectual. Únicamente unos restos de goma de borrar mostraban que alguien había estado ahí trabajando la noche anterior.

Mientras iba yo barruntando que un matemático debiera tal vez tener un compás de gran valor, de los que no se venden en una papelería cualquiera, o una regla con funciones complicadas, tiré los restos de la goma, ordené la pila de cuadernos y junté los imperdibles en un lugar. La silla de tela tenía un hoyo con la forma de sus nalgas.

—¿Qué día de qué mes es tu cumpleaños?

Aquel día el profesor no fue directamente al estudio después de la cena. Parecía que buscaba algún tema de conversación conmigo, mientras yo recogía y fregaba los platos.

—El 20 de febrero.

—Vaya...

El profesor había separado las zanahorias de la ensalada de patatas. Retiré los platos y limpié la mesa. Aunque no estuviera pensando, él ensuciaba igualmente la mesa con restos de comida. La primavera estaba ya bien entrada, pero la estufa de queroseno ronroneaba en un rincón del comedor, pues en cuanto caía la tarde el frío era intenso.

—¿Suele usted mandar estudios a los concursos de las revistas? —le pregunté.

—Bueno, no puede llamárseles estudios. Disfruto resolviendo preguntas de revistas para aficionados a las matemáticas. Si tienes suerte, ganas dinero. Hay ciertos millonarios, apasionados de las matemáticas, que financian los premios.

El profesor pasó en revista su cuerpo, y su mirada se posó sobre un papelito sujeto en el borde del bolsillo izquierdo.

—Pues sí... Hoy hemos enviado una demostración al número 37 del *Journal of Mathematics*... Ejem, está bien, muy bien...

Habían transcurrido mucho más de ochenta minutos desde que yo había ido, por la mañana, a la estafeta de correos.

—¡Qué desastre! Lo siento. Debería haberla enviado por correo urgente. Si no llega el primero, no gana, ¿verdad?

—No, no hacía falta enviarla urgente. Es importante llegar a la verdad antes que los demás, pero si la demostración no es hermosa, todo se fastidia.

—¿Pero... se puede distinguir entre demostraciones hermosas y no hermosas?

—Claro que sí —el profesor se levantó, y me dijo rotundamente, mirándome a la cara mientras yo fregaba los platos—: en una demostración verdaderamente bella, la flexibilidad y una solidez impecable están en perfecta armonía, sin contradecirse. Hay muchas demostraciones que aunque no sean falsas resultan aburridas, burdas e irritantes. ¿Comprendes? Es igual de difícil expresar la belleza de las matemáticas que explicar por qué las estrellas son hermosas.

Como no quería decepcionar al profesor, que me estaba contando tantas cosas, dejé de fregar y asentí con la cabeza.

—Tu cumpleaños es el 20 de febrero. Eso da 220, un número realmente encantador. Y me gustaría que vieras esto. Es un premio del Rector de la Universidad que gané con una tesis sobre la Teoría de los Números Trascendentes...

El profesor se quitó el reloj de pulsera y lo aproximó a mis ojos para que lo viera bien. Era un reloj de buena calidad, de fabricación extranjera, que no se correspondía con sus gustos en la ropa.

—Vaya, así que usted recibió un premio magnífico.

—Eso no importa. Ahora, ¿puedes leer estos números que están aquí grabados?

En el reverso del cuadrante del reloj podía leerse «Premio del Rector de la Universidad n^o 284».

—¿Significa el 284^o puesto de honor?

—Puede ser. Pero lo importante es el 284. Veamos, pues; y no es hora de fregar platos. 220 y 284, ¿no te dice nada?

El profesor tiró de mi delantal e hizo que me sentara a la mesa del comedor, sacó un lápiz del

4B, ya muy corto, del bolsillo interior de la americana, y con él escribió aquellos dos números en el dorso de un folleto publicitario.

220

284

No sé por qué, pero los escribió, curiosamente, separados.

—¿Qué te parecen?

Sentí, mientras me secaba las manos mojadas en el delantal, que se avecinaba una disquisición larga y compleja. Quería responder a las expectativas del profesor, que estaba muy entusiasmado. Pero me iba a ser absolutamente imposible poder darle una contestación que pudiera satisfacerle. Para mí, eran simplemente unos números.

—Ah, veamos..., pues... —balbuceé avergonzada—. Los dos son números de tres cifras y... no sé cómo decirlo... son muy similares, ¿no? No hay mucha diferencia entre estos dos números. Por ejemplo, imaginemos que en un supermercado se vende una bandeja de carne picada de 220 g y otra de 284 g. A mí me resultan casi iguales. Como me da lo mismo, compraría la de la fecha más reciente. A primera vista, causan la misma impresión. Las cifras de las centenas son iguales y los números son pares...

—Tienes una auténtica capacidad de observación.

Me felicitaba animosamente, balanceando la correa del reloj, y eso me turbó.

—La intuición es importante. Se atrapan los números por intuición, igual que el martín pescador se lanza en picado sobre las aguas del río, en un acto reflejo, en cuanto ve brillar la aleta dorsal de un pez.

El profesor acercó su silla con el fin de aproximarse a los dos números. Olía a papel, igual que el estudio.

—¿Sabes qué es un divisor?

—Creo que sí. Me parece que lo estudié, hace tiempo...

—El 220 puede dividirse por 1. Y también por 220. No queda resto. Por lo tanto el 1 y el 220 son divisores de 220. Un número natural tiene, siempre, el 1 y él mismo como divisores. Ahora bien, ¿por cuál otro número puede dividirse?

—Por 2, por ejemplo, o por 10...

—Exactamente. ¿Ves cómo lo entiendes? Ahora, vamos a escribir los divisores de los números naturales 220 y 284, excepto ellos mismos. Veamos:

220: 1 2 4 5 10 11 20 22 44 55 110

284: 1 2 4 71 142

Los números que el profesor iba escribiendo eran redondeados y algo inclinados hacia abajo. La mina del lápiz blando se convertía en polvo y se esparcía alrededor de ellos.

—¿Calcula usted mentalmente todos los divisores?

—No, no siempre. Utilizo la intuición que tú también utilizaste antes. Vamos, sigamos con el siguiente paso.

El profesor fue añadiendo signos:

220: 1 + 2 + 4 + 5 + 10 + 11 + 20 + 22 + 44 + 55 + 110

$$284: 1 + 2 + 4 + 71 + 142$$

—Ahora, haz la suma de todo. Despacio; tenemos tiempo.

Me alcanzó el lápiz. Transcribí las sumas en el margen del folleto publicitario. Me hablaba en un tono alentador y con ternura, por lo que no me sentía en absoluto como si estuviera haciendo un examen. Me sentí como encargada de una misión, como si yo fuera la única persona capaz de hallar la respuesta correcta a la compleja demostración en que nos hallábamos sumidos desde hacía un buen rato.

Repasé tres veces los cálculos para comprobar que no hubiera ningún error. No me di cuenta de que había caído la tarde y estaba a punto de anochecer. De vez en cuando llegaba desde la pila de fregar el sonido del agua que aún goteaba sobre la vajilla que había empezado a lavar. El profesor, quieto junto a mí, me miraba fijamente.

—Ya lo tengo:

$$220: 1 + 2 + 4 + 5 + 10 + 11 + 20 + 22 + 44 + 55 + 110 = 284$$

$$284: 1 + 2 + 4 + 71 + 142 = 220$$

—Correcto. Mira qué maravillosa sucesión de números. La suma de los divisores del 220 es igual a 284. Y la de los divisores de 284, igual a 220. Son números amigos. Son una combinación muy infrecuente, sabes. Fermat o Descartes sólo lograron descubrir un par, cada uno de ellos. Estos dos números están unidos por la gracia de un vínculo divino. ¿No te parece hermoso? ¡Que la fecha de tu cumpleaños y el número grabado en mi reloj de pulsera estén unidos por un lazo tan maravilloso!

Nuestras miradas permanecieron fijas en el trivial folleto durante un buen rato. Mis ojos reseguían los números escritos por el profesor y los escritos por mí, encadenados con fluidez, como si se dibujara una constelación que une las estrellas parpadeantes en el cielo nocturno.

AQUELLA NOCHE, EN CUANTO VOLVÍA A CASA y hube acostado a mi hijo, se me ocurrió ponerme a buscar por mi cuenta números amigos. Quería comprobar si de verdad eran parejas de números tan infrecuentes como decía el profesor. Además, pensé que si se trataba de buscar divisores y de sumarlos, incluso yo, que había dejado a medias el instituto, sería capaz de hacerlo.

Sin embargo, enseguida me di cuenta de que el desafío iba a resultar temerario. Elegí los números que me parecían mejores, fiándome de mi intuición, tal y como el profesor me había aconsejado, pero todo resultó inútil.

Al principio hice intentos sólo con números pares de dos cifras, porque me parecía que los pares tendrían más posibilidades, y además era más fácil buscar sus divisores. Al rato, como la situación no parecía aclararse, extendí mi intento a los números impares, y también introduje números de tres cifras, pero tampoco tuve éxito. Los números no hacían sino darse la espalda, indiferentes, y no aparecería ni una sola combinación de números que se tocaran, aunque sólo fuera con la punta de los dedos.

En efecto, lo que el profesor decía era cierto. Mi cumpleaños y el reloj del profesor se habían encontrado tras un gran esfuerzo en la inmensidad del mundo de los números; ambos cuidaban de su relación amistosa, apoyándose por completo el uno en el otro.

Pronto, el papel que tenía al alcance de la mano quedó repleto de números escritos en desorden, y sin darme cuenta, ya no había ningún espacio en blanco. Aunque resultaba algo infantil, estaba haciendo, con todo, una operación lógica. Sin embargo, al final, ya no entendía nada ni sabía cómo seguir.

A pesar de todo, descubrí algo. Si sumaba los divisores de 28, el resultado era 28:

$$28: 1 + 2 + 4 + 7 + 14 = 28$$

No es que aquello fuera a solucionar nada, pero entre todo lo que había intentado, no encontré ningún otro número cuya suma de sus divisores fuera él mismo, aunque a lo mejor se trataba de un modelo frecuente. Sabía que era ridículo usar una palabra tan exagerada como «descubrir». Pero ¿qué le vamos a hacer?; al fin y al cabo era yo quien lo había descubierto.

En medio de una confusión indescriptible, sólo aquella línea permanecía tensa como si estuviera dotada de voluntad propia. Rebosaba energía, casi como si, tocándola, pudiera hacer daño.

Cuando miré el reloj al meterme en la cama, me di cuenta de que el profesor y yo habíamos pasado más de 80 minutos jugando con los números amigos. Aun cuando, para el profesor, los números amigos fueran una verdad pueril, sumamente simple, sin embargo se conmovió, asombrado, como si se diera cuenta por primera vez de su belleza. Parecía un escudero arrodillado ante el rey.

¿Habría ya olvidado el profesor el secreto de los números amigos que ambos atesorábamos? Seguramente ya no podría recordar de dónde o de quién había salido el número 220. Pensando en aquello, me costó mucho dormirme.

Una casa pequeña, que nadie visita, con un teléfono que nunca suena; bastaba con preparar algo de comida para un hombre, que come como un pajarito: el caso del profesor resultaba de lo

más cómodo según la vara de medir de una asistenta. En comparación con mi experiencia pasada, en la que me exigían un rendimiento en un número de horas determinado, estaba contenta de poder dedicar el tiempo suficiente que requieren la limpieza, la ropa y la comida. Aprendí a reconocer el momento en que el profesor comenzaba a resolver un problema para un nuevo concurso, y evitaba molestarlo. Di brillo a la mesa del comedor hasta la saciedad con un barniz especial, remendé el colchón, y me exprimí el cerebro para que el profesor comiera zanahorias sin darse cuenta.

Lo más difícil era comprender el mecanismo de la memoria del profesor. Según la viuda de la casa principal, su memoria estaba parada en 1975, pero yo no podía entender, por ejemplo, qué entendía él por la tarde anterior, o si podía pensar en el día siguiente, o hasta qué punto aquella minusvalía le hacía sufrir.

Que no siempre recordase mi existencia después de varios días, parecía ser verdad. El papelito con mi caricatura sujeto en la bocamanga le indicaba tan sólo que yo era una persona conocida, pero no le ayudaba a resucitar el tiempo que habíamos pasado juntos.

Cuando iba a la compra, procuraba estar de vuelta en una hora y veinte minutos. El temporizador de memoria de 80 minutos que tenía en su cerebro era, como correspondía a un buen matemático, más preciso que un reloj. Yo solía salir del vestíbulo diciendo «hasta luego», y si volvía al cabo de una hora y dieciocho minutos, me recibía diciéndome: «Ah, estás aquí. Gracias por el esfuerzo». Sin embargo, si tardaba una hora y veintidós minutos sus primeras palabras eran: «¿Qué número de pie calzas?» Me preocupaba decir algo inconveniente sin darme cuenta. Me arrepentía cada vez que se me iba la lengua con frases como: «Esta mañana he leído en el periódico que el primer ministro Miyazawa... (el último primer ministro que el profesor recordaba era Takeo Miki)», o si me atrevía a decirle: «¿Por qué no compra un televisor para los próximos Juegos Olímpicos de Barcelona?» (Para él, los de Múnich fueron los últimos).

Sin embargo, aparentemente, él no daba muestras de preocupación. Cuando la conversación derivaba hacia una dirección que no le era posible seguir, se limitaba a esperar que la situación le permitiera volver a decir algo, sin enfadarse ni impacientarse. Nunca intentó hacerme preguntas personales, como cuánto tiempo llevaba haciendo este trabajo, ni de dónde era, ni si tenía familia. Quizá temía molestarme haciéndome las mismas preguntas una y otra vez.

En definitiva, el único tema del que podíamos hablar sin ningún problema era las matemáticas. Desde que empecé a ir a la escuela, había odiado las matemáticas hasta el punto de sentir escalofríos sólo con ver los manuales, pero los problemas de cálculo que el profesor me enseñaba me entraban sin dificultad. No porque yo intentara —como asistenta— adaptarme al interés de mi patrón, sino porque él sabía enseñar. Sus suspiros de admiración ante una fórmula, sus palabras alabando su belleza, el brillo de sus pupilas, eran muy significativos.

Dado que él olvidaba cuanto me había dicho, yo tenía la gran ventaja de poder hacerle la misma pregunta cuantas veces quisiera, sin reserva alguna. Mientras a un alumno normal le basta con una sola vez, yo, para comprender perfectamente algo, necesitaba cinco o diez explicaciones.

—Fue un gran hombre el que descubrió por primera vez los números amigos, ¿no?

—Así es. Fue Pitágoras. En siglo VI anterior a nuestra era.

—¿Existen los números desde hace tanto tiempo?

—Claro que sí. ¿Acaso creías que surgieron a finales de la Era Edo? Los números ya existían antes de que apareciéramos los hombres; ¡no!, incluso antes de que naciera este mundo.

Siempre hablábamos en el comedor. El profesor se sentaba a la mesa o bien se acomodaba en el butacón. Y yo removía el contenido de una olla sobre el hornillo de gas, o fregaba los platos en la pila.

—¿Ah, sí? Yo creía que los números fueron descubiertos por los hombres.

—No, no es cierto. Si hubieran sido descubiertos por nosotros, nadie tendría tantas dificultades, y los matemáticos no harían falta siquiera. Nadie fue testigo presencial del nacimiento de los números. Cuando nos dimos cuenta, ya estaban ahí.

—Por eso las personas inteligentes están dale que dale para entender su mecanismo, ¿verdad?

—Nosotros, los seres humanos, somos demasiado estúpidos para haber creado los números.

Sacudió la cabeza, se arrebujó en el butacón y abrió una revista matemática.

—¿Sabe usted? Cuanta más hambre tenemos, más estúpidos nos volvemos. Así que nutramos hasta el último rincón del cerebro, comiendo mucho, sin dejar nada. Espere un poquito más. Enseguida estará lista su cena.

Yo estaba preparando hamburguesas, mezclando la zanahoria rallada con la carne picada. Eché discretamente las raspaduras a la basura para que el profesor no se diera cuenta.

—Últimamente, cada noche intento encontrar por mi cuenta números amigos que no sean el 220 y el 284, pero es inútil, sabe usted...

—Los números amigos más pequeños siguientes son el 1184 y el 1210.

—¿De cuatro cifras? Entonces es inútil que siga. Incluso le pedí ayuda a mi hijo. Le resulta difícil hallar divisores, pero sabe sumar.

—¿Tienes un hijo? —dijo incorporándose del butacón y levantando la voz, sorprendido.

—Sí...

—¿De cuántos años?

—Tiene 10 años.

—¿10 años? ¡Aún es un crío!

En un instante se le oscureció el semblante al tiempo que perdía la serenidad. Me detuve en la mezcla que estaba preparando con los ingredientes de la hamburguesa, y esperé a que, como solía hacer, me explicara algo sobre el número 10.

—Y tu hijo, en este momento, ¿qué estará haciendo?

—Pues, no lo sé. A estas horas, creo que ya habrá vuelto del colegio y estará jugando al béisbol con sus amigos en el parque o algo así, sin hacer los deberes.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Eres demasiado despreocupada! Pronto va a oscurecer, ¿no crees?

Por más que esperara, no parecía querer resolver el misterio del número 10. En aquel momento el 10 significaba para él solamente un niño pequeño.

—No se preocupe. Está acostumbrado, es así todos los días.

—¿Todos los días? ¿Dejas a tu hijo solo todos los días para amasar hamburguesas, como haces ahora?

—No es que lo deje. Simplemente esto es mi trabajo...

Eché la pimienta y la nuez moscada en el bol, sin comprender por qué el profesor se obstinaba tanto con mi hijo.

—¿Quién le cuida durante tu ausencia? ¿Tu marido vuelve pronto? Estará la abuela, ¿verdad?

—No, desafortunadamente no tengo ni marido ni suegra. Somos dos, y nadie más.

—Entonces, ¿tu hijo está solo en la casa? ¿Está esperando a su madre, en una habitación oscura, con el estómago vacío, y solo? Y su madre está preparando la cena a un desconocido. Mi cena. Ay, ¡qué desagradable! Esto no puede ser, no es posible.

El profesor se levantó como si no pudiera contener la turbación, se tiró del cabello, y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa del comedor. Los papelillos prendidos en su ropa producían un ruido seco al tiempo que partículas de caspa se esparcían y el suelo rechinaba. Apagué el fuego de la sopa, que estaba a punto de hervir.

—No tiene por qué preocuparse —le dije en el tono más suave que pude—. Desde hace mucho tiempo nosotros dos nos las arreglamos así. Un chico de diez años se las apaña bien solo. Tiene el número de teléfono de esta casa, y además, en caso de que tuviera algún problema serio, nuestra casera, que vive debajo, ha prometido ayudarle...

—No puede ser, no puede ser, no puede ser —me interrumpió mientras rodeaba la mesa cada vez más rápido—. No tiene perdón el dejar solo a un crío, pase lo que pase. Si la estufa se cayera y causara un incendio, ¿qué harías? Si un caramelo se le atragantara, ¿quién podría socorrerle? ¡Dios mío! Me horroriza sólo pensarlo. Vete a casa inmediatamente. Si eres una madre, debes preparar la comida a tu propio hijo. Vamos, vuélvete a casa ahora mismo.

Me cogió del brazo e intentó arrastrarme hasta el vestíbulo.

—Espere un poquito más. Sólo me queda hacer esto y freírlo en la sartén.

—No me importa. ¿Y si tu hijo muere abrasado en un incendio mientras tú estás aquí friendo carne picada? Escúchame bien. A partir de mañana, trae a tu hijo aquí. Que venga directamente del colegio. Podrá hacer los deberes aquí, y estará en todo momento con su madre. ¿Acaso estás pensando que mañana lo habré olvidado todo, y no harás caso de lo que te digo? No me subestimes. No me olvidaré. Y no acepto de ninguna manera que no cumplas con lo que hemos hablado.

Desprendió de la nota escrita sujeta a la bocamanga, que decía «nueva asistenta», y detrás de mi caricatura añadió «y su hijo de 10 años» con el lápiz que llevaba en su bolsillo interior.

No pude limpiar la cocina ni tuve tiempo de lavarme las manos. Dejé el pabellón como si me echara de allí, todavía con olor a carne cruda. El profesor había dado muestras de mucho más vigor que en aquella anterior ocasión en que me había regañado diciéndome que no le molestara cuando estaba pensando. Se notaba que se había dejado llevar con mayor violencia porque detrás de la cólera afloraba la angustia. Volví a casa corriendo, pensando qué haría si me encontraba con el apartamento ardiendo en llamas.

Empecé a fiarme del profesor, relajando mi cautela inicial, desde el preciso instante en que él y mi hijo se conocieron por primera vez.

Tal y como habíamos quedado la noche anterior, di a mi hijo el mapa y le dije que viniera directamente desde la escuela a la casa del profesor. A pesar de que sabía que infringía el

reglamento laboral de la agencia llevando a mi hijo al lugar de trabajo, y de no agradarme la idea, no podía oponerme ante la insistencia del profesor.

Cuando mi hijo apareció en la entrada con su cartera a la espalda, el profesor lo miró con cara risueña y lo abrazó con los brazos muy abiertos. Yo no tuve siquiera tiempo de explicarle la situación señalando el papelito escrito «... y su hijo de 10 años». Aquellos brazos tenían toda la ternura necesaria para proteger al ser débil que estaba ante él. Me sentí feliz de ver a mi hijo abrazado por alguien de aquella manera. Casi me entraron ganas de ser recibida yo también de aquella manera por el profesor.

—Bienvenido. Muchas gracias por venir desde tan lejos. Gracias —dijo el profesor.

No le hizo la pregunta matemática que repetía conmigo cada mañana sin excepción.

Mi hijo, un poco desconcertado por aquella inesperada bienvenida, parecía un poco torpe, pero procuraba corresponder al entusiasmo del profesor a su manera, esbozando una leve sonrisa. Luego, el profesor le quitó la gorra a mi hijo (con el emblema de los Tigers) y, acariciándole la cabeza, le bautizó con el diminutivo cariñoso más apropiado para él.

—Tú eres «Root». La raíz cuadrada, es un signo realmente generoso que puede dar refugio dentro de sí a cualquier número sin decir nunca que no a ninguno.

Y añadió el signo a continuación de la nota de la bocamanga:

«La nueva asistenta... y su hijo de 10 años $\sqrt{\quad}$ »

Un día, para aligerar cuanto podía al profesor de su carga, hice unas etiquetas con nuestros nombres. Pensé que si, además del profesor, también nosotros llevábamos unas etiquetas enganchadas que indicaran quiénes éramos, le facilitaba las cosas. Mi hijo, nada más salir de la escuela, cambiaba su distintivo escolar por la $\sqrt{\quad}$. Era una etiqueta muy bien hecha, de manera que por mucho que uno anduviera despistado llamaba forzosamente la atención. Sin embargo, esto no produjo el cambio que yo esperaba. Para el profesor yo seguía siendo la persona a quien se acercaba lentamente con cifras y números, y mi hijo era alguien que estaba allí y a quien podía abrazar por su sola presencia.

Muy pronto mi hijo se acostumbró a aquellos peculiares recibimientos y se sintió a gusto. Él mismo se quitaba la gorra y le mostraba orgulloso su coronilla, mostrándole cuánto merecía el nombre de Root. El profesor, en sus palabras de acogida, nunca olvidaba alabar lo magnífica que es la raíz cuadrada.

La primera vez que el profesor dijo «buen provecho», juntando las manos, frente a la comida que yo había preparado, fue también la primera vez que comimos juntos los tres. El contrato decía que debía preparar la cena a las seis y marcharme a las siete después de retirar la mesa y fregar los platos; sin embargo, el profesor se opuso a aquel horario tan pronto como mi hijo se unió a nosotros.

—Es escandaloso que un hombre coma solo ante un crío hambriento. Si preparas la cena en tu casa después del trabajo, Root no podrá comer nada hasta las ocho. Es absurdo. No es sólo ineficiente sino también irrazonable. Un niño debe estar ya en la cama a las ocho. Los adultos no tenemos ningún derecho a quitarle horas de sueño. Desde la aparición del ser humano, las criaturas siempre han crecido mientras dormían.

Para ser un ex matemático aquella objeción carecía de base científica. De momento, decidí que hablaría con mi jefe para que me descontara de mi sueldo el coste de mi cena y la de mi hijo.

En la mesa, el profesor demostró unos modales exquisitos. Se mantuvo erguido, sin producir ningún sonido intempestivo, y no derramó ni una gota de sopa sobre la mesa ni sobre la servilleta. Ante semejante compostura, me resultó extraño que fuera tan torpe cuando estaba conmigo a solas.

—¿Cómo se llama tu colegio?

—¿El maestro te trata bien?

—¿Qué has comido hoy en la cantina?

—¿Qué quieres ser de mayor? ¿Querrás contármelo?

Mientras exprimía el limón sobre el salteado de pollo y servía judías verdes de guarnición en los platos, el profesor le hacía a Root muchas preguntas. No vaciló en las preguntas sobre el pasado o el futuro. Se notaba que hacía todo cuanto podía para que hubiera buen ambiente en la mesa. Por muy indiferentes que fueran las repuestas de Root, el profesor no dejaba de escucharle con gran atención. Así fue cómo un antiguo matemático, en los umbrales de la vejez, una asistenta y madre soltera que no llegaba todavía a los treinta y un muchachito de escuela primaria pudimos disfrutar de la cena sin sentirnos incómodos por el silencio. Y todo gracias al profesor.

Pero no sólo se amoldaba al humor del niño. También le regañaba con naturalidad cuando Root no se comportaba educadamente y apoyaba los codos en la mesa, o golpeaba los platos, lo que, por cierto, él mismo hacía muchas veces.

—Tienes que comer mucho. Crecer es la tarea de un niño.

—Soy el más bajito de mi clase.

—No has de preocuparte. Ahora estás en la época de acumular energía y, cuando explote, crecerás de golpe. Muy pronto podrás escuchar el sonido de los huesos que se estiran.

—¿Profesor, también tú lo escuchaste?

—No, yo, desafortunadamente, parece que gasté la energía inútilmente en otra dirección.

—¿Y eso?

—Tenía buenos amigos, pero debido a una determinada circunstancia, no podían jugar conmigo a dar patadas a las latas de conservas, al béisbol o a los juegos que exigían moverse.

—Tus amigos estaban enfermos, ¿verdad?

—Todo lo contrario. No estaban enfermos. Eran altos, fuertes, y aunque se les empujara no se movían ni un centímetro. Pero como vivían dentro de mi cabeza, no tenía más remedio que jugar solo, aquí dentro. Según parece, yo concentré toda mi energía en esta dirección, y ésta no llegó hasta mis huesos.

—¡Ah, ya lo sé! Esos amigos tuyos son los números, ¿a que sí? Mamá me ha dicho que eres un profesor de matemáticas muy bueno.

—¡Qué inteligente eres! Tienes mucha intuición. Sí, yo no tenía más amigos que los números. Así que los niños tenéis que procurar con ahínco que los huesos crezcan. ¿Entiendes? No dejes lo que no te gusta en el plato. Y si no se te llena la barriga, puedes coger comida de mi plato, sin que te dé vergüenza.

—Vale, gracias.

Root estaba disfrutando de una cena diferente a la habitual. Respondía a las preguntas del profesor, repitió arroz para satisfacerle, y mientras tanto miraba a todos lados de la habitación, lleno de curiosidad, y echaba un ojo a las notas de la americana procurando que el profesor no se diera cuenta.

Yo oía su conversación mientras me decía: mañana añadiré zanahoria cruda a la ensalada, pero ¿qué hará el profesor con ella? Pensando en aquellas cosas, me entró la risa por haberseme ocurrido un plan tan malicioso, y tuve que contenerme.

Desde que nació, Root fue siempre un bebé poco abrazado. Cuando lo vi en la maternidad, en una cuna transparente que tenía forma de barquito, lo primero que pasó por mi cabeza fue algo más cercano al miedo que a la alegría. Apenas transcurridas unas horas desde su nacimiento, aún daba la sensación de que los líquidos amnióticos humedecían e hinchaban la piel de sus párpados arrugados, los lóbulos de sus orejas y los talones. Sus ojos estaban medio cerrados, pero no parecía estar durmiendo, movía tembloroso pies y manos, que asomaban de un jubón demasiado holgado. Era como si se estuviera quejando, con humor, de haber sido abandonado en un lugar equivocado.

Pegada al cristal de la sala de recién nacidos, yo insistía a una desconocida con incontables preguntas: ¿cómo saber que ese bebé es el mío?

Yo tenía 18 años, estaba sola, y no sabía nada. Tenía las mejillas hundidas debido a las náuseas, que duraron hasta el momento mismo en que me subí a la cama de partos, llevaba el pelo maloliente por el sudor, y el pijama con una mancha por haber roto aguas.

Entre unas quince camas colocadas en dos filas, el único bebé que estaba despierto era él. Aún faltaba un rato para que amaneciera. Excepto las siluetas en bata blanca bajo la claridad de la sala de guardia, no había ni una sombra en el pasillo y el vestíbulo. El bebé abrió sus puños cerrados y volvió a doblar los dedos con cierta torpeza. Las uñas, absurdamente pequeñas, estaban azuladas. La sangre de mi mucosa, que él había arañado, se había coagulado entre sus uñas y se veía por transparencia.

—Perdone, por favor, pero podrían... —me acerqué deprisa tambaleándome, hacia la sala de las enfermeras de guardia—. ¿... Podrían cortarle las uñas a mi niño? Como mueve las manos con tanta energía, me preocupa que se haga daño en la cara...

En aquel momento, ¿acaso quería mostrarme a mí misma que era una buena madre? ¿O simplemente no pude soportar que se despertara el dolor de mis mucosas?

Desde que empecé a tener uso de razón, la silueta de mi padre ya no existía. Mi madre había querido a un hombre incapaz de contraer matrimonio, me dio a luz y me sacó adelante ella sola.

Mi madre trabajaba en un salón de banquetes y ceremonias. Al principio hizo un poco de todo, fue progresando, se ocupó de la contabilidad, luego fue encargada del vestuario, los arreglos florales, la decoración de las mesas para los banquetes, y finalmente, tras obtener la calificación necesaria, llegó a ser la gerente.

Tenía un espíritu muy combativo y nada la disgustaba más que la gente me mirara como a una niña de familia pobre, sin padre. Realmente éramos pobres, pero mi madre hacía todo lo posible por que parecíamos ricos, de apariencia y de corazón. Me hacía toda la ropa a mano utilizando retales que le daban los proveedores de trajes de novia con los que trabajaba la empresa, me hizo tomar

clases de piano, negociando con el organista de la sala para que nos las dejara baratas, y colocaba con gracia y esmero en las ventanas de casa las flores que sobraban de los banquetes.

Yo me hice asistente doméstica porque desde pequeña me había ocupado de las labores de la casa, sustituyendo a mi madre. Con dos años, ya me lavaba las braguitas que me había mojado en la cama con el resto del agua de la bañera, y antes de entrar en la escuela primaria empecé a preparar el arroz frito, cortando el jamón con un cuchillo de cocina. Cuando tenía la edad de Root, se me daba bien cualquier tarea, desde las actividades domésticas habituales hasta pagar los recibos de la luz o asistir a la reunión de la comunidad de vecinos.

Mi madre sólo me hablaba de mi padre para decirme que era un hombre apuesto. Nunca me habló mal de él. Por lo visto era un hombre de negocios que tenía un restaurante, pero ella me escamoteaba la información concreta, y se limitaba a repetirme cosas agradables sobre su persona: que era alto y guapo, hablaba muy bien inglés, conocía a fondo la ópera, era un hombre orgulloso pero a la vez modesto, y su sonrisa cautivaba a cualquiera que se encontrara con él...

En mi imaginación, mi padre estaba de pie, posando como una escultura de museo. Por mucho que me acercara a esa estatua, no parecía dispuesto a tenderme la mano, y sus pupilas miraban hacia algún punto lejano.

Cuando entré en la adolescencia empecé a preguntarme que si era verdad cuanto decía mi madre, ¿por qué no nos ayudaba económicamente, dejándonos solas a mí y a ella? Pero para entonces ya había empezado a importarme poco cómo era mi padre. Simplemente escuchaba las fantasías que seguía contándome mi madre, sin decir ni media palabra.

El acontecimiento que desbarató de golpe y porrazo todas aquellas quimeras y que destrozó el edificio que mi madre había levantado con sus ropas de retales, el piano y las flores fue mi embarazo. Sucedió cuando yo acababa de empezar el último curso del instituto.

Él era un universitario que estudiaba ingeniería electrónica, al que conocí donde yo trabajaba por las tardes. Era un chico tranquilo e instruido, pero incapaz de aceptar la responsabilidad de lo que surgió entre nosotros. Sus misteriosos conocimientos sobre ingeniería electrónica que tanto me habían fascinado de nada sirvieron, pues se convirtió en un hombre cobarde que se esfumó dejándome sola.

Aunque a ambas nos unía el hecho de ser madres solteras, o precisamente por eso, no hubo modo de apaciguar el enfado de mi madre. Era una indignación transida por gritos de dolor y de pena. Su emoción era tan violenta que yo era prácticamente incapaz de saber cómo me sentía realmente. Pasada la vigésimo segunda semana de embarazo, me marché de casa. A partir de entonces, perdí todo contacto con ella.

Cuando salí de la maternidad, y tuve que ir a una residencia para madres solteras, sólo salió a recibirme la directora del centro. Doblé y metí la única foto que conservaba del padre de mi hijo en la cajita de madera donde guardaba el cordón umbilical que me habían dado en la clínica.

Cuando me tocó por sorteo una plaza en una guardería para lactantes, me presenté a la entrevista de la Agencia de Trabajos Domésticos *Akebono*. No había otro lugar en el que pudiera hacer valer mis humildes capacidades.

Me reconcilié con mi madre justo antes de que Root entrase en la escuela primaria. Un buen día

nos envió una cartera para el colegio. Yo acababa en realidad de independizarme pues había salido por fin de la residencia para madres solteras. Mi madre aún trabajaba como gerente en el salón de ceremonias nupciales.

Mi madre murió de una hemorragia cerebral, justo cuando la incompreensión mutua se estaba desvaneciendo y yo empezaba a sentirme respaldada con esa abuela cercana.

Por ello me sentí tan feliz, más que el propio Root, cuando lo vi abrazado por el profesor.

Muy pronto nos adaptamos los tres a nuestro ritmo de vida con Root. Mi trabajo era el habitual, excepto la cena, que ahora era para tres. El día que estaba más ocupada era el viernes. Tenía que preparar la comida del fin de semana y congelarla. Por ejemplo, un paté de carne y puré de patatas, pescado cocido y verdura; y le explicaba al profesor, poniéndome algo pesada, con qué debía combinar cada plato y cómo tenía que descongelarlos; pero al final no era capaz de aprender ni el manejo del horno microondas.

A pesar de todo, los lunes por la mañana, cuando yo llegaba, no quedaba nada de lo que le había preparado. El paté de carne, el pescado cocido, descongelados en el microondas, estaban ya en su estómago, y los platos, fregados y guardados en el aparador.

No había duda de que, cuando yo no estaba, la viuda le echaba una mano. Aunque mientras yo estaba trabajando, ella nunca aparecía. No conseguía entender por qué me tenía terminantemente prohibido el paso entre la casa principal y el pabellón. El trato con la viuda era, para mí, un problema difícil de otro tipo.

Para el profesor, los problemas difíciles sólo podían ser matemáticos. A pesar de mis elogios a lo maravilloso que era cuando resolvía preguntas que le llevan largo tiempo de concentración, y cuyas propuestas incluso habían sido premiadas, él no parecía alegrarse.

—Esto no es más que un juego —decía con un tono más triste que modesto—. Los que inventan el problema conocen la solución. Resolver un problema del que tenemos garantía de que existe solución, es como ir de excursión por el monte, con un guía, hacia una cumbre que ya avistamos. La verdad última de las matemáticas está escondida al final del camino, entre los arbustos, sin que nadie sepa dónde. Además, ese lugar no tiene por qué ser la cima. Puede estar entre las rocas de un despeñadero o en el fondo de un valle.

Al final de la tarde, cuando se oía el «¡Ya estoy aquí!» de Root, el profesor salía del estudio sin importarle lo concentrado que pudiera estar con sus matemáticas. A pesar de que odiaba ser interrumpido cuando estaba pensando, abandonó fácilmente aquella manía por Root. Pero como mi hijo, después de dejar su cartera en el suelo, enseguida salía al parque a jugar al béisbol con sus amigos, el profesor regresaba entonces a su estudio un poco desilusionado.

Por eso el profesor se alegraba tanto cuando llovía, pues podía hacer los deberes de matemáticas con Root.

—Cuando estudio en la habitación del profesor, es como si me hubiera vuelto más inteligente.

Como en el apartamento donde vivíamos los dos no había biblioteca, un estudio con libros apilados por doquier le parecía a mi hijo un lugar extraordinario.

El profesor arrinconaba cuadernos, imperdibles y restos de goma de borrar a un lado de la mesa, haciéndole sitio a Root, y abría el cuadernillo de ejercicios de aritmética.

¿Puede cualquier investigador de matemáticas enseñar con tanta pericia la aritmética de la escuela primaria?; ¿o es que el profesor tenía una facultad especial? Explicaba las fracciones, las proporciones o los volúmenes en metros cúbicos de una manera maravillosa. Llegué incluso a pensar que cualquier adulto que tuviera que supervisar los deberes de un niño debería enseñar de aquella manera.

—355 multiplicado por 840..., 6239 dividido por 23, 4,62 más 2,74 da..., 5 y dos séptimos menos 2 y un séptimo son...

Aunque se tratara de simples enunciados o cálculos sencillos, el profesor empezaba por hacerle leer las preguntas en voz alta.

—Todos los problemas tienen un ritmo, ves. Es igual que la música. Si consigues encontrar el ritmo al enunciarlo, leyendo en voz alta, descubres la totalidad del problema e incluso puedes adivinar las partes sospechosas en las que puede haber una trampa escondida.

Root se ponía entonces a leer con una voz clara, que resonaba en las cuatro esquinas del estudio:

—«He comprado dos pañuelos y dos pares de calcetines con trescientos ochenta yenes. El otro día compré dos pañuelos y cinco calcetines iguales con setecientos diez yenes. ¿Cuánto vale un pañuelo y un par de calcetines?»

—Bueno, primero hay que saber por dónde se empieza.

—Ejem... es un poco difícil.

—Efectivamente, es probablemente el más complicado de todos los deberes de hoy. Pero acabas de leerlo estupendamente en voz alta. El problema está constituido por tres frases. Los pañuelos y los calcetines salen tres veces. Has dado perfectamente con el ritmo de x pañuelos, x pares de calcetines y x yenes, que se repite. Esta pregunta sosa y aburrida me ha sonado casi como un poema.

El profesor no escatimaba esfuerzos por elogiar a Root. Aunque pasara mucho tiempo y no avanzara en la solución, el profesor no se impacientaba. Incluso cuando Root se metía en un callejón sin salida, veía en aquello alguna pequeña cualidad, como si recogiera una pepita de oro en el limo del fondo de un río.

—Veamos: ¿por qué no dibujamos las compras de esta persona? Primero, dos pañuelos. Luego, dos pares de calcetines y...

—¡No parecen calcetines! ¡Son orugas verdes y gordas! Lo dibujo yo.

—Vaya, en efecto, dibujados así parecen más unos calcetines. Lo comprendo.

—Me cuesta mucho esfuerzo dibujar cinco pares de calcetines. Esta persona ha comprado la misma cantidad de pañuelos, pero sólo más calcetines. Los que dibujo también se parecen cada vez más a unas orugas...

—Qué va. Están muy bien. Tenías razón. El precio ha aumentado en función del número de calcetines. Vamos a intentar calcular cuánto ha subido el precio.

—Veamos... Son 710 menos 380...

—Sería mejor dejar constancia de las operaciones, sin borrarlas.

—Yo siempre pongo los cálculos detrás de una hoja de borrador.

—Pero, sabes, ocurre que cualquier fórmula, cualquier número, tiene su significación. Hay que tratarlos con cuidado, pues de lo contrario resulta triste para ellos, ¿no te parece?

Yo estaba cosiendo, sentada en el borde de la cama. Cuando los dos empezaban a hacer los deberes, como quería estar con ellos, me las ingeniaba para hacer mi trabajo en el estudio. Allí planchaba las camisas, intentaba quitar una mancha de la alfombra o desenvainaba guisantes. Cuando desde la cocina escuchaba sus risas, me sentía sola, como si me dejaran aparte y, sobre todo, tenía ganas de estar al lado de Root cuando alguien era amable con él.

En el estudio se oía muy bien cómo caía la lluvia. Era como si el cielo estuviera, sólo en aquel lugar, más bajo. Debido a la frondosa vegetación circundante no había que preocuparse por si alguien curioseaba, de manera que yo dejaba las cortinas sin correr aun después de anochecer. Entonces los perfiles de ambos se reflejaban en el cristal y parecían estar mojados. En los días lluviosos, el olor de los papeles se hacía más denso de lo habitual.

—¡Bien! ¡Eso es! Si conseguimos dividirlo, lo habremos conseguido.

—He logrado primero la solución de los calcetines. Son 110 yenes.

—Muy bien. Pero ahora hay que tener mucho cuidado. Parece muy tranquilo, el pañuelo, pero tal vez sea muy astuto y esté fingiendo...

—Es verdad... Pero en todo caso es más fácil empezar con el número más pequeño, así que...

Root erguía su cabeza a la altura de la mesa, un poco demasiado alta para él, se ponía de puntillas, y agarraba un lápiz con la punta mordida. El profesor cruzaba las piernas con aire relajado, contemplaba las puntas de sus dedos, y de vez en cuando se acariciaba la barba descuidada. Ya no era un anciano frágil, ni un académico entregado al pensamiento, sino el legítimo protector de un pequeño ser. Los perfiles de ambos se acercaban, se superponían, formando una sola línea continua. Mezclados con el sonido de la lluvia, se escuchaban ruiditos como el rasgar del lápiz sobre el papel o el castañeteo de la dentadura postiza del profesor.

—¿Puedo escribir la fórmula de cada operación? En la escuela, el maestro se enfada si no las juntamos todas en una.

—Curioso maestro que se enfada, encima de que tenemos tanto cuidado en no equivocarnos, ¿verdad?

—Bueno, bah... A ver, 110 multiplicado por dos es igual a 220. Se los restamos a 380... son 160, así que... 160 dividido por dos son... 80. ¡Ya lo tengo! Un pañuelo vale ochenta yenes.

—Está bien. La respuesta es correcta.

El profesor acarició la cabeza de Root, y mientras lo despeinaba, Root levantó varias veces la mirada hacia él como si no quisiera perderse su cara de satisfacción.

—Ahora me gustaría a mí también ponerte unos deberes, ¿de acuerdo?

—¿Eh?

—No pongas esa cara. Mientras estudiaba contigo, me han entrado ganas de imitar al maestro de la escuela y proponerte un problema.

—¡No es justo!

—Sólo una pregunta, ya verás. Escucha: «¿Cuánto es la suma de los números del uno al diez?»

—Anda, es muy fácil. Lo encuentro enseguida. A cambio, yo también quiero hacerte una

pregunta, para compensar los deberes. ¿Podrías hacer que reparen la radio?

—¿Reparar la radio?

—Sí, porque aquí no se puede saber cómo van los partidos de béisbol. No hay televisión, y además la radio está estropeada. Y ya ha empezado la liga, ¿sabes?

—Vaya... el béisbol...

El profesor dio un largo suspiro, con la mano todavía posada sobre la cabeza de Root.

—¿Cuál es tu equipo favorito?

—Es muy fácil de adivinar, por mi gorra. Los Tigers, ¡claro!

Se puso la gorra que estaba tirada al lado de la cartera.

—¿Los Tigers? Ah, es verdad, los Tigers —murmuró como si hablara consigo mismo, antes de añadir—: yo soy fan de Enatsu. Enatsu Yutaka, la estrella de los Tigers.

—¿De veras? Menos mal que no eres de los Giants. Entonces, debes reparar la radio sin falta —insistió Root. El profesor seguía murmurando algo incomprensible.

Cerré la tapa del costurero y, levantándome de la cama, dije:

—Venga, vamos a cenar.

POR FIN CONSEGUÍ SACAR AL PROFESOR fuera de casa. Desde que había empezado a trabajar para él no había salido a la calle, ni siquiera al jardín; por tanto me pareció que le convendría airearse aunque sólo fuera por su salud.

—Hace un tiempo muy agradable, sabe usted.

No era mentira.

—Con este tiempo, entran ganas de que a uno le dé el sol y respirar a pleno pulmón.

Sin embargo, el profesor se limitó a dar una respuesta evasiva y siguió leyendo un libro sentado en su butacón.

—¿Por qué no va a dar un paseo por el parque y luego pasa por la peluquería?

—¿A qué me conducirían estas actividades? —me contestó, lanzándome una mirada molesta por encima de sus gafas de présbite.

—No hay por qué tener siempre un objetivo, ¿no le parece? Las flores de los cerezos aún no han caído, y las del cornejo florido han empezado ya a abrirse. Si se corta el pelo se sentirá como nuevo.

—Sentirme... ya me siento ahora como nuevo.

—Si estimula la circulación de la sangre moviendo las piernas, puede que se le ocurran buenas ideas para sus matemáticas.

—La circulación de la sangre en las piernas y en el cerebro sigue distintos canales.

—Si se arreglara el pelo, estaría más guapo.

—Hum..., es absurdo.

El profesor siguió argumentando en contra insistentemente, pero forzado por mi tenaz persuasión, acabó cerrando el libro. En el armarito de los zapatos sólo había un par, algo enmohecidos, de cuero.

—¿Me acompañarás, verdad? —preguntó varias veces mientras yo limpiaba los zapatos—. ¿De acuerdo? Vendrás conmigo. No quiero que vuelvas a casa mientras me cortan el pelo.

—No se preocupe. No le dejaré solo.

Por mucho que los cepillé, no quedaron muy bonitos.

El problema estaba en qué hacer con las notas que llevaba por todo el cuerpo. Era seguro que la gente lo miraría con curiosidad. No sabía si debía decirle o no que quitáramos las notas; sin embargo, como él no parecía preocuparse por ello, decidí dejarlo estar.

El profesor caminaba envarado, mirando únicamente a sus pies, sin levantar los ojos hacia un cielo completamente despejado ni echar una mirada a los perros con los que nos cruzábamos o a los escaparates de las tiendas. No sólo no iba relajado sino que la tensión le daba un aspecto más rígido.

—Mire, allí los cerezos están completamente floridos —le dije, pero él no hacía más que asentir vagamente con la cabeza. Caminando y al aire libre, parecía aún más viejo.

Decidimos acabar primero con la peluquería. El peluquero, un hombre amable y despierto, al principio vaciló ante un individuo con una americana tan extraña, pero comprendiendo enseguida

que, sin duda, se debía a circunstancias especiales, se comportó afablemente con nosotros. Seguramente pensó que éramos padre e hija, pues dijo:

—Qué bien que lo acompaña su hija, ¿eh, señor?

Ni yo ni el profesor lo desmentimos. Esperé sentada en el sofá, junto a otros clientes, a que terminara la sesión.

El profesor debía de tener algún recuerdo desagradable asociado a los cortes de pelo, ya que se fue poniendo cada vez más nervioso en cuanto le colocaron la capa. Con la cara tensa, agarrando los reposabrazos como si los dedos fueran a clavarse, frunció el entrecejo. El peluquero intentó tranquilizarle sacando a colación temas intrascendentes, pero no surtió efecto alguno. Muy al contrario, el profesor lanzó inesperadamente las conocidas preguntas: «¿Qué número de pie calzas?», «¿Cuál es tu número de teléfono?», lo cual echó a perder la buena voluntad del peluquero.

Parecía no tenerlas todas consigo a pesar de que mi silueta se reflejaba en el espejo, y por eso giraba la cabeza de vez en cuando para comprobar si yo cumplía o no mi promesa de quedarme con él. Cada vez que se volvía, el peluquero tenía que parar el trajín de las tijeras, a pesar de lo cual se mostró tolerante y no se quejó. Yo le hacía señales levantando levemente la mano con una sonrisa como queriendo decir: «¡estoy aquí!» Mechas de su cabello canoso caían al suelo, deslizándose por la capa. El peluquero no podía ni imaginar que aquel cráneo recubierto de canas era capaz de acertar cuántos números primos existen hasta llegar a los cien millones. Ninguno de los clientes que estaban sentados en el sofá, esperando turno hasta que aquel hombre extraño que estaba frente a ellos acabara, conocía el secreto entre mi cumpleaños y su reloj de pulsera. Pensando en aquello empecé a sentirme inexplicablemente orgullosa. De nuevo le devolví una señal hacia el espejo, con una sonrisa aún más abierta.

En cuanto salimos de la peluquería, tomamos un café de máquina sentados en un banco del parque. El parque tenía un arenero, una fuente y una cancha de tenis. A cada golpe de viento, los pétalos de cerezo se arremolinaban, y el perfil del profesor oscilaba con el brillo del sol que se colaba por entre los árboles. Todas sus notas temblaban sin cesar. El profesor observaba fijamente el borde del vasito como si estuviera probando una bebida rara.

—Ya me lo había imaginado. Está usted muy viril y apuesto.

—Déjate de bromas tontas.

Al decirlo, su habitual olor a papel había sido reemplazado por otro, el de la espuma de afeitar.

—¿Qué especialidad de las matemáticas investigó usted en la universidad? —le pregunté, con la intención de hablar sobre algo relacionado con las matemáticas, en señal de agradecimiento por haber atendido a mi ruego y salido a la calle.

—Es un campo que suele llamarse la reina de las matemáticas —me contestó, después de un ruidoso trago al café—. Es tan hermoso como una reina, noble y al mismo tiempo cruel como un demonio. Es fácil de explicar en pocas palabras, pues son los números enteros que todo el mundo conoce. Estaba investigando la relación de los números 1, 2, 3, 4, 5, 6...

No esperaba que el profesor utilizara una palabra como «reina», que parecía salida de un cuento. Se oía el sonido de una pelota de tenis botando a lo lejos. Una madre que empujaba el

carrito de su bebé, alguien que hacía *footing* y la gente que pasaba en bicicleta, todos los que pasaban delante de nosotros desviaban la mirada, apresurados, al ver al profesor.

—¿Así que está usted descubriendo esa relación?

—Efectivamente, es un descubrimiento. No es una invención. Es como excavar y sacar de debajo de la tierra teoremas que ya existían mucho antes de que naciera, sin que nadie haya detectado su existencia. Es como transcribir línea tras línea una verdad que sólo está escrita en el cuaderno de Dios. Nadie sabe dónde está ese cuaderno ni cuándo se abre.

Al decir «teoremas que ya existían...», señaló el punto en el espacio que siempre fijaba cuando estaba «pensando».

—Por ejemplo, cuando estaba estudiando en Cambridge me ocupaba de la teoría de Artin sobre las formas cúbicas con coeficientes enteros. Basándome en la idea llamada método del círculo, utilicé la geometría algebraica, la teoría de los números enteros y la aproximación diofántica... Intenté hallar el camino intermedio, una fórmula aún no descubierta por las conjeturas de Artin... Al final, una demostración obtenida sobre un tipo al que se le aplican unas condiciones especiales...

El profesor recogió una ramita que estaba debajo del banco, y escribió algo en el suelo. No hubiera podido decir qué era ese «algo». Había cifras, letras y signos misteriosos que formaban una serie continua. No entendí ni una sola de las palabras que pronunció, y sin embargo comprendí que allí había una lógica imparable y que el profesor avanzaba en medio de ella. Se le veía digno, con un aire majestuoso. Los nervios de la peluquería habían desaparecido. La ramita medio seca siguió grabando sin cesar la voluntad del profesor en el suelo. Antes de que me hubiera dado cuenta, a nuestros pies se extendía una especie de encaje de dibujos tejido de fórmulas entrelazadas.

—¿Puedo hablarle sobre un descubrimiento mío? —me sorprendí a mí misma preguntándole cuando la ramita dejó de moverse y volvió el silencio.

Quizá se debió a que me entraron ganas de participar en todo aquello, fascinada como estaba por la belleza de aquellos dibujos como un encaje. Y además estaba convencida de que el profesor no echaría por tierra mi descubrimiento aunque fuera demasiado infantil.

—Si sumamos los divisores de 28, tenemos 28.

—¡Oh...! —exclamó, y al lado de su razonamiento sobre la teoría de Artin, escribió:

$$28 = 1 + 2 + 4 + 7 + 14$$

—Es un número perfecto.

—Número, perfecto... —murmuré saboreando la resonancia de una palabra tan cautivadora.

—El número perfecto más pequeño es el 6. $6 = 1 + 2 + 3$.

—Ah, es verdad. Así que no es nada extraordinario.

—Sí, qué va, al contrario. Es un número maravilloso que encarna verdaderamente el significado de «perfecto». Después del 28 viene el 496. $496 = 1 + 2 + 4 + 8 + 16 + 31 + 62 + 124 + 248$. Después de éste viene el 8128. Luego, el 33550336. Y después, el 8589869056. Cuanto más se avanza, más difícil es hallar el número perfecto.

Me quedé asombrada al escuchar cómo el profesor barajaba números del orden de cien millones como si tal cosa.

—Naturalmente, excepto en los números perfectos, la suma de los divisores de un número, o bien lo supera o bien es inferior a él. Cuando lo supera, se llama número abundante y cuando es inferior, se llama número deficiente. ¿No te parece que son en verdad apelativos muy claros? En el caso del 18 es $1 + 2 + 3 + 6 + 9 = 21$, por lo tanto un número abundante. Y para el 14, ya que sumamos $1 + 2 + 7 = 10$, es un número deficiente.

Imaginé el 18 y el 14. Después de escuchar la explicación del profesor ya habían dejado de ser unos números cualesquiera. El 18 aguantaba el peso excesivo de la carga sin que nadie lo supiera, y el 14 se detenía silencioso ante el vacío creado por la escasez.

—Hay tantos números deficientes como se quiera superiores sólo en 1 a la suma de sus divisores, y sin embargo, no existe ningún número excesivo inferior solamente en 1 a la suma de sus divisores. O sería mejor decir que aún no ha sido encontrado por nadie.

—¿Y por qué no se ha encontrado?

—La razón está escrita en el cuaderno de Dios.

Los rayos del sol derramaban su luz tierna y homogénea sobre todo lo que se veía a mi alrededor. Brillaban incluso los cadáveres de los insectos, flotando sobre el agua de la fuente. Me di cuenta de que la nota más importante, que estaba colocada en su pecho, «mi memoria sólo dura 80 minutos», estaba a punto de caerse y, alargando la mano, la sujeté de nuevo con el imperdible.

—Ahora vamos a demostrar otra característica de los números perfectos —declaró el profesor volviendo a agarrar la ramita; recogió sus piernas bajo el banco, y dejó libre el espacio del suelo—. Los números perfectos pueden expresarse con la suma de una sucesión de números naturales.

$$6 = 1 + 2 + 3$$

$$28 = 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7$$

$$496 = 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 + 8 + 9 + 10 + 11 + 12 + 13 + 14 + 15 + 16 + 17 + 18 + 19 + 20 + 21 + 22 + 23 + 24 + 25 + 26 + 27 + 28 + 29 + 30 + 31$$

El profesor, extendiendo los brazos todo lo posible, escribió una suma muy larga. Eran líneas simples y regulares. No parecía sobrar nada, rezumaban una tensión afilada y pura que resultaba paralizante.

Una fórmula tan difícil como la conjetura de Artin y la suma de los divisores del 28 nos rodeaban, fundiéndose en una sola cosa. Cada número se convertía en un punto del delicado encaje, y, anudados entre sí, formaban un dibujo de gran precisión. Temiendo borrar los números si movía las piernas por descuido, contuve la respiración.

En aquel momento fue como si el secreto del universo apareciera ante nosotros. El cuaderno de Dios se abrió a nuestros pies.

—Bueno —dijo el profesor—. Quizá vaya siendo hora de que regresemos.

—Sí —afirmé con la cabeza—. Pronto llegará Root.

—¿Root...?

—Sí, mi hijo de 10 años: Root, porque tiene la coronilla tan plana como el signo de la raíz cuadrada.

—¡Ah! Es verdad, tienes un hijo, ¿no? Cuando un niño llega a casa, la madre tiene que estar presente para salir a recibirlo. Venga, démonos prisa. No hay nada más maravilloso que escuchar a

un niño decir «¡Ya estoy en casa!».

Dicho lo cual, el profesor se levantó.

En aquel momento se escuchó un llanto que provenía del arenero. Una niña de unos dos años de edad, a la que quizá se le había metido arena en los ojos, estaba llorando sin soltar su pala de juguete. El profesor se le acercó con una agilidad que nunca antes había demostrado y le dijo algo mirándola a la cara. Sacudió la falda de la niña, que estaba llena de arena, con unas manos cariñosas. Comprendí entonces que aquel hombre adoraba no sólo a Root sino también a todos los niños.

—No se meta —dijo la madre, que apareció de no se sabe dónde; apartó la mano del profesor, y se marchó corriendo con la niña en brazos.

El profesor se quedó solo, de pie, inmóvil en el arenero. Yo, incapaz de ayudarle, me limité a mirar su figura de espaldas. Los pétalos del cerezo cayeron trazando círculos en el aire, añadiendo nuevos dibujos al secreto del universo.

—He hecho bien los deberes. Así que ahora repararás la radio como me habías prometido, ¿eh? Root había entrado corriendo en casa sin decir ni hola. Acto seguido, añadió:

—Aquí tienes.

Y le plantificó ante sus narices el cuaderno de cálculo.

$$1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 + 8 + 9 + 10 = 55$$

El profesor miró concentrado la suma escrita por Root como si comprobara una demostración matemática de alto nivel. No alcanzando a recordar por qué le había puesto aquellos deberes y qué quería decir con lo de reparar la radio, intentaba dar una respuesta a través de aquella suma.

El profesor procuraba siempre no preguntar acerca de los sucesos de hacía más de 80 minutos. Aun cuando se lo habría podido explicar enseguida con sólo preguntarme qué significaban esos deberes y lo de la reparación de la radio, procuró resolver la cuestión por sí mismo intentando encontrar pistas, de un modo u otro, sólo a través del presente. Gracias a la brillante inteligencia de que había sido dotado desde su infancia, seguramente comprendía a fondo el mecanismo de su enfermedad. No era tanto una cuestión de orgullo como que le preocupaba más bien molestar a la gente que vivía en un mundo de memoria normal. Decidí, por tanto, no intervenir de manera intempestiva y dejarlos.

—Vaya, si es la suma del uno al diez.

—Es correcta, ¿no? La he revisado muchas veces, poniéndola por escrito, así es que estoy seguro de que está bien.

—Sí, es correcta.

—¡Bien! Entonces podemos ir enseguida a llevar la radio a la tienda para que nos la arreglen.

—Espera un momento, Root, hombretón... —carraspeó el profesor para ganar tiempo—. ¿Me podrías explicar cómo has llegado a esta solución correcta?

—Pues es muy fácil. Sumando uno tras otro.

—Es una manera honesta. Un método seguro que nadie va a reprocharte.

Root asintió con la cabeza.

—Sin embargo, por un momento piensa esto: si hubiera un profesor más malicioso y te pidiera que sumaras de uno hasta cien, ¿qué harías?

—... Pues lo mismo; sumaría uno tras otro.

—Claro, porque eres obediente. Además tienes paciencia y fuerza de voluntad. Así que podrías llegar a dar el resultado incluso si fuera de uno a cien. Pero si ese profesor fuera quizá tan malo como un diablo, puede que te pidiera la suma de uno a mil, o aun hasta diez mil ¿no? Entonces se reiría a carcajadas viendo al honesto y responsable Root gimiendo y sufriendo ante esas sumas larguísimas. Y esto, dime tú, ¿podrías aguantarlo?

Root sacudió la cabeza.

—Claro que no. ¿Pero vamos a aceptar que un profesor tan malo nos mire con desprecio? No dejaremos que se salga con la suya, ¿verdad?

—... Pero entonces, ¿qué haremos?

—Vamos a tratar de encontrar una manera de calcular más sencilla, que funcione por muy alto que sea el número. Cuando hayamos dado con ella, entonces llevaremos la radio a la tienda de electrodomésticos.

—¡Eh! Esto no es lo que habías prometido. ¡Es trampa, trampa, trampa!

Root pateaba el suelo con los pies.

—Pórtate bien, ya no eres un bebé, me parece a mí —intervine, reprendiéndole.

El profesor, al contrario, mantenía la calma a pesar de las impertinencias de Root.

—Los ejercicios no se acaban cuando uno encuentra la solución. Existe otro camino para llegar a 55. ¿No tienes ganas de recorrerlo?

—No mucho...

Root seguía enfadado.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer. Supongo que como esta radio es muy antigua, aunque hoy la dejemos en la tienda, tardará algunos días hasta que vuelva a emitir algún sonido. ¿Qué te parece si competimos a ver si la radio se arregla primero o si tú encuentras antes otro camino para la suma?

—Bueno... Pero, la verdad es que no estoy seguro de que pueda. Otra manera de sumar del uno a diez...

—Vaya, ¿qué te pasa? No sabía que fueras tan cobarde. ¿Te rindes antes del combate?

—Vale, de acuerdo. Lo intentaré. Pero no sé si será a tiempo, antes de que la radio esté arreglada. Yo también estoy bastante atareado.

—Está bien, está bien...

Como tenía por costumbre, el profesor acarició la cabeza de Root, y añadió:

—¡Ah, sí! Como es una promesa muy importante, la apuntaré antes de que se me olvide.

Arrancó una hoja de su cuaderno, escribió a lápiz los puntos esenciales y la sujetó con un imperdible en un rinconcito que quedaba libre en la solapa de su chaqueta.

Sus ademanes eran precisos, de una habilidad sorprendente, en nada comparables a la torpeza que demostraba en su vida cotidiana. Incluso se hubiera dicho que eran las manos de un experto.

La nueva anotación se integró inmediatamente entre todas las demás.

—Que termines los deberes antes de que empiece la retransmisión de béisbol. Que mientras comes, la radio esté apagada. Y que no molestes al profesor cuando trabaja. ¿De acuerdo? Es todo cuanto te pido —le dije con claridad.

Y Root asintió como si estuviera harto.

—Lo sé, no hace falta que me lo repitas. Los Tigers van bien este año. Hasta el año pasado fueron siempre colistas, dos temporadas seguidas, pero el equipo de este año es diferente. Han ganado a los Giants al comienzo de la liga.

—¿De veras? ¿Los Tigers están en forma? —preguntó el profesor—. ¿Y cuál es ahora el promedio en las carreras de lanzamiento de Enatsu?

Continuó sus preguntas mirando alternativamente hacia mí y hacia Root.

—¿Y a cuántos contrarios ha eliminado?

Después de un silencio, Root contestó:

—Enatsu fichó por otro equipo. Antes de que yo naciera... y además, está retirado.

Tras una exclamación de sorpresa, el profesor se quedó sin palabras y parado.

Era la primera vez que yo lo veía tan sorprendido y perturbado. Pese a que siempre se tomaba con calma todo aquello que su memoria no conseguía abarcar, aquella vez era diferente. Se encontraba en una situación sin salida, en la que no sabía cómo disimular lo sucedido. Viéndolo de aquella manera, no pude ni tan sólo pensar en que Root lo estaría pasando también muy mal al darse cuenta de la gravedad de lo que le había dicho al profesor.

—Pero... ganó muchos partidos con los Carps... incluso la liga... fue el mejor jugador del campeonato —añadí yo con intención de calmarle aunque sólo fuera un poco; pero más bien produjo el efecto contrario.

—¿Qué? ¿Has dicho los Carps de Hiroshima? ¡Qué barbaridad! No puede uno ni imaginarse a Enatsu vistiendo otro uniforme que no fuera el de rayas verticales de los Tigers...

Apoyó los dos codos sobre el escritorio alborotándose los cabellos que acababa de arreglarse en la peluquería. Cayeron pelitos cortos sobre el cuaderno de matemáticas. Ahora le tocaba a Root tocar la cabeza del profesor. Root acariciaba aquel cabello desordenado como si quisiera expiar la falta que había cometido.

Aquella noche, Root y yo caminamos en silencio hasta nuestro apartamento.

—¿Hoy también juegan los Tigers?

A pesar de mis preguntas, Root me contestaba con la cabeza y un total desinterés.

—¿Y contra quién juegan?

—Contra los Whales de Taiyo.

—¿Crees que van ganando?

—No lo sé.

La luz de la peluquería donde habíamos ido por la tarde estaba apagada, no había ni rastro de gente por el parque, y tampoco podrían verse en la oscuridad las fórmulas escritas con la rama.

—No debería haber sido tan bocazas —dijo Root—. No sabía que al profesor le gustara tanto Enatsu.

—Yo tampoco lo sabía —le contesté de una manera posiblemente inadecuada para consolarlo—. No te preocupes. No pasa nada. Mañana todo volverá a ser como antes. Mañana Enatsu volverá a ser la estrella de los Tigers para el profesor.

Igual de difícil que el problema que nos planteaba Enatsu eran los deberes que nos había puesto el profesor.

En efecto, tal y como había vaticinado el profesor, el dueño de la tienda de aparatos eléctricos adonde llevamos la radio se quedó perplejo diciendo que nunca antes había visto un modelo tan antiguo, pero al final nos prometió que intentaría tenerlo listo en una semana. En cuanto a mí, todos los días, al volver a casa después de la jornada de trabajo, pensaba en cómo encontrar un sistema para «la suma de todos los números naturales del 1 al 10». En realidad era tarea de Root, pero como enseguida él se dio por vencido, me vi obligada a ocuparme de ello. Creo que lo hice porque me preocupaba lo ocurrido con Enatsu. No quería desilusionar más al profesor, y sobre todo, quería complacerle. Para ello no había otra manera de aproximarse a él que no fuera a través de las matemáticas.

Leí en voz alta la pregunta, tal y como el profesor pedía siempre a Root que lo hiciera.

— $1 + 2 + 3 + \dots + 9 + 10$ es igual a 55. $1 + 2 + 3 + \dots + 9 + 10$ da 55. $1 + 2 + 3 + \dots$

Pero no me fue de mucha ayuda. Sólo me hizo caer en la cuenta de lo simple que era la fórmula en comparación con la opacidad de lo que yo estaba buscando.

Más tarde probé a escribir los números del 1 al 10 en hileras verticales y horizontales, a separarlos en grupos pares e impares, números primos y no primos, e incluso utilicé cerillas y fichas. También durante el trabajo, en cuanto tenía un hueco, intentaba encontrar una pista que condujera a la solución, y no paraba de escribir números en el dorso de los folletos publicitarios.

En el caso de los números amigos, había infinidad de fórmulas de cálculo, y bastaba con dedicarle tiempo para poder avanzar. Sin embargo, esta vez se trataba de algo distinto. Plantease el problema de la manera en que lo plantease, la sensación que tenía era vaga e insegura, y acabé finalmente por no saber ni qué quería hacer. Era como si estuviera girando en torno a una incongruencia, como si poco a poco estuviera retrocediendo en mi propósito. En realidad, la mayor parte del tiempo lo pasaba con la mirada puesta en el dorso de los folletos publicitarios.

A pesar de todo, no renuncié. Desde los tiempos en que me había quedado embarazada de Root no había pensado tan a fondo en un problema.

Yo misma me extrañaba de ser capaz de esforzarme tanto en un juego para niños del que no podía sacarse provecho alguno. Tenía siempre presente la figura del profesor, pero, poco a poco, todo lo demás fue alejándose de mí y, a mi pesar, el reto del problema fue tomando un cariz cada vez más serio. Cada mañana, al despertarme, la primera imagen que ocupaba mi campo de visión era la fórmula « $1 + 2 + 3 + \dots + 9 + 10 = 55$ », y permanecía allí durante todo el día. Impregnaba mi retina como si fuera una sombra, de manera que me era imposible ahuyentarla o ignorarla.

Al principio, aquello era simplemente una pesadez, pero fue convirtiéndose en una obsesión y, al poco tiempo, por extraño que parezca, me consideré incluso encargada de una misión. Pocas eran las personas que conocían el significado oculto de aquella fórmula. La mayoría concluirían su vida sin tan sólo sospechar su existencia. Y en aquel momento, una asistente del hogar, que debería

hallarse muy lejos de esa fórmula, estaba a punto de abrir esa puerta secreta gracias a una ironía del destino. Sin darse cuenta, desde que había sido enviada por la Agencia de Trabajos Domésticos *Akebono* a casa del profesor, había sido tocada por un rayo de luz que alguien había emitido y le había sido asignada una misión especial.

—Oye, ¿no te parezco así igual que el profesor cuando «está pensando»?

Posé apoyando los dedos sobre la sien, con el lápiz entre el dedo corazón y el índice. Aquel día, a pesar de haber emborronado todos los folletos publicitarios que habían llegado, seguía sin haber dado con ningún resultado.

—¡Qué va! El profesor, cuando está resolviendo problemas de matemáticas, no habla a solas como tú haces, ni se toca las puntas abiertas del pelo. Su cuerpo está allí pero es como si su corazón estuviera muy lejos —me contestó Root—. Además, la dificultad del problema que estás intentando resolver no tiene nada que ver con los de él.

—Eso ya lo sé yo. ¿Pero para quién crees que estoy haciendo este esfuerzo? ¡Me gustaría que vinieras aquí conmigo y pensaras tú también, en lugar de leer sólo libros de béisbol!

—Yo sólo he vivido un tercio de lo que tú has vivido. Además, son ejercicios absurdos.

—Sacar las fracciones al momento, eso sí es un progreso, ¿no te parece? Y es gracias al profesor, ¿no?

—Digamos que sí... —dijo Root mirando el reverso de la propaganda al tiempo que asentía con la cabeza, dándose un aire serio.

—Vas por buen camino, ¿verdad?

—Qué manera más irresponsable de animar a alguien.

—Bueno, es mejor animarte que no hacerlo, ¿o no?

Y enseguida regresó a sus libros de béisbol.

Tiempo atrás, cuando me echaba a llorar por las injusticias de los empleadores conmigo (me habían acusado sin motivo de robar, delante de mis propios ojos habían tirado al cubo de la basura la comida que había preparado, me habían llamado inútil, etc.), Root, que aún era pequeño, me consolaba:

—Tú eres guapa, mamá, así que no pasa nada... —me decía con un aire muy convencido. Para él, aquélla era una frase de primera para consolarme.

—¿Ah, sí...? Conque mamá es guapa...

—Claro que sí. ¿No lo sabías? —fingía sorpresa, exagerando, y repetía—: Así que no te preocupes, porque eres guapa.

A veces derramaba lágrimas de cocodrilo para que Root me consolara, aunque no estuviera tan afligida como para llorar. Él fingía, y se dejaba engañar de buena gana.

—¿Sabes lo que se me ha ocurrido...? —dijo Root, de repente—. Que yendo del 1 al 10, sólo el 10 queda como aparte.

—¿Por qué?

—Pues porque es el único que tiene dos cifras.

Tenía razón. Ya había intentado varias veces clasificar los números, sin embargo no había recurrido al método de prestar atención a un solo número de características diferentes.

Al contemplar los diez números de nuevo, la diferencia del 10 destacaba hasta el punto que me quedé decepcionada pensando en por qué no había sido capaz de darme cuenta de ello hasta aquel momento. El 10 era el único número que no se podía escribir sin levantar la mano.

—Estaría bien que no tuviéramos el 10, porque así podríamos repartirlo justo por la mitad.

—¿Qué es eso de repartir por la mitad?

—No lo sabes porque no viniste a la clase con padres del último día. Era por cierto la de educación física, que se me da bien. En esa clase, cuando el profesor da la orden de «¡Reuníos hacia el centro de cada fila!», los que están en el medio de cada fila levantan la mano y los demás se alinean tomando la mano como punto de referencia. Si la fila es de nueve personas, está bien, porque el quinto es el medio, pero en el caso de que la fila sea de diez personas, entonces hay un problema. Una sola persona más, y no es posible repartir por la mitad.

Dejé el 10 en un lugar separado, alineé los números del 1 al 9 y rodeé el 5 con un círculo.

Sin duda, el 5 estaba en el medio. Iba acompañado de cuatro números por delante y otros cuatro por detrás. Estaba muy erguido, alzaba los brazos hacia el cielo orgullosamente y reivindicaba que precisamente él era el legítimo punto de referencia.

En aquel momento, por primera vez desde que nací, experimenté un instante milagroso. En un desierto cruelmente pisado se levantó una ráfaga de viento, y apareció una nueva senda, toda recta, ante mis ojos. Al final de la senda había una luz brillante que me guiaba. Una luz que me daba ganas de seguir la senda y de hundirme en ella por entero, empapándome todo el cuerpo. Comprendí entonces que en aquel momento estaba recibiendo una bendición que lleva por nombre «chispa».

La radio volvió de la tienda de electrodomésticos un viernes, el 24 de abril, día del partido contra los Dragons. Los tres habíamos colocado el aparato en el centro de la mesa del comedor y aguzábamos el oído. Cuando Root giró el botón, a través de las interferencias empezó a escucharse la retransmisión del partido de béisbol. El sonido era tan poco concreto como si llegara a duras penas después de un largo viaje, pero era una auténtica retransmisión de un partido de béisbol. Eran efluvios del mundo exterior, que penetraban por primera vez en el pabellón desde que yo había empezado a trabajar allí... Los tres lanzamos una exclamación de admiración.

—No sabía que se pudiera escuchar la retransmisión del béisbol con esta radio... —dijo el profesor.

—Por supuesto que sí. Se puede escuchar con cualquier tipo de radio.

—Me la compró mi hermano mayor hace tiempo para que estudiara inglés con ella, y pensaba que sólo se podían escuchar clases de inglés.

—Entonces, ¿no has disfrutado nunca por radio con un partido de los Tigers? —inquirió Root.

—Ejem... Pues más bien no. Además aquí no hay televisor, como veis... Y para ser sincero... —confesó balbuceando el profesor—: nunca he visto un partido de béisbol.

—¡No me lo puedo creer! —se sorprendió Root en voz alta, sin reservas.

—Pero no quiero que me juzgues mal. Conozco perfectamente las reglas —añadió el profesor como si quisiera justificarse, aunque no logró calmar el asombro de Root.

—Entonces, ¿no puedes ser un hincha de los Tigers!

—Sí que puedo. Puedo ser un auténtico hincha de los Tigers. En la universidad, voy a la biblioteca durante el descanso para comer, y leo la sección de deportes de los periódicos. Pero no sólo es por la lectura. No hay otro deporte que pueda expresarse con tanta variedad de números como el béisbol. Analizo los porcentajes de bateos o de los lanzamientos de los jugadores de los Tigers. Descubro las modificaciones al milésimo e imagino el desarrollo del partido en mi cabeza.

—¿Y lo pasas bien así?

—Pues claro que sí. A pesar de no tener radio, aún está grabado en mi cabeza con todo detalle el partido en el que Enatsu, aún novato, debutó como profesional y ganó por primera vez contra los Carps, eliminando a 10 bateadores; fue en 1967. O también otro partido en el que Enatsu logró un *no hit no run* en la prórroga bateando él mismo su *home run* final; fue en 1973.

Entonces, el locutor de la radio anunció al primer lanzador de los Tigres: Kasai.

—Por cierto, ¿cuándo lanzará Enatsu de nuevo?

Cuando hizo esta pregunta, Root contestó con toda naturalidad sin turbarse ni pedirme ayuda.

—Según el turno, será un poco después.

Me sorprendió ver que Root era capaz de comportarse como una persona adulta. Habíamos prometido mentir sólo en lo relativo al asunto de Enatsu. Me dolía mentir sobre lo que fuera. Y mucho más al profesor. Al tiempo que yo pensaba estar atendiendo cuidadosamente su enfermedad, me partía el corazón no estar segura de si el resultado sería realmente bueno para él.

Pero habría sido aún más insoportable volver a causarle un choc.

—Tú piensa que Enatsu está detrás, en el banquillo. Intenta imaginarte que está calentando en el *bullpen*, ¿vale, mamá? —me dijo Root.

Como Root no había conocido a Enatsu en activo, fue a consultar libros en la biblioteca, y consiguió toda la información que podía encontrarse sobre él. El resultado total era: 206 victorias, 158 derrotas, 193 juegos salvados y 2987 bateadores contrarios eliminados; su primer *home run* desde que accedió a la liga profesional fue bateado en su segundo partido; y eso que tenía los dedos cortos para un lanzador; el jugador llamado O, que era su contrincante, le había eliminado en numerosas ocasiones, como bateador, y le había hecho muchos *home runs*; pero Enatsu nunca le facilitó a su rival ningún *hit by pitch*; en 1968 estableció un nuevo récord mundial con 401 contrarios eliminados en una temporada; y en 1975 (el año en el que la memoria del profesor se paralizó), al finalizar el campeonato, fue fichado por los Nankai Hawks.

Sin duda, Root, al compartir aunque sólo fuera un poco los recuerdos del profesor, deseaba también percibir con nitidez la figura de Enatsu, más allá de las ovaciones que procedían de la radio. Mientras yo luchaba con denuedo por resolver los ejercicios de cálculo que había puesto el profesor, Root se esforzaba por solucionar a su manera el problema de Enatsu. Ojeando la *Enciclopedia ilustrada de jugadores célebres de béisbol profesional*, que Root había sacado de la biblioteca, me topé con un número que me dio que pensar. El dorsal de Enatsu era el 28. El jugador, en cuanto dejó del Instituto de Osaka para entrar en el equipo de los Tigers, eligió el 28 de entre los números que le propusieron: el 1, el 13 y el 28. Enatsu había llevado a la espalda pues un número perfecto.

Aquel mismo día, después de la cena, presentamos la solución de los ejercicios puestos por el

profesor. Él estaba sentado a la mesa del comedor, y Root y yo nos pusimos de pie frente a él con un bloc de dibujo y un rotulador, y de entrada, le saludamos inclinando la cabeza.

—Ejem, los deberes que nos puso eran: cuál es la suma de todos los números naturales del 1 al 10...

Root se puso más serio que nunca. Carraspeó una vez y escribió en el bloc de dibujo que yo sujetaba, en un renglón horizontal, los números del 1 al 9, antes de escribir el 10 un poco apartado, tal y como habíamos ensayado la noche anterior.

—Sabemos cuál es la solución. Es 55. La conseguí sumando todas las cifras, pero no te ha convencido la respuesta.

Con los brazos cruzados, el profesor prestaba oídos muy atentamente, para no perder ni una sola palabra.

—En primer lugar sólo tendremos en cuenta hasta el 9. De momento nos olvidaremos del 10. La mitad, entre el 1 al 9 está en el 5. Es decir, el 5 es el... eh...

—El promedio —le soplé.

—Ah, sí. Es el promedio. Como en el colegio todavía no me han enseñado a encontrar el promedio, mamá me lo ha explicado. Si sumamos los números del 1 al 9 y dividimos entre 9, tenemos 5, y ... $5 \times 9 = 45$, y ésta es la suma de las cifras de 1 a 9. Y ahora recordemos el 10, que habíamos dejado de lado.

Root volvió a agarrar el rotulador y escribió la fórmula.

$$5 \times 9 + 10 = 55$$

El profesor se quedó inmóvil durante un rato. Contemplaba la fórmula con los brazos cruzados, sin pronunciar palabra.

Pensé que al fin y al cabo mi chispa había sido una ridiculez infantil. Sabía desde un principio que, por mucho que me concentrase con toda mi alma, lo que podía sacar de mis pobres células grises era poca cosa, y que era una osadía no exenta de orgullo el querer contentar de esta manera a un matemático...

Entonces el profesor se levantó inesperadamente, y se puso a aplaudir. Era un aplauso tan enérgico y afable que pensé que ni siquiera la persona que demostró el Teorema de Fermat habría recibido un elogio como aquél. Resonó por todo el pabellón y su eco no cesó durante largo rato.

—¡Excelente! ¡Qué fórmula más hermosa! ¡Magnífico, Root!

El profesor abrazó a Root. Entre tanto abrazo, el cuerpo de Root estaba medio aplastado.

—¡Realmente magnífico! Es increíble que una fórmula como ésta salga de tu mano...

—Sí, ya lo he entendido, profesor, pero suéltame. Que no puedo respirar.

La americana del profesor tapaba la boca de Root, y la voz del muchacho, ensordecida, no llegaba a oídos del profesor.

Por mucho que le llenara de alabanzas, parecía no bastarle. Quería absolutamente convencer al chico flaco y pequeñajo de la coronilla plana que estaba ante sus ojos de lo hermosa que era la fórmula que había inventado.

Junto a Root, que monopolizaba los elogios, yo murmuraba en mi corazón que en realidad

quien la había inventado no era él, sino yo. Y eso que hacía un rato había perdido toda confianza y estaba dolida conmigo misma, pero a partir de aquel momento sucedió todo lo contrario: me sentía tan orgullosa. Miré de nuevo el bloc de dibujo, y contemplé la línea que Root había escrito:

$$5 \times 9 + 10 = 55$$

Incluso una persona que nunca había estudiado a fondo las matemáticas, como yo, sabía lo que la fórmula ganaría en nobleza si se utilizaban signos:

$$\frac{n(n-1)}{2} + n$$

Aunque sea yo quien lo diga, la presentación del resultado lució así con gran esplendor.

¿En qué radicaba la pureza de aquella solución que yo había finalmente encontrado, tras el caos en el que me había extraviado? Era como si hubiera extraído un pedazo de diamante de una cueva perdida en un páramo. Y nadie podía estropear ni negar la existencia de aquel diamante. Como el profesor no me había felicitado a mí, sonreí disimuladamente para mis adentros, dándome todas las alabanzas que no había recibido.

Por fin Root quedó libre. Igual que unos matemáticos que hubieran terminado su presentación ante un congreso de lógica matemática, inclinamos la cabeza con dignidad y agradecimiento, para corresponder al aplauso del profesor.

Aquel mismo día, los Tigers perdieron 2 a 3 contra los Dragons. Pese a que se habían adelantado dos puntos con un tiro desde la tercera base, que bateó Wada, enseguida los Dragons los alcanzaron con dos *home runs* consecutivos, que invirtieron la situación, todo lo cual les costó el partido al final.

LO QUE MÁS AMABA EL PROFESOR en este mundo eran los números primos. Incluso yo sabía que existían números llamados primos, pero nunca me había imaginado que podían convertirse en un objeto de amor. Por muy extravagante que fuera el objeto, la manera en que el profesor los amaba era perfectamente ortodoxa. Los trataba con cariño, se dedicaba a ellos desinteresadamente y con gran respeto, a veces los acariciaba y a veces se arrodillaba ante ellos. Nunca se separaba de ellos.

De entre todo lo que a Root y a mí nos contó sobre las matemáticas en su estudio o en la mesa del comedor, lo de los números primos fue probablemente lo que más salió a relucir. Al principio, apenas fui capaz de entender el encanto que tienen los números, a primera vista tan testarudos, y que sólo son divisibles por ellos mismos o por 1. A medida que la pasión y la franqueza del profesor al hablar de números primos nos iban atrapando, poco a poco fue naciendo cierto sentimiento de solidaridad entre nosotros. Los números primos empezaron a cobrar en mi interior una presencia casi palpable. Aquellas imágenes eran diferentes cada vez y para cada uno de nosotros, pero bastaba con que el profesor pronunciara las palabras «número primo» para que nos miráramos con guiños de complicidad, como cuando imaginábamos un caramelo de leche, y se nos llenaba la boca de un aroma dulzón.

El atardecer era para nosotros un momento importante. Por la mañana, el profesor y yo solíamos encontrarnos como si fuera la primera vez, pero a lo largo del día su actitud algo tensa iba atenuándose poco a poco, y cuando ya llegaba Root y llenaba la casa con su voz ingenua, se había hecho casi de noche. Sin duda, por ello, en mi recuerdo, la silueta del profesor aparece siempre recortada contra un sol de poniente.

Indefectiblemente, el profesor repetía una y otra vez lo mismo sobre los números primos. Pero acordamos que nunca le diríamos «esto ya nos lo ha contado antes». Era una promesa tan importante como la de mentirle sobre lo de Enatsu. Nos esforzábamos por prestar atención a lo que nos contaba, aunque estuviéramos hartos de oírlo. Root y yo queríamos corresponder al esfuerzo del profesor hacia nosotros, nosotros que éramos unos profanos en materia de cálculo, aunque él nos tratase como si fuéramos unos matemáticos; y, sobre todo, no queríamos herirle. La confusión, cualquiera que fuera la causa, le hacía sufrir. Si callábamos, el profesor no tendría por qué saber lo que había perdido, y sería igual que si no hubiese perdido nada. Hacerlo de este modo, y no decirle «esto ya lo sabíamos», fue un pacto al que llegamos, y que no nos costó cumplir.

Pero en realidad apenas hubo ninguna situación sobre las matemáticas que nos hartase. Respecto a la historia de los números primos (la demostración de su infinitud, o la manera de crear códigos utilizándolos, o los números primos grandes, o los números primos gemelos, o los números gemelos o los números primos de Mersenne, etc.), una serie de pequeños cambios de estructura nos llevaban a darnos cuenta de nuestros errores o a realizar nuevos descubrimientos. La mínima inflexión del tiempo o de la voz parecía que cambiaba incluso el color de la luz que iluminaba a los números primos.

Según lo que yo suponía, el encanto de los números primos consistía quizás en la imposibilidad de explicar en qué orden aparecen. Cada uno se dispersa a su antojo, cumpliendo la condición de

no tener más divisores que 1 y sí mismo. Aunque no cabe duda de que cuanto más grandes son, más difícil resulta encontrarlos, y es imposible predecir su aparición siguiendo ninguna regla; y esta fantasía voluptuosa mantenía prisionero al profesor, que perseguía la belleza perfecta.

—Intentemos escribir los números primos hasta el 100.

El profesor escribió los números con el lápiz de Root, al lado de los deberes del colegio:

2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31, 37, 41, 43, 47, 53, 59, 61, 67, 71, 73, 79, 83, 89, 97

Era siempre sorprendente para mí que los números salieran de entre sus dedos con tanta soltura y en cualquier situación. Era realmente inexplicable que aquellos dedos temblorosos, indecisos y viejos, incapaces de apretar ni siquiera el botón del microondas, pudieran manejar tan hábilmente todos esos tipos diferentes de números.

Al mismo tiempo, a mí me gustaba la forma de los números que él escribía con un lápiz del 4B. El 4 tenía una forma tan redonda que parecía el nudo de un lazo, y el 5 se inclinaba demasiado hacia adelante y parecía a punto de tropezar. De ninguno podía decirse que estaba bien dibujado, y sin embargo todos tenían su propia personalidad. El sentimiento de amistad por los números que el profesor cultivaba desde que los conoció por primera vez se reflejaba en la forma de cada uno de ellos.

—Veamos, ¿qué os parece?

Era su estilo empezar con una pregunta abstracta.

—No coinciden en nada —normalmente, contestaba primero Root—. Además, sólo el 2 es par. No sé por qué, pero a Root se le daba bien encontrar cifras que se distinguían de las demás.

—Exactamente. Entre los números primos, el 2 es el único par. Es como el primer bateador con el dorsal 1 de los números primos, el Lead Off Man, el que dirige a todos los demás números primos, que son infinitos; lo hace él solo, adelantándose a todos ellos.

—¿Y no se sentirá solo?

—No, descuida. Si se siente solo se va al mundo de los números pares, abandonando por un momento el de los primos, y allí encuentra a muchos compañeros. Así que no te preocupes...

—Por ejemplo, 17 y 19, o 41 y 43 son números impares consecutivos y a la vez primos —dije animándome a competir con Root.

—Sí, muy buena observación. Son números primos gemelos.

Me preguntaba yo gracias a qué truco de magia algunas palabras ordinarias adquieren una resonancia romántica en cuanto son utilizadas en matemáticas. En el número amigo, y también en el número primo gemelo, se percibe precisión y a la vez una especie de timidez, como si se hubieran escapado de un poema. La imagen aparece entonces de forma vívida, y en ella los números se abrazan, o están de pie cogidos de la mano, vestidos de la misma forma.

—A medida que los números van siendo más altos, se hace más difícil encontrar otro número primo, ya que hay mayor intervalo entre uno y otro. Aún no se sabe si hay números primos gemelos hasta el infinito, igual que sí se sabe que existen infinitos números primos —dijo el profesor mientras rodeaba los números primos gemelos con un círculo.

Otra cosa extraña de las lecciones del profesor era que él utilizaba sin ningún problema la frase «no se sabe». No era una vergüenza el no saber, sino sólo una señal que podía llevar hacia una

nueva verdad. Para él, enseñar el hecho de que existe una posible verdad, que estuviera más allá, una verdad intacta, era tan importante como enseñar un teorema ya demostrado.

—Como los números son infinitos, supongo que se pueden crear tantos números gemelos como se quiera.

—Tienes razón. Supones bien. Pero al pasar del cien, como diez mil, un millón, diez millones, se llega a una zona desértica donde ya no aparece ningún número primo, sabes...

—¿Desértica?

—Sí. Por mucho que avances, no verás ni la sombra de un número primo. Todo es un mar de arena hasta donde alcanza la vista. El sol te abrasa despiadadamente, tienes una sed tremenda, no ves bien y hasta vas perdiendo el conocimiento. Te acercas corriendo a un número pensando que es un número primo, pero es un simple espejismo. Aunque alargas la mano, no agarras más que el aire caliente. Sin embargo, avanzas un paso tras otro, sin desistir. Hasta que ves el oasis de los números primos, rebosante de agua pura, más allá del horizonte...

El sol poniente se alargaba a nuestros pies. Root repasó con el lápiz el círculo que rodeaba los números primos gemelos. Flotaba un vapor que salía de la olla de arroz, procedente de la cocina. El profesor lanzó su mirada al otro lado de la ventana como si quisiera ver y escrutar un desierto, pero allí no había más que un pequeño jardín, abandonado y olvidado de todos.

Lo que más aborrecía el profesor en este mundo era el gentío. Por eso no quería salir de casa. Los lugares donde se aglomera la gente, estaciones de trenes, grandes almacenes, cines, centros comerciales, le resultaban difíciles de soportar. El hecho de que diversos tipos de personas se unan por pura casualidad y se arremolinen rebullendo sin ningún orden, y, por otro lado, la belleza que requiere el sentido matemático, eran dos universos totalmente opuestos.

Él siempre aspiraba a la tranquilidad. Pero aquello no significaba necesariamente que no hubiera ningún sonido. Por ejemplo, aunque Root corriera por el pasillo haciendo mucho ruido, o pusiera la radio fuerte, eso no alteraba su calma. La tranquilidad que buscaba el profesor existía dentro del corazón, adonde no llega el sonido del mundo exterior.

Después de haber resuelto los problemas de las revistas matemáticas, y haberlas pasado a limpio, y mientras las revisaba antes de enviarlas por correo, el profesor, satisfecho con la solución que les había dado, a menudo murmuraba:

—Ay, qué tranquilidad...

No era alegría ni libertad, sino calma lo que sentía al conseguir la solución correcta. Era la calma propia del que tiene la certeza que cada cosa está en su lugar, sin tener que añadir ni quitar una sola coma, y que las cosas van a quedarse así eternamente, como siempre había sido. Al profesor le encantaba aquello.

Por tanto, estar tranquilo era el máximo elogio. A menudo, desde la mesa miraba cómo yo preparaba la comida en la cocina, especialmente cuando elaboraba las empanadillas japonesas, y me observaba con un aire de cierta sorpresa. Yo colocaba la masa de harina en la palma de la mano, ponía el relleno, lo envolvía haciendo cuatro pliegues, y dejaba la empanadilla en el plato junto a las demás. A pesar de que yo sólo repetía aquella operación tan sencilla, él no apartaba la mirada, sin aburrirse, hasta que yo acababa con la última empanadilla. Él estaba tan serio —a veces

dejaba escapar algún suspiro de admiración— que el observarlo me producía una extraño cosquilleo, y debía contenerme para no acabar riéndome.

—Venga, ya está listo.

Cuando levantaba el plato lleno de empanadillas formando hileras bien alineadas, el profesor, cruzando las manos sobre la mesa, decía con una expresión de plenitud en su rostro y asintiendo con la cabeza:

—Ay, qué tranquilidad.

Fue el 6 de mayo, después de la Semana Dorada, cuando supe por primera vez hasta qué punto tenía miedo el profesor cuando se encontraba en una situación que no podía controlar a través de un teorema, o cuando las cosas dejaban de ser tranquilas. Root se había hecho una herida con un cuchillo de cocina.

Una mañana después del puente de cuatro días, de sábado a martes, cuando llegué al pabellón vi que salía del lavabo mucha agua, que inundaba el pasillo. La verdad es que yo estaba nerviosa pues había tenido que llamar a la compañía del agua y al fontanero. Además, el profesor se mostraba más distante que de costumbre, quizá debido a las demasiadas horas de ausencia. Apenas reaccionó cuando le indiqué la nota para que se fijara en mi identidad, y al atardecer aún permanecía indiferente. Aunque le hubiera contagiado mis nervios, y esto hubiese sido la causa de la herida de Root, el profesor no habría tenido, de todos modos, ninguna responsabilidad.

Al poco rato de llegar Root a casa, al darme cuenta de que no quedaba aceite, fui a hacer la compra. Sinceramente, sentí una vaga inquietud por tener que dejar solos a Root y al profesor. Por eso al salir le dije a Root en voz baja:

—No pasará nada, ¿verdad?

—¿Qué va a pasar? —me contestó Root secamente.

Yo misma no sabría explicar qué es lo que me intranquilizaba tanto. ¿Era un presentimiento? No, no es eso. Me preocupaba más bien saber si el profesor podría ser responsable, administrativamente por así decir, de alguien.

—No tardaré nada, pero estoy un poco preocupada porque es la primera vez que te quedas solo en casa con el profesor...

—Descuida, no pasará nada.

Root, sin hacerme caso, se fue corriendo al estudio para que el profesor le mirara sus deberes.

Acabé las compras en unos veinte minutos, y en el momento de llegar a casa y abrir la puerta de la entrada, noté que pasaba algo. El profesor, abrazado a Root, estaba sentado, desplomado sobre el suelo de la cocina, emitiendo un sonido indistinguible, como un sollozo o un gemido.

—Root..., Root..., ay..., es espantoso...

El profesor estaba tan alterado que no podía hablar bien. Cuanto más quería explicarme qué había pasado, más temblaban sus labios y le chorreaba el sudor por la frente, y no paraba de hacer sonar los dientes. Aparté sus brazos, que apretaban el cuerpo de Root, y separé a ambos.

Root no estaba llorando. No hacía sino permanecer quieto, dócilmente, como si rezara para calmar cuanto antes la excitación del profesor, como temiendo que yo lo regañara. La ropa de ambos estaba manchada de sangre, y aunque pude ver la mano izquierda de Root sangrando, podía

adivinarsen que no era una herida tan grave como para que el profesor estuviera afectado de aquella manera. La sangre estaba medio coagulada, pero Root no se quejaba. Cogí su muñeca y le limpié la herida con agua del grifo, y después le dije a Root que apretara la toalla contra la mano izquierda.

Mientras tanto, el profesor permanecía sentado, desplomado en el suelo, sin moverse, con los brazos tiesos manteniendo aún la forma del abrazo a Root. Más que curar la herida, me pareció que lo más urgente era hacer que el profesor recobrase el juicio.

—No ha pasado nada —le dije con voz lo más tranquila posible, poniendo la mano sobre la espalda del profesor.

—¿Por qué le ha pasado una cosa tan horrible... a un niño tan guapo y tan listo...?

—Es sólo un pequeño corte. Los chicos se hacen daño constantemente.

—Ha sido culpa mía. Root no ha hecho nada malo. Él no quería molestarme... no decía nada... ha aguantado él solo el dolor...

—No es culpa de nadie.

—No, no es cierto. Ha sido culpa mía. He intentado atajar la hemorragia. Créeme. Pero... no paraba de sangrar... y Root se ha puesto pálido... temí que dejara de respirar de un momento a otro...

El profesor se tapó con las manos la cara mojada por el sudor, los mocos y las lágrimas.

—No hay que preocuparse. Root está vivo. Mire, aquí lo tiene. Respira perfectamente.

Al decirle estas palabras, acaricié su espalda. Era una espalda inesperadamente ancha.

A pesar de las explicaciones incoherentes que me dieron, creí entender que Root, después de acabar los deberes, se había cortado entre el pulgar y el índice con un cuchillo mientras intentaba pelar una manzana para la merienda. El profesor insistió en que había sido él quien quería comer una manzana. Y Root, por el contrario, decía que era él quien se iba a comer la fruta. En todo caso, Root, después de intentar curarse él solo, buscó una tirita y al no encontrarla no supo qué hacer, porque la herida no paraba de sangrar; y así lo encontró el profesor.

Por desgracia, las clínicas cercanas habían terminado su horario de consulta, y sólo fue posible comunicarse con la clínica pediátrica que estaba al otro lado de la estación, donde me dijeron que podían atenderle. A partir de aquel momento, el profesor, tras levantarse con la ayuda de mis manos y enjugarse la cara, desplegó una actividad sorprendente. Le dije que la herida no estaba en los pies, pero no me hizo caso y fue hasta la clínica llevando a Root a la espalda. Casi me preocupaba más que la herida pudiera abrirse por el propio movimiento. No debía de ser nada fácil cargar con un chico de primaria, por mucho que pesase sólo unos treinta kilos. Pero el profesor, tan ajeno en principio al ejercicio físico, dio muestras de una energía inesperada. Él sostenía el cuerpo de Root en la espalda, esa espalda que hasta hacía un momento yo había estado acariciando, y sujetaba firmemente las piernas de Root, mientras corría con sus zapatos mohosos. Root se encasquetó la gorra de los Tigers, la cabeza gacha, no porque le doliera la herida sino porque le daban vergüenza las miradas de los transeúntes. Cuando llegamos a la clínica, el profesor golpeó la puerta cerrada con gran ímpetu, como si transportara a un herido moribundo:

—¡Por favor! ¡Abran de prisa! El niño lo está pasando mal. ¡Ayúdenle, por favor!

La herida se cerró sólo con un par de puntos de sutura. El profesor y yo estábamos sentados en

un pasillo oscuro, y esperábamos a que terminara el examen para ver si estaba afectado el tendón. Era una clínica antigua que me deprimía con sólo estar sentada allí. El techo era oscuro, las zapatillas, mugrientas y pegajosas, y los carteles informativos en las paredes, como el anuncio de cursos de alimentación para lactantes o de vacunación, estaban todos amarillentos. Sólo la luz de la sala de radiografía nos alumbraba vagamente. Root estaba tardando mucho en salir de la consulta a pesar de que era un mero examen de exploración.

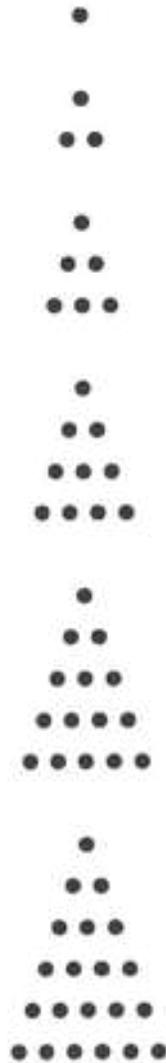
—¿Conoces los números triangulares? —preguntó el profesor, señalando con el dedo el triángulo que indica peligro de radiación, colocado en la puerta de la sala de radiografías.

—No —le contesté.

Aunque el hecho de haber vuelto a los números parecía calmar sus ánimos, me daba la sensación de estaba todavía angustiado.

—Son números realmente elegantes.

Dibujó unos circulitos negros, poniéndolos en fila y formando un triángulo en el dorso de un cuestionario que había cogido en recepción:



—¿Qué te parece?

—Bueno, a ver... es como si una persona metódica amontonara leña... o como si alineara granos de soja negros...

—Bien, lo esencial es lo de la persona metódica. En la primera línea, hay uno; en la segunda línea, dos; en la tercera, tres... Se crea así un triángulo con una sencillez que es insuperable.

Eché un vistazo al triángulo. Las manos del profesor estaban temblando ligeramente. Parecía que los circulitos negros resaltaban en la penumbra.

—Y si contamos la cantidad de circulitos negros que incluyen los triángulos, obtenemos 1, 3, 6, 10, 15, 21. Si lo representamos con una fórmula, sería:

$$1$$

$$1 + 2 = 3$$

$$1 + 2 + 3 = 6$$

$$1 + 2 + 3 + 4 = 10$$

$$1 + 2 + 3 + 4 + 5 = 15$$

$$1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 = 21$$

»Es decir, los números triangulares expresan la suma de los números naturales desde el 1 hasta cierto número, lo quieran ellos mismos o no. Y si juntamos dos triángulos iguales, la cosa va más allá. Como me cansa dibujar tantos circulitos negros, ¿por qué no lo intentamos con el cuarto número triangular 10?



Aunque no hacía frío, el temblor de las manos era cada vez más intenso, y los circulitos negros, ligeramente deformes. Él intentaba con todas sus fuerzas concentrarse en la punta del lápiz. Las notas de la americana estaban manchadas de sangre y eran casi indescifrables.

—¿De acuerdo? Míralo bien. Al juntar los dos triángulos como la cuarta figura, se ha formado un rectángulo con cuatro circulitos verticales y cinco circulitos horizontales. La cantidad de los circulitos negros que están dentro de este rectángulo en total es de $4 \times 5 = 20$. ¿Me explico? Y al dividirlo por la mitad sería, $20 \div 10$, es decir, son la suma de los números naturales del 1 al 4. O bien, si nos fijamos en cada línea del rectángulo, sería:

$$\begin{array}{cccc} 1 & 2 & 3 & 4 \\ + & + & + & + \\ \hline 4 & 3 & 2 & 1 \\ 5 & 5 & 5 & 5 \end{array}$$

»Así, puede encontrarse enseguida tanto el décimo número triangular, que es la suma de los números naturales del 1 al 10, como el que ocupa la posición número cien de los números triangulares.

»En el caso del 1 al 10:

$$(10 \times 11) \div 2 = 55$$

»En el caso del 1 al 100:

$$(100 \times 101) \div 2 = 5050$$

»En el caso del 1 al 1000:

$$(1000 \times 1001) \div 2 = 500500$$

»En el caso del 1 al 10000, sería...

Me di cuenta de que el profesor estaba llorando. Se le cayó el lápiz, que rodó a sus pies. Era la primera vez que le veía llorar, y sin embargo tuve la sensación de que había llorado en muchas ocasiones. Tuve la impresión de que, desde hacía mucho, yo no había dejado de asistir impotente a sus débiles sollozos. Puse mi mano sobre la suya.

—¿Comprendes? Es posible encontrar la suma de los números naturales, ¿lo ves?

—Sí, claro que comprendo.

—Colocando circulitos negros en forma de triángulo. Nada más.

—Sí, ya veo.

—¿Has comprendido de verdad lo que te he dicho?

—Sí. No se preocupe. Pero por favor, no llore. ¿No ve lo hermosos que son los números triangulares? —le dije, y entonces Root salió de la sala de consulta.

—Mirad, no es nada. Es lo que yo decía —decía Root, sacudiendo intencionadamente su mano izquierda vendada.

Debido a todo aquel alboroto inesperado, decidimos cenar fuera. En el instante en que salimos de la clínica, los tres nos dimos cuenta de que teníamos mucha hambre. Busqué —por el profesor, a quien no le gustaba el gentío— el restaurante que menos gente tuviera, en el barrio de tiendas, delante de la estación, y comimos arroz al curry. Era natural que hubiera poca gente, pues no sabía muy rico el arroz, pero Root estaba muy contento porque apenas sabía lo que era comer fuera de casa. Estaba satisfecho también con su venda, muy aparatosa para lo que era su herida. Le daba aires de héroe con su honorable herida de guerra.

—Así no tendré que ayudarte a fregar los platos ni tendré que bañarme —declaró con la cabeza bien alta.

A la vuelta, el profesor llevó de nuevo a Root a caballito. Era ya bien entrada la noche, y por eso quizá Root se dejó llevar, dócilmente, con la visera hacia arriba, pensando que ahora habría poca gente y que no llamaría la atención; o bien porque no quería contrariar los sentimientos del profesor, que se empeñaba en llevarlo de ese modo. Las farolas iluminaban la hilera de plátanos, y la luna en cuarto menguante se recortaba en la cima del cielo. El viento nocturno era agradable, teníamos el estómago lleno, y la mano izquierda de Root estaba bien. Sólo con eso, estaba suficientemente satisfecha. El sonido de los zapatos del profesor y los míos se superponían, las zapatillas de deporte de Root iban balanceándose al mismo ritmo.

Una vez nos hubimos despedido del profesor, tan pronto llegamos a nuestro apartamento, no sé por qué, Root se puso de malhumor. Se metió en su cuarto enseguida, encendió la radio, y no me

contestó aunque le dije que se quitara la ropa manchada de sangre.

—¿Están perdiendo los Tigers?

Root estaba en el estudio, mirando la radio, enfurecido. Jugaban contra los Giants.

—Ayer también perdieron, ¿verdad?

Root permanecía callado. El locutor anunciaba que estaban empatados a dos, tras la novena entrada, y que continuaba el duelo entre Nakata y Kuwata después del último ataque de los Giants.

—¿Te duele la herida?

Root se mordió los labios y no apartó los ojos del altavoz de la radio.

—Si te duele, tienes que tomar la medicina que te ha dado el doctor. Te traigo agua, ¿vale?

—No hace falta —dijo por fin.

—Pero no debes aguantarte el dolor. Si la herida supura, tendremos un problema grave.

—Si digo que no es que no. No me duele nada.

Root apretó la mano izquierda vendada y la golpeó dos y tres veces contra el escritorio, y con la mano derecha ocultó las lágrimas que estaba a punto de derramar. Era evidente que la razón de su malhumor no eran los Tigers.

—¿Por qué haces eso? Los puntos aún están tiernos. ¿Qué vas a hacer si vuelve a sangrar?

Las lágrimas que no pudo ocultar le resbalaron por la mejilla. Intenté asegurarme de si la venda rezumaba sangre o no, pero él me apartó bruscamente. Desde la radio, salió un grito de alegría. Parece que habían hecho un *hit* después de dejar fuera a dos bateadores.

—¿No te ha gustado que fuera a la compra yo sola, a que sí? ¿O es que... te da rabia no haber sabido manejar bien el cuchillo de cocina? ¿Acaso te sientes avergonzado porque te haya salido mal delante del profesor?

Volvió el silencio. El bateador era Kameyama.

«Están desbordados por el poderoso lanzamiento de Kuwata... Ya tienen dos *strike out* consecutivos, y sin embargo... ¿Quizás ahora ejecute un *straight ball*...? Kuwata levanta los brazos y lanza una primera pelota...»

La transmisión en directo se escuchaba sólo a intervalos por culpa de las ovaciones, pero nada interesaba a Root. Sin decir nada, sin que su cuerpo temblara, simplemente derramaba lágrimas.

Vaya noche, presenciar las lágrimas de dos hombres en un solo día, pensé yo. Hasta ahora había visto llorar a Root un sinfín de veces. Lloraba porque quería el pecho, lloraba porque quería que lo cogiera en brazos, lloraba por una rabieta, y lloró al perder a su abuela. Lloraba de hecho desde el momento en el que vino a este mundo.

Esta vez, sin embargo, las lágrimas eran diferentes a las que yo conocía. Por mucho que le tendiera la mano, esta vez se derramaban en un sitio en donde yo no podía secarlas.

—¿Acaso estás enfadado porque el profesor no fue capaz de curarte?

—No.

Root fijó la mirada en mí, y dijo con un tono tan tranquilo que no parecía estar llorando.

—Es porque no te fiaste del profesor, mamá. No te puedo perdonar que hayas pensado por un solo instante que él no era capaz de ocuparse de mí.

Kameyama golpeó hacia el centro derecha con una segunda pelota. Wada completó la carrera

desde la primera base y pisó por fin el redondel de la victoria. El locutor gritaba a voz en cuello y las ovaciones nos sumergieron como una marea.

Al día siguiente, escribí de nuevo todas las notas con el profesor.

—¿Por qué están manchadas de sangre? —dijo el profesor con extrañeza, examinando su cuerpo.

—Root, mi hijo, se cortó la mano con un cuchillo de cocina. Pero no fue nada grave.

—¿Tu hijo? ¡Ay, qué fastidio! Por lo visto, sangró bastante, ¿no?

—No. No tuvo consecuencias graves gracias a que usted estaba ahí.

—¿En serio? ¿Le serví de algo?

—Claro que sí. ¿No ve cómo han quedado las notas?

Fui quitando las notas de la americana una a una. Tuve la sensación de que anidaban en todas partes del cuerpo y de que no disminuía su número por mucho que las eliminara. La mayoría eran notas de matemáticas, por tanto incomprensibles para mí. Aparte de las matemáticas, había muy pocas cosas que él debía recordar.

—No sólo socorrió a Root, sino que también me enseñó una cosa más, muy importante, en la sala de espera de la clínica.

—¿Qué fue eso tan importante?

—Los números triangulares. Me enseñó que existía una fórmula, que me era absolutamente imposible de alcanzar, para resolver la suma de los números naturales del 1 al 10. Es una fórmula sublime. Es como si uno quisiera ofrecer oraciones, cerrando los ojos inconscientemente... Bueno, si le parece, vamos a empezar con ésta.

Le pasé la nota más importante: «Mi memoria sólo dura 80 minutos». El profesor copió esa frase en un papel nuevo.

—Mi memoria sólo dura 80 minutos.

La leyó en voz tan baja que sólo él mismo pudo oírlo.

NO ESTÁ CLARO SI GUARDABAN RELACIÓN con su talento matemático o no, pero el profesor tenía extrañas facultades. La primera era la de poder hacer capicúas con las palabras.

No lo recuerdo exactamente, pero fue un día en que Root sudaba tinta haciendo palíndromos; eran sus deberes de lengua.

—Es lógico que si leemos las palabras al revés pierdan su significado. ¿Quién demonios diría «El bosque de bambúes se quemó»? Para empezar, nunca se ha visto un bosque de bambúes en llamas. ¿A que no, profesor?

—Maslla en búesbam de quebos un tovis ha se canun —murmuró el profesor.

—¿Qué has dicho, profesor?

—Sorfepro chodi has qué.

—Oye, oye: ¿qué te ha pasado?

—Dosapa ha te qué yeo yeo.

—¡Dios mío, Mamá! ¡El profesor se ha vuelto loco! —exclamó Root, pidiéndome ayuda, desconcertado.

—Tienes razón, Root. Todos nos volvemos locos si leemos al revés —dijo el profesor, impertérrito.

Le pregunté cómo podía hacerlo, y sin embargo, él mismo no parecía saber muy bien la razón. No es que se hubiera entrenado, o que le costara mucho trabajo; lo hacía casi inconscientemente, por lo que durante mucho tiempo pensó que todo el mundo poseía esta habilidad.

—¡Qué va! Yo seguro que me equivoco al darle la vuelta incluso a una palabra de tres sílabas. Esto debería ser toda una categoría en el *Libro Guinness*. Podrías incluso participar en un programa de televisión donde salen hombres asombrosos de todo el mundo.

—Domun el doto de sosbrosoma breshom lensa dedon siónvilete de magrapro un en parcitipar socluín dríaspo.

El profesor no parecía contento en absoluto. Le salían más fácilmente los capicúas cuanto más molesto estaba. Lo único que resultaba claro era que no leía la frase al revés convirtiéndola en una imagen en su mente. Lo importante era el ritmo, y una vez tenía el ritmo de la frase en el oído —como si tuviera un oído absoluto—, era muy sencillo darle la vuelta.

—Por ejemplo... —dijo el profesor—. En cuanto a la chispa matemática, tampoco se me ocurre la fórmula desde el principio. Lo primero que me viene a la cabeza es una imagen matemática. Aunque el perfil sea abstracto, es una imagen cuyo tacto es claramente perceptible. Puede que se parezca a eso, en efecto...

—Oye... ¿puedo probar más?

Root estaba totalmente entusiasmado por la habilidad del profesor, y se olvidaba de los deberes.

—Entonces, empecemos con... a ver... Hanshin Tigers.

—Gersti Shinhan.

—Gimnasia en la radio.

—Diora la en sianagim.

—La comida de hoy es filetes de pollo rebozados.

—Doszabore llopo de teslefi es hoy de damico la.

—Número amigo.

—Gomia romenú.

—Dibujé un armadillo en el zoo.

—Ozo el en llodimaar un jébudi.

—Yutaka Enatsu.

—Tsunae Katayu.

—Enatsu, al leerlo al revés de repente se convierte en un lanzador gafe.

Root y yo le planteábamos ejercicios alternativamente. Al principio comprobábamos uno por uno si era correcto o no lo que decía, escribiéndolo en un cuaderno; pero luego, dado que nunca se equivocaba, nos empezó a dar pereza y dejamos de verificarlo. Tan pronto preguntábamos, encontraba la solución correcta. No tenía ni un segundo de vacilación.

—¡Qué maravilla! ¡Es realmente una maravilla, profesor! Deberías de estar más orgulloso. Eres capaz de hacer estas cosas, y no nos habías dicho nada.

—¿Orgulloso? No me tomes el pelo, Root. ¿Cómo podría estar orgulloso? Sólo por decir Yutaka Enatsu al revés.

—Claro que sí. Podrías asombrar, emocionar y divertir a la gente del mundo entero.

—Gracias —dijo el profesor en voz baja, bajando la cabeza tímidamente.

Y puso la palma de su mano sobre la cabeza de Root, llana y con una forma tan adecuada para recibir una mano humana.

—Esta capacidad mía no le sirve de nada a la gente. A nadie le interesa mi habilidad. Bueno, sólo a una persona, y si tú me elogias, ya puedo darme por satisfecho.

El palíndromo que le puso el profesor a Root fue «reito toire».

Su otra facultad era la capacidad de encontrar en el cielo el lucero de la tarde antes que nadie. Quizá no había ninguna otra persona en el mundo que pudiera encontrar tan rápidamente la estrella que anuncia que va a caer la noche.

—¡Ay!

Se escuchó la voz breve del profesor desde su butaca, cuando aún era demasiado pronto para hablar de atardecer, cuando aún estaba el sol en medio del cielo. Yo, pensando que estaría hablando en sueños, o consigo mismo, ni le contesté.

—¡Ay!

Volvió a oírse la voz con el mismo tono; levantó la mano tambaleándose y señaló el cielo que estaba al otro lado del cristal de la ventana.

—El lucero de la tarde.

Era un tono de voz que no parecía dirigido a nadie, pero como estaba señalando expresamente con el dedo, dejé el trabajo de la cocina y miré lo que apuntaba con el dedo. Pero allí no había nada más que cielo.

Me dije para mí misma, murmurando, que quizá fuera un delirio matemático. Entonces, él me contestó, como si me hubiera oído:

—Mira: allí está.

Su dedo índice estaba lleno de arrugas, con un padrastro, y la uña llena de mugre. Parpadeé fijando la vista en el cielo, pero no vi más que unos jirones de nube.

—¿No es un poco demasiado temprano para que salgan las estrellas? —probé a decirle, con discreción.

—Ya ha comenzado a prepararse la noche. Ha salido el lucero de la tarde.

Sin prestarme atención, tras haber dicho lo que quería decir, bajó su brazo y volvió a dormirar.

No sé qué significaba para él el hecho de señalar el lucero de la tarde. Puede que desentumeciera sus nervios cansados, o que sólo fuera una simple manía. No comprendo aún por qué una persona como él, que no se fijaba siquiera en cuántos platos tenía delante de sus ojos, era capaz de encontrar tan pronto el lucero de la tarde.

De todos modos, él señalaba un punto del inmenso cielo con su viejo dedo. Le daba un significado a un punto que nadie puede distinguir.

La herida de Root fue mejorando. Sin embargo, tardó mucho en volver a estar de buen humor. En presencia del profesor se comportaba ingenuamente, como siempre, y sin embargo, cuando estaba a solas conmigo, se quedaba callado de repente y me contestaba con brusquedad. La venda ya iba perdiendo la espectacular blancura del principio; se veía gris y sucia.

—Lo siento —dije y bajé la cabeza sentándome delante de él—. Sí, estaba equivocada. Fue vergonzoso no fiarme del profesor, aunque sólo fuera un instante. Y te pido perdón. Reflexionaré sobre ello.

Pensé que no me haría caso, pero inesperadamente Root se puso derecho frente a mí, con aire serio, y me dijo con la cabeza gacha, mientras toqueteaba el nudo de la venda:

—De acuerdo. Hagamos las paces. Pero nunca me olvidaré del día en que me hice daño, ¿vale?

Nos dimos la mano.

Aunque sólo era una herida de dos puntos, la cicatriz permaneció visible mucho tiempo, incluso después de que Root hubiera crecido. Estaba grabada entre el dedo pulgar y el índice de la mano izquierda, como un testimonio de cuánto se había preocupado el profesor por Root aquel día, o bien como si fuera una prueba de que Root no se olvidaría del profesor nunca, como me había prometido.

Un día, mientras arreglaba la biblioteca del estudio, en el último estante encontré una caja de galletas aplastada por una pila de libros de matemáticas.

Quité la tapa, medio oxidada, sin hacer ruido, pensando que dentro iba a encontrar golosinas mohosas, pero inesperadamente lo que había eran cromos de béisbol.

Podía haber más de cien. En un recipiente cuadrado, de unos 40 centímetros de lado, estaban los cromos, tan apretados y sin dejar espacio que parecía difícil poder extraer uno con los dedos.

Era evidente que la colección había sido conservada con cuidado por su dueño. Cada cromo estaba guardado en su funda transparente, sin huella alguna de dedos, y ninguno tenía las esquinas gastadas, ni estaba doblado, o del revés. Estaban clasificados según las anotaciones de unos cartones: «lanzador», «segunda base», «exterior izquierdo», y en cada categoría estaban por orden alfabético. Y todos, sin excepción, eran de jugadores de los Tigers. Sacara el que sacara, todos

estaban prácticamente nuevos. Parecía difícil llevar a cabo una clasificación tan impecable, incluso para un bibliotecario escrupuloso.

Aunque estaban casi nuevos, debían de tener muchos años, pues sobre todo había fotos en blanco y negro. Yo también conocía a «Yoshio Yoshida, el Nuevo Ushiwaka-maru», a «Minoru Murayama, lanzador a lo Zátopak»; sin embargo, estaba perdida con nombres como «Tadashi Wakabayashi, lanzador de pelotas mágicas de todos los colores», «Sho Kageura, el vigoroso e incomparable».

Sólo una persona, Yutaka Enatsu recibía un trato especial.

Estaba clasificado no en las categorías habituales sino en una rúbrica especial para él solo: «Yutaka Enatsu».

Además, su funda transparente no era de celofán como la de los demás jugadores, sino de un plástico recio, como si quisiera evitarse cualquier agresión del mundo exterior. Podía notarse el cuidado que se había puesto en no ensuciarlo nunca con la grasa de los dedos.

Del mismo Enatsu tenía toda una colección de cromos. No tenía la imagen de panzudo que yo le conocía, sino una figura atlética y viril, y por supuesto llevaba siempre puesto el uniforme de los Hanshin Tigers.

Nacido el 15 de mayo de 1948, en la provincia de Nara. Zurdo tanto para lanzar como para batear. 1 m 79, 90 kilos. Después de salir del Instituto de Osaka en 1967, ingresa en el equipo de los Hanshin Tigers como primero de la promoción. El año siguiente, establece un récord mundial de 401 *strike out* en una temporada, superando los 382 *strike out* que poseía Sandy Koufax de los Dodgers. 9 bateadores eliminados consecutivamente con *strike out* (8 de ellos sin tocar siquiera la pelota) en el campeonato de All Stars (Nishinomiya) en 1971. En 1973, consigue un *no hit no run*. Un lanzador zurdo prodigioso y sin par. *Southpaw* solitario y poderoso mago de las pelotas... En el dorso de los cromos constaban sus datos biográficos y sus récords en letra pequeña. Enatsu mirando con disimulo la señal del receptor y tocándose la rodilla con el guante. Enatsu a punto de lanzar la pelota. Enatsu mirando enfurecidamente al guante del receptor y bajando el brazo izquierdo. Enatsu erguido y la cabeza alzada en el punto de lanzamiento. Su uniforme lleva el número perfecto 28.

Devolví los cromos a su sitio y tapé la caja sin hacer ruido, igual que cuando la había abierto.

También en el fondo de la estantería encontré una pila con unos treinta cuadernos de apuntes, todos ellos polvorientos. A juzgar por lo descolorido del papel y de la tinta, debían de ser igual de viejos que los cromos. El cordón que los ataba había cedido al no poder resistir el peso de los libros y las tapas se habían combado.

Por mucho que pasara páginas, no veía más que números, signos y letras. Tan pronto aparecía, inesperadamente, algún dibujo geométrico extraño, como menudeaban curvas o gráficas varias. Comprendí enseguida que los cuadernos los había escrito el profesor. La letra tenía un trazo más juvenil y enérgico, pero el 4 seguía pareciendo un lazo medio desanudado, y el 5 se inclinaba hacia delante, amenazando con caerse de bruceas.

Aunque sabía que husmear en las cosas del dueño de la casa era una conducta más que vergonzosa para una asistente, hojeé los cuadernos porque eran realmente magníficos. Las fórmulas

se extendían a su antojo sin ceñirse a las rayas del cuaderno, y tan pronto se juntaban como se separaban, entreveradas de flechas, de $\sqrt{\quad}$, Σ y de otros signos trazados con más o menos fuerza, con borrones aquí y allá o como carcomidas por los insectos; a pesar de todo, era todo muy hermoso.

Por supuesto no entendía su significado. Y no podía compartir ni una parte del misterio escondido en aquellas páginas. Sin embargo, me hubiera gustado contemplar eternamente esas hojas.

¿Contendrían la demostración de la conjetura de Artin sobre la que el profesor me había hablado alguna vez? Debían de estar también sus consideraciones acerca de los números primos, que tanto le entusiasmaban. Quizá estuviera allí el borrador de la tesis que obtuvo el Premio número 284 del Rector... Mirando todo aquello podía percibir muchas cosas a mi manera. A través de la huella aplastada de una punta de lápiz, percibía la pasión; en un borrón podía leer la impaciencia; y dos líneas subrayadas vigorosamente expresaban convicción. Y todas aquellas fórmulas me conducían al fin del mundo.

A medida que me fui fijando más, me di cuenta de que había garabatos descifrables incluso para mí:

«Falta definir el sentido de la respuesta»

«Defecto en el caso de medio estable»

«Nuevo enfoque, inútil»

«¿Será a tiempo?»

«A las 14:00, delante de la biblioteca, con N»

Todo esto estaba garabateado y parecía casi oculto entre las fórmulas, pero rebosaba más vitalidad que las notas que llevaba prendidas en la americana. Un profesor al que yo no conocía luchaba allí con denuedo.

¿Qué sucedió a las dos de la tarde, delante de la biblioteca? ¿Quién sería N? No pude evitar rezar a Dios para que ese encuentro le hubiera sido propicio al profesor.

Acaricié la página. Sentí en la punta del dedo las fórmulas matemáticas que el profesor había escrito. Las fórmulas se solapaban una a otra formando una cadena hasta mis pies. Yo iba bajando por esa escalera los peldaños uno a uno. El paisaje desapareció, no penetraba la luz del sol ni se oía ningún sonido, pero yo no tenía miedo. Porque sabía que la baliza señalada por el profesor tenía una carga de verdad eterna que nadie podría violar.

Me asombraba sentir que la tierra en la que ahora reposaba se sustentaba en un mundo aún más profundo. Para llegar allí no existía otra manera más que seguir la cadena de cifras, pues las palabras no significaban nada, y era incapaz de distinguir si estaba yendo hacia las profundidades o hacia las alturas. Lo único de lo que estaba segura era de que la cadena llevaba a la verdad.

Alcancé la última página del último cuaderno. La cadena de repente se truncó y yo me quedé sola en la oscuridad. Si hubiera seguido un poquito más, quizás allí muy cerca estaría aquello a lo que aspiraba, pero por mucho que alargaba la vista era incapaz de encontrar los números que yo debía pisar firmemente.

—Perdona, pero... —oí la voz del profesor desde el lavabo—. Sé que estás muy atareada, y perdona que te moleste, pero...

Guardé todo en su lugar y le contesté animosamente:

—¡Sí...!

El día de la paga, uno de mayo, compré tres entradas para el partido de los Hanshin Tigers. Eran para el 2 de junio, el partido contra los Hiroshima Carps. Sólo un par de veces al año venían los Tigers de gira a nuestra ciudad, así que no tendríamos otra ocasión de verlos si dejábamos pasar aquel día.

Nunca había llevado a Root a un partido de béisbol. Ahora que lo pienso, fue una vez al zoo con su abuela, y no había entrado ni en un museo ni en un cine. Desde que él nació sólo me había preocupado de ahorrar dinero, y se me había olvidado disfrutar con mi hijo.

En cuanto descubrí aquellos cromos de béisbol metidos en la caja de galletas, se me ocurrió que merecería la pena invitar a ver un partido de béisbol, un día al menos, a un anciano enfermo que se pasa todo el día metido en su mundo de números, y a un niño que lo único que había hecho era esperar cada noche a que llegara su madre del trabajo.

Sinceramente, comprar tres entradas en tribuna fue un buen sacrificio para mí. Y como coincidió con los gastos médicos para curar la herida, aún más. Pero el dinero podía recuperarse después, y en cambio probablemente no habría muchas oportunidades para que un anciano y un niño disfrutaran juntos de un partido de béisbol. Y sobre todo, si podía darle al profesor la ocasión de ver los uniformes de rayas verticales sudados, o una pelota de *home run* ovacionada que sólo podía imaginar en el mundo de los cromos, o la tierra del montículo arañada por los tacos de las botas, sería toda una bendición que iría más allá del deber de una asistenta. Aunque allí no estuviera Enatsu.

Aunque viniera de mí, pensé que era una idea estupenda. Sin embargo, Root mostró bruscamente una reacción contraria a la prevista.

—Puede que diga que no quiere ir... —murmuró Root—. Al profesor no le gustan los lugares ruidosos, ya lo sabes.

No andaba muy equivocado. Si me había costado tanto llevarlo a la peluquería, un estadio de béisbol no sería un buen lugar para esa tranquilidad que el profesor tanto amaba.

—Además, ¿cómo vas a hacerlo? El profesor no puede prepararse psicológicamente, ¿lo sabes, no?

Él siempre mostraba una perspicacia asombrosa en todo lo tocante al profesor.

—Prepararse psicológicamente, dices...

—Para el profesor, cualquier cosa sucede de repente. No puede hacer planes con antelación. Cada día tiene que concentrarse mucho más que nosotros. Si de repente se produce un acontecimiento tan grande como ése, se puede morir de un shock.

—¡No exageres! Ah, mira: ¿qué te parece si le colgamos la entrada en la americana?

—Creo que no servirá de nada —cabeceó Root—. ¿Has visto alguna vez que las notas le sirvan para algo, mamá?

—Pues sí... Parece que cada mañana me identifica con la caricatura que tiene sujeta en la

bocamanga.

—¡Con una caricatura tan infantil como ésa, no podría distinguir siquiera entre tú y yo!

—Es un genio de las matemáticas, pero es cierto que el dibujo no es lo suyo...

—Cuando veo cómo escribe esas notas con un lápiz desgastado y se las pega en el cuerpo, siempre me entran ganas de llorar.

—¿Por qué?

—Porque parece triste —dijo Root, poniendo a propósito un tono enfurruñado.

Asentí con la cabeza sin poder objetar nada.

—Además, hay otro problema —dijo, cambiando de voz, y levantó el dedo índice—. Ningún jugador de los Tigers de la época que conoce el profesor juega todavía. Todos se han retirado ya...

Tenía toda razón del mundo. Si no jugaba ni un jugador de la época en la que coleccionaba cromos de béisbol, se sentiría confuso y decepcionado. El diseño del uniforme no era como el de antes. El estadio no es silencioso como un teorema matemático. Hay borrachos y también se abuchea. Es cierto, Root tenía razón en todo lo que le preocupaba.

—Vale, de acuerdo. Te entiendo. Pero he comprado tres entradas. Y no sólo una para el profesor, aquí también tengo una para ti, Root. Así que por ahora dejemos de lado si el profesor irá o no, y dime cómo te sientes. ¿No quieres ver el partido de los Tigers?

No sé si fue por vanidad, pero se movió despacio, con la cabeza agachada un rato, pero enseguida empezó a saltar excitado a mi alrededor sin poder contener la alegría.

—¡Claro que quiero ir! Pase lo que pase, quiero verlo. Claro que iré sin falta.

Siguió saltando durante mucho tiempo, al final me echó los brazos al cuello y me dijo:

—Gracias, mamá.

El mismo día del partido, el 2 de junio, hacía bastante buen tiempo, cosa que nos había preocupado bastante. Salimos de casa en el autobús de las cuatro cincuenta.

Aún faltaba bastante para el atardecer, por lo que en el cielo había abundante luz. En el autobús se veían algunas personas que parecían ir también al estadio como nosotros.

Root cogió un megáfono que le había dejado un amigo suyo, llevaba puesta una gorra de los Tigers, y me preguntaba cada diez minutos si yo tenía las entradas. Yo llevaba en una mano una cesta con bocadillos y en la otra un termo de té. Sin embargo, como me decía tantas veces lo de las entradas, no tenía más remedio que comprobarlo metiendo la mano en el bolsillo de la falda una y otra vez.

El profesor iba vestido como siempre. Su americana llena de notas, los zapatos de cuero mohosos, un lápiz en el bolsillo pechero. Hasta que el autobús paró delante del parque deportivo donde está el estadio, permaneció agarrado a los reposabrazos, tenso, igual que había estado en la peluquería.

Cuando le hablé del partido de béisbol al profesor quedaban justo 80 minutos para la hora del autobús; eran las tres y media. Root ya había vuelto de la escuela, por lo que abordamos el tema con toda naturalidad. Al principio parecía no entender muy bien lo que le estábamos diciendo. Parece mentira, pero el profesor no sabía que los partidos de béisbol profesional tenían lugar en diversas localidades del país, y que cualquier persona que quisiera, comprando una entrada, podía

asistir a ellos en directo. Pensándolo bien, quizá fuera lógico, pues se había enterado hacía muy poco de que podían escucharse las retransmisiones de béisbol en la radio. Para él, el béisbol sólo existía en los resultados publicados en la sección deportiva de los diarios y en los cromos.

—¿Dices que vaya yo a ese sitio? —dijo el profesor, pensativo.

—No le estoy mandando que vaya. Sólo le estoy preguntando si quiere venir con nosotros.

—Hummm. Al estadio de béisbol... cogiendo el autobús...

Se le daba tan bien lo de elucubrar, que parecía ser capaz de seguir así, si se le dejaba, sin ningún problema incluso hasta el final del partido.

—¿Y podré ver a Enatsu?

Me acobardé durante un instante, pues había puesto el dedo en la llaga; sin embargo, Root le contestó tal y como habíamos quedado:

—Es una pena, pero como Enatsu salió anteayer en el estadio de Koshien contra los Giants como primer lanzador, hoy no estará en el banquillo. Lo siento.

—No hace falta que te excuses. Sí, la verdad es que es una pena. ¿Y ganó Enatsu?

—Sí, ganó. La séptima victoria de la temporada.

En 1992, el que llevaba el dorsal número 28 era el lanzador Yoshihiro Nakada, pero como se había lesionado en el hombro, no se le veía apenas lanzar. Era difícil saber si era una suerte o no para nosotros el hecho de que no saliera un jugador con el número 28. Si Nakada no era lanzador, al profesor podía extrañarle, pero si se quedaba ensayando lanzamientos, lejos, en el *bullpen*, podría engañar la mirada de una persona anciana. Como el profesor nunca había visto a Enatsu en acción, tampoco sabía cuál era su forma de lanzar. Pero si Nakada salía al montículo de lanzamiento, no habría podido engañarlo y aquello le produciría un gran shock. Nakada era diestro, al contrario que Enatsu. Entonces, quizá fuera mejor desde el principio que no saliera ningún dorsal 28.

—Venga, vamos. Lo pasaremos mejor contigo.

Estas palabras de Root resultaron decisivas, y finalmente el profesor aceptó salir a la calle.

Al bajar del autobús, pasó de agarrar el reposabrazos del asiento a asir la mano de Root. Apenas se dijeron nada mientras caminábamos por el parque deportivo hasta el estadio, ni tampoco cuando nos metimos por el túnel de hormigón, empujados por el gentío. El profesor, debido a la sorpresa de ser traído a un lugar tan alejado de su vida cotidiana, y Root por la excitación de asistir al partido de los Tigers con el que tanto había soñado durante años. Los dos no hacían más que mirar alrededor como si se hubieran olvidado de las palabras.

—¿Está bien? —le preguntaba yo al profesor de vez en cuando, y él asentía con la cabeza, callado, y volvía a agarrar firmemente la mano de Root.

Al terminar de subir la escalera que llevaba a la tribuna especial de la tercera base, los tres soltamos una exclamación al unísono. Inesperadamente, al fondo del campo visual que se abría ante nosotros se veía la tierra blanda y negra, las bases que aún no tenían ninguna pisada, la línea blanca que se prolongaba derecha, y una extensión de césped escrupulosamente cuidado. El cielo, que empezaba a oscurecerse ligeramente, estaba tan cerca que casi podía tocarse con la mano. Entonces, como si hubieran estado esperando nuestra llegada, se encendió el alumbrado. El estadio bañado por los rayos de luz de los focos era como una nave espacial que aterrizara volando desde

el cielo.

No sé si el profesor disfrutó del partido entre los Hiroshima Carps y los Hanshin Tigers del 2 de junio. Años más tarde, cuando Root y yo hemos hablado de vez en cuando sobre aquel día tan especial, nunca hemos podido estar muy seguros de si le gustó de veras el béisbol en vivo y en directo. Muchas veces me he arrepentido un poco, como si hubiera cansado en exceso a un enfermo bondadoso con aquella idea tomada un tanto a la ligera.

Algunas de aquellas sencillas escenas que compartimos los tres no sólo no se han decolorado con el tiempo, sino que han ido emergiendo con más viveza y han reconfortado nuestros sentimientos. Los asientos incómodos con los respaldos agrietados, el hombre que estuvo gritando constantemente «Kameyama» mientras se agarraba a la alambrada, el sándwich de huevo duro con demasiada mostaza, la luz del avión que atravesó justo encima del estadio como una estrella fugaz... Recordábamos con añoranza todas aquellas cosas sin cansarnos. Cuando hablábamos del día en que fuimos al estadio, podíamos sentir la presencia del profesor a nuestro lado.

Entre los recuerdos de ese día, el que más nos gustaba era el episodio en que el profesor se encaprichó de la chica que vendía refrescos. Al acabar la segunda entrada, Root se comió deprisa el sándwich y empezó a decir que quería tomar un refresco. Intenté parar a una vendedora para comprarle uno, pero el profesor detuvo mi mano y sólo dijo «No». Aunque le pregunté «¿Por qué no?», se quedó callado sin contestarme. En cuanto intenté parar a otra vendedora que pasaba cerca, el profesor volvió a pronunciar «No». Como su tono era tan serio, entendí que no quería que Root bebiera un refresco porque no era bueno para la salud de los niños.

—Aguanta con el té que hemos traído de casa.

—No me gusta. Es amargo.

—Entonces, voy a comprar leche al bar.

—Ni que fuera un bebé. Y además, no es posible que vendan leche en un estadio. Beber refrescos en un vaso grande de papel es una tradición en los estadios.

Parecía que Root tenía sus propias ideas al respecto. Y como no había nada que hacer, le pregunté:

—¿Podría dejarle aunque fuera sólo un vaso?

El profesor, sin cambiar su rostro, muy serio, murmuró acercando su cara a mi oído.

—Si queréis comprar un refresco, comprádselo a aquella señorita de allí.

La que señaló el profesor era una vendedora que iba subiendo el pasillo del otro lado.

—¿Por qué? ¿Da lo mismo quién sea, no?

Por muchas veces que se lo preguntara, no me aclaraba el motivo; sin embargo, después de que Root lo acosara porque no podía más de sed, finalmente confesó:

—Porque aquella señorita es la más hermosa.

Su sentido estético era acertado. Mirando a mi alrededor, ella era la más guapa y tenía la cara más agradable.

Por culpa de esto, más distraídos por lo que ocurría en la tribuna que por lo que pasaba en el campo de juego, y muy pendientes de que no se nos escapara el momento en que fuera a acercarse a nosotros, no pudimos concentrar toda nuestra atención en la jugada en la que los Tigers sumaron

un punto más tras los cuatro *hits* en ataque de la tercera entrada.

Cuando al final llegó su vendedora favorita, justo debajo del pasillo, el profesor levantó la mano con brío y dijo «¡Sí, por favor!», y le compró el refresco a Root. Aunque le temblaba la mano con la que le dio las monedas, y aunque su cuerpo estaba envuelto en notas, a ella no se le ensombreció el rostro. Root, en cambio, se quejaba de por qué tardaba tanto en comprar un vaso de refresco. Sin embargo, como cada vez que ella pasaba cerca el profesor le compraba palomitas, helados y un segundo vaso de refresco, recuperó el buen humor.

A pesar de mostrarnos aquella faceta inesperada, el profesor seguía siendo un matemático. Lo primero que dijo al ver el estadio fue:

—El diamante interior es un cuadrado perfecto de 27,43 metros de lado.

Al darse cuenta de que el número de su asiento era 7-14 y el de Root era 7-15, empezó a hablar sobre los dos números, olvidándose de sentarse:

—El 714 es el número del récord de *home runs* que estableció Babe Ruth en 1935. El 8 de abril de 1974, Hank Aaron bateó su 715^o *home run* al lanzador Al Downing de los Dodgers. El producto de 714 por 715 equivale a la multiplicación de los primeros siete números primos.

$$714 \times 715 = 2 \times 3 \times 5 \times 7 \times 11 \times 13 \times 17 = 510510$$

»O bien, la suma de los factores primos de 714 es igual a la suma de los factores primos de 715.

$$714 = 2 \times 3 \times 7 \times 17$$

$$715 = 5 \times 11 \times 13$$

$$2 + 3 + 7 + 17 = 5 + 11 + 13 = 29$$

»Hay muy pocos pares consecutivos de números enteros que tengan esta propiedad. Sólo existen 26 pares por debajo de 20000. Es la pareja Ruth-Aaron. Igual que con los números primos, cuanto más altos son los números, menos hay. Por cierto, el más pequeño es el 5 y el 6, sabes... Demostrar si existen infinitamente o no es bastante complicado. Pero lo más importante es que yo me siento en el asiento 7-14 y tú te sientas el 7-15. Jamás podrá ser al revés. Son los nuevos quienes baten el récord antiguo. Es razonable que sea así. ¿No te parece?

—Sí, vale, de acuerdo. Mira, allí está Shinjo.

Root, que normalmente le prestaba mucha atención, en aquel momento estaba en otra cosa, y no parecía importarle mucho su número de asiento.

Finalmente, el profesor, como siempre, sacó a relucir los números cada vez que se le ocurría algo, durante todo el partido. Eso quería decir que estaba muy nervioso. Como no quería dejarse agobiar por el jaleo circundante, aumentaba poco a poco el tono de su voz, y evidentemente eso hacía que se nos notara entre todos los fans de los Tigers que nos rodeaban. Cuando se anunció que iba a lanzar Nakagomi como primer lanzador, y mientras éste se dirigía al montículo entre ovaciones, declaró:

—La altura del montículo es de 10 pulgadas, es decir, 25,4 centímetros. Desde el montículo en dirección hacia el *home* desciende una pulgada por cada uno de los seis pies.

Al darse cuenta de que los siete primeros bateadores del Hiroshima Carps eran zurdos, dijo:

—La probabilidad de un lanzador zurdo contra un bateador zurdo es de 0,2568, y la de uno diestro contra otro diestro es de 0,2649.

Cuando todos chasquearon la lengua tras el robo de base que logró Nishida, de los Hiroshima Carps, dijo:

—Desde el momento en el que el lanzador comienza el gesto de lanzar hasta que suelta la pelota pasan 0,8 segundos. Hasta que la pelota llega al guante del receptor, como en este caso ha sido un lanzamiento curvado, pasan 0,6 segundos. Entonces esto da 1,4 segundos. La distancia por la que atraviesa el corredor, deduciendo la de la parte que saca de ventaja, es de 24 metros. El corredor corre 50 metros... para llegar a la segunda base, por lo que el tiempo que le queda al receptor para intentar un *throw out* es de 1,9 segundos.

Y así sucesivamente.

El único consuelo era que la gente que estaba sentada a nuestra izquierda se mantuvo bastante flemática desde el comienzo hasta el fin, y el vecino de la derecha creó hasta un ambiente amistoso, pues lo jaleaba en los momentos más oportunos.

—Es usted muchísimo más experimentado que algún comentarista, ¿eh?

—Podría ser un anotador perfecto.

—Ya puestos, ¿podría calcular el número mágico de la victoria para los Hanshin Tigers este año?

No parecía enterarse de todos los cálculos del profesor, pero prestaba oídos a sus comentarios cuando no le daba por abuchear a los jugadores del Hiroshima Carps. Gracias a esto, probablemente pudo dar la impresión en nuestro entorno de que los cálculos del profesor no eran un mero delirio y se ajustaban a alguna teoría determinada. Además aquel hombre compartió con nosotros su bolsa de cacahuetes con cáscara.

En el partido, en el ataque de la primera entrada, los Tigers sacaron un punto de ventaja con dos *hits*, uno de Wada, tras otro de Kuji, y luego en la segunda entrada sumaron cuatro puntos más con cinco *hits*. Cuando empezó a refrescar, mientras le puse la cazadora a Root, le coloqué una manta de viaje al profesor sobre las rodillas, y me limpié las manos con una toallita, fueron cayendo más y más puntos sin que me diera ni cuenta, y aquello me dejó estupefacta. Root hacía sonar el megáfono con gran alborozo, y el profesor daba palmadas torpemente sin soltar el sándwich que tenía en la mano.

El profesor estaba cautivado por el juego. A cada movimiento de pelota mostraba alguna reacción admirativa, parecía convencido o bien fruncía el entrecejo. A veces, echaba un vistazo a la comida de la gente que teníamos sentada delante, o levantaba los ojos hacia la luna, que estaba detrás de la copa de un chopo.

Llamaban más la atención los fans de los Hanshin Tigers, en la tribuna cercana a la tercera base, que los del Hiroshima Carps. El color amarillo de los Tigers ocupaba más superficie, y sus hinchas se mostraban más animados. De todos modos, los Hiroshima Carps dependían del lanzador Nakagomi, que no les daba ninguna oportunidad, y eso hacía que no podían animarse aunque quisieran.

Sólo el lanzamiento de un *strike* de Nagakomi logró levantar una salva de gritos de alegría. Cuando ganaban puntos, resonaban las ovaciones que envolvían al estadio convirtiéndose en un remolino. Era la primera vez que veía a tanta gente regocijarse a la vez. Incluso el profesor, que casi

nunca había mostrado más que dos expresiones —la de meditar o la de estar enfadado por haber sido molestado mientras meditaba—, parecía exultante. Aunque era discreto en el modo de expresarlo, era sin duda un miembro más en todo aquel remolino de alegría.

Pero quien se regocijaba allí de la manera más original era el hincha de Kameyama que estaba agarrado a la alambrada. Era un jovencito de unos veinte años y que llevaba el uniforme de Kameyama encima de su mono de trabajo, con una radio portátil colgada del cinturón, y que no quiso aflojar sus diez dedos enredados a la alambrada ni un instante. Durante las entradas de ataque de los Hiroshima Carps, miraba a Kameyama que estaba de exterior izquierdo, y se excitaba con su aparición en el círculo de espera, gritando el nombre de Kameyama durante todo el tiempo que estaba en el rectángulo de los bateadores. Cambiaba el registro de voz, a veces con tono de ánimo, a veces de súplica, y apretaba su cara a la red de alambre sin preocuparse porque le dejara marcas en la frente, como si quisiera acercarse a él aunque fuera un milímetro más. Nunca abucheaba a los contrincantes, ni se quejaba ni suspiraba aunque Kameyama fuese eliminado. La única palabra que emitía aquel chico no era otra que «Kameyama». Ponía toda el alma en aquella palabra.

Por eso, cuando Kameyama bateó un *timely hit*, toda la gente se preocupó pues se había emocionado tanto que pareció desmayarse, hasta el punto de que alguien que estaba sentado detrás de él intentó instintivamente sostenerle la espalda. La pelota atravesó las bases vigorosamente, se fue deslizando sobre el césped, el exterior ya no era más que una sombra negra y pequeña, y sólo la pelota bateada por Kameyama lucía como bendecida por la luz de los focos. El hombre hacía resonar su grito todo lo que podía aguantar su respiración, y aún seguía dejando salir una especie de sollozo, aunque sus pulmones se hubieran quedado vacíos, y se desgredaba el cabello y se retorció. Ya estaba Paciorek en el rectángulo de los bateadores desde hacía mucho rato y él seguía en su éxtasis. Comparada con él, la manera de animar del profesor era mucho más seria.

El profesor no parecía muy preocupado por no encontrar a ningún jugador de los cromos que había coleccionado. Estaba tan ocupado pensando en cómo relacionar sus conocimientos sobre las anotaciones o las reglas del béisbol que había ido acumulando durante el encuentro, que no podía pensar en los nombres de los jugadores.

—¿Qué llevan dentro de esa bolsa pequeña?

—Es la bolsa de resina. Resina de pino. Se utiliza para que no resbalen las manos.

—¿Por qué el receptor corre siempre hacia la primera base?

—Es por precaución. Para poder recuperarla aunque se le escape la pelota.

—Parece que se ha colado algún fan en el banquillo...

—No. Creo que es el intérprete de los jugadores extranjeros.

El profesor preguntaba a Root todo aquello que no entendía. Si bien era capaz de explicar la energía cinética que tiene la pelota a 150 km por hora y la relación entre la temperatura de la pelota y la distancia recorrida, no sabía lo que era la bolsa de resina. El profesor contaba con Root, aunque ya no lo tuviera agarrado por la mano. Habló de números, hacía preguntas a Root, compró refrescos a una hermosa muchacha y comió cacahuets. Entretanto, contemplaba a veces hacia la zona de calentamiento. El dorsal 28 no estaba, en efecto.

El partido se desarrollaba con rapidez, ganaban los Hanshin Tigers 6 a 0. A medida que se

sucedían las entradas, la atención se centraba en los lanzamientos de Nakagomi. Al terminar la octava entrada, Nakagomi aún no había dejado hacer ningún *hit* a nadie.

Pese a que íbamos ganando, el aire sofocante fue adueñándose de la tribuna de la tercera base. Tras acabar el ataque, al empezar la entrada de defensa, se escuchaban aquí y allí unos suspiros de los que se sueltan cuando se arrostra una situación insoportable. Si los Hanshin Tigers hubieran anotado puntos constantemente, habríamos podido estar más tranquilos. Sin embargo, a partir de la tercera entrada, en que marcaron 6 puntos, no habían anotado ni uno más, por lo que habíamos caído en una situación en la que no teníamos más remedio que concentrarnos en la defensa.

En la defensa de la novena entrada, alguien no pudo aguantarse y dejó escapar un gemido dirigido a la espalda de Nakagome, que salía del banquillo e iba caminando hacia el montículo:

—Tres más...

Poco a poco se extendió el murmullo entre los espectadores, que no querían oír tal cosa. Quien respondió a aquel murmullo fue el profesor:

—La probabilidad de que consiga el *no hit no run* es del 0,18%.

Los Hiroshima Carps enviaron a un suplente como primer bateador. Era un jugador que no me sonaba en absoluto, pero nadie se fijaba en el bateador. Nakagome lanzó la primera pelota.

Desde el bate que acababa de golpearla se alzó la pelota hasta el cielo nocturno describiendo una elegante trayectoria parabólica. Era una trayectoria como las dibujadas en los viejos cuadernos del profesor. La pelota era más blanca que la luna, más hermosa que las estrellas, flotando en la cima de la bóveda azul ultramarino. Todos miraban hacia arriba aquel punto, extasiados.

En el momento en que empezó a caer la pelota, me di cuenta de que no era una pelota elegante en absoluto. Cobraba más y más velocidad, sin que pudiera detenerse, desprendía el calor de algo que procede del espacio tras un largo viaje.

Alguien dio un alarido.

—¡Cuidado! —dijo el profesor junto a mi oído.

La pelota rozó la rodilla de Root, tocó el hormigón que estaba a sus pies, y fue dando botes a sus espaldas.

El profesor había cubierto a Root con su cuerpo. Extendió el cuello y los brazos al máximo, y envolvió a Root, con total decisión, para que nada hiciera daño a un niño tan frágil.

Mientras seguía allí la pelota, los dos permanecieron inmóviles. Aunque Root, en realidad, no tuvo más remedio que quedarse en aquella postura, pues el profesor no se retiraba.

—Atención, por favor: tengan mucho cuidado con la pelota fallida —se anunció por megafonía.

—Creo que ya no pasa nada... —le dije.

Las cáscaras de los cacahuetes que se habían caído de la mano del profesor estaban dispersas por allí.

—La pelota dura pesa 141,7 gramos... En caso de caer desde una altura de 15 metros... una pelota de hierro que pesara 12,1 kilogramos... el impacto se vuelve 85,39 veces más...

Se oía la voz lejana del profesor. Las cifras 714 y 715 estaban grabadas en el respaldo de sus respectivos asientos. Igual que el profesor y yo estamos conectados a través del 220 y 284, ellos

también estaban ligados a través de unos números que comparten un secreto especial. Era un vínculo que nadie podría disolver.

De repente se produjo un revuelo entre los espectadores. Vi que la segunda pelota de Nakagome iba directa al exterior derecho. La pelota estaba rodando sobre el césped.

—¡Kameyama! —volvió a gritar el hombre de la alabrada.

ERAN CERCA DE LAS DIEZ DE LA NOCHE cuando llegamos al pabellón. Aún no nos habíamos calmado de la excitación, y sin embargo Root contenía un bostezo. Aunque había pensado volver al apartamento en cuanto acompañáramos al profesor, como éste estaba mucho más cansado de lo previsto, decidimos quedarnos hasta que se metiera en la cama. Parece que se había agotado en el autobús, lleno de la gente que volvía del estadio. Cada vez que el autobús traqueteaba, la muchedumbre le daba empujones, y él se ponía nervioso por si alguien le movía las notas.

—Ya llegamos —le animaba yo, repetidamente, pero mi voz no parecía llegarle a sus oídos.

Durante el rato que pasó en el autobús, retorció su cuerpo de una forma extraña para evitar en lo posible todo contacto con los otros pasajeros.

Quizá no fuera sólo por el cansancio, y siempre lo hiciese así, pero el profesor fue quitándose y tirando al suelo sucesivamente todo cuanto llevaba puesto: los calcetines, la americana, la corbata, los pantalones, y al final se quedó en paños menores y se metió en la cama sin lavarse los dientes. Quise pensar que se los había cepillado rápidamente sin que nadie se diera cuenta, cuando entró al lavabo un momento antes.

—Muchas gracias por lo de hoy —dijo el profesor antes de cerrar los ojos—. Lo he pasado muy bien gracias a vosotros. Pero un *no hit no run* no es eso...

Root se puso de rodillas en la cabecera y le arregló la cama.

—Enatsu también hizo un *no hit no run*. Además en una prórroga. Fue el 30 de agosto de 1973, el año en el que se jugó la victoria con los Giants en el último partido. En el ataque de la undécima entrada de la prórroga del partido con los Chunichi Dragons, se logró el 1 a 0 con el *game-ending home run* que bateó el propio Enatsu. Es decir, Enatsu se encargó tanto del ataque como de la defensa... Pero al final hoy Enatsu no ha lanzado...

—Bueno, la próxima vez compraré los billetes después de comprobar bien la rotación.

—De todos modos, está bien que hayan ganado, ¿no? —intervine yo.

—Tienes razón. 6 a 1. Es un resultado bastante bueno.

—Los Tigers han subido al segundo puesto. Además, los Giants han perdido posiciones tras perder ante los Taiyo Whales. No hay muchos días tan afortunados, ¿a que no, profesor?

—Claro. Todo esto gracias a que Root me ha llevado al estadio. Venga, y ten mucho cuidado al volver a casa. Tienes que acostarte temprano y obedecer a mamá. Mañana vas a la escuela, ¿no?

Antes de escuchar la respuesta de Root, el profesor cerró los ojos con una sonrisa en los labios. Los párpados estaban enrojecidos, los labios se le habían agrietado, y vi que en el nacimiento del pelo se le había acumulado sudor. Le puse la mano en la frente.

—¡Dios mío!

El profesor tenía fiebre. Y además bastante alta.

Root y yo, después de pensarlo mucho, decidimos quedarnos en el pabellón en vez de volver a nuestro piso. No se puede dejar solo a un enfermo, y si es al profesor, menos aún. Para mí también era mucho más fácil quedarme allí y cuidarlo que empezar a preocuparme por los reglamentos laborales o las cláusulas contractuales.

Como ya me había imaginado, no pude encontrar nada que sirviera para estas situaciones: bolsas de hielo, un termómetro, un antipirético, un colutorio o una receta. Dado lo que podía verse desde la ventana, la luz de la casa principal aún no se había apagado. Detrás del seto que lindaba con el pabellón creí ver una figura humana. Podía haber pedido ayuda a la viuda, pero me acordé de la promesa de no llevar allí los problemas del pabellón. Corrí la cortina de la ventana.

De todas maneras, no tenía más remedio que arreglármelas sola, así que metí hielo triturado en unas bolsas de plástico, que envolví con una toalla, y con ello enfrié por detrás del cuello, la nuca, las axilas y las ingles; le puse una manta de invierno que había sacado, y herví té para hidratarlo. Era el mismo procedimiento que seguía cuando le subía la fiebre a Root.

Acosté a Root en el sofá que estaba en el rincón del estudio. Estaba ocupado por libros y no cumplía su función original, pero al despejarlo resultó ser un sofá inesperadamente bueno y no parecía nada incómodo. Aunque Root estaba preocupado por el profesor, enseguida se quedó dormido como un bendito. Había puesto la gorra de los Tigers encima de una pila de libros de matemáticas.

—¿Cómo está usted? ¿Se encuentra mal? Cuando tenga sed, haga el favor de decírmelo, ¿eh?

No reaccionaba a mis palabras. A pesar de mi ignorancia, entendí que no estaba inconsciente por la fiebre, sino que dormía profundamente. Simplemente respiraba un poco fuerte y no parecía sufrir, y su rostro con los párpados cerrados resultaba incluso sosegado, parecía como si estuviera vagando por el mundo de los sueños profundos. Cuando le cambiaba el hielo, o cuando le enjugaba el sudor, nunca se despertaba, confiándome dócilmente su cuerpo.

Su cuerpo, libre de la americana llena de notas, era delgado y endeble aun dejando aparte el hecho de que era un anciano. La carne de la barriga, de los muslos o de los brazos estaba flácida, con arrugas persistentes. Al tocar cualquier parte del cuerpo, la piel descolorida se hundía y no tenía elasticidad. A pesar de que lo miré con atención para poder percibir un poco de vitalidad escondida, o algo parecido, aunque fuera sólo en la punta de las uñas, todo fue inútil. Recordé la frase de un matemático de nombre complicado que el profesor me comentó un día:

«Dios existe. Porque la matemática no tiene contradicción. Y el diablo también existe. Porque no es posible demostrarlo».

De ser así, sólo cabía pensar que los elementos nutritivos de su cuerpo habían sido absorbidos por el diablo.

A medida que avanzaba la noche, podía percibirse al tocarle la piel que la fiebre iba subiendo. Su aliento era caliente, el sudor manaba sin cesar, y el hielo se derretía con más velocidad que antes. ¿Quizá fuera mejor ir corriendo a la farmacia? ¿El hecho de haberlo llevado a la fuerza a un lugar con tanta gente podía ser el origen de todos estos problemas? ¿Qué hacer si empeoraba el estado de su cerebro...? Todas estas preocupaciones me torturaban. Sin embargo, me dije que, al fin y al cabo, si estaba durmiendo tan profundamente, no debía de pasar nada.

Me tumbé al pie de la cama, envuelta en la manta de viaje que había llevado al estadio. La luz de la luna que entraba por las rendijas de la cortina se extendía sobre el suelo entarimado. Tuve la sensación de que el partido de béisbol era ya un suceso de un pasado muy lejano.

El profesor estaba durmiendo a mi izquierda, y Root a mi derecha. Al cerrar los ojos oía varios sonidos. El ronquido del profesor, el roce de la manta, el derretirse del hielo, Root hablando en sueños, el sofá chirriando. Los sonidos que ambos producían me hacían olvidar el incidente del ataque de fiebre, me tranquilizaban conduciéndome al sueño.

A la mañana siguiente, Root se levantó antes de que se despertara el profesor, pasó por nuestro apartamento a recoger los libros de texto, y se fue a la escuela con el megáfono de los Tigers que debía devolverle a su amigo. El rubor en la cara del profesor se había atenuado ligeramente y parecía que la respiración era sosegada. Pero seguía durmiendo profundamente y no tenía aspecto de ir a despertarse. En ese momento empecé a preocuparme de que estuviera dormido tan profundamente. Toqueteé su frente con el dedo. Levanté la manta e intenté apretar y cosquillear sucesivamente la nuez de Adán, el hueco de la clavícula, las axilas y el ombligo. También probé a soplarle en el oído. Sin embargo, no surtió efecto; no hacía más que mover el globo ocular ligeramente debajo de los párpados.

Cuando por fin entendí que el profesor no padecía la enfermedad del sueño fue ya cerca del mediodía, mientras estaba yo haciendo las tareas en la cocina. Escuché un ruido en el estudio, y al ir a ver lo que pasaba vi que el profesor se había puesto la americana como siempre y estaba cabizbajo sentado en la cama.

—Ni se le ocurra levantarse. Tiene fiebre. Debe quedarse tranquilo.

Me miró alzando la cabeza sin decir nada y luego la cabeza volvió a su anterior postura. Tenía los ojos llenos de legañas, estaba despeinado y llevaba la corbata mal anudada colgándole del cuello descuidadamente.

—Venga, quítese la ropa y póngase ropa interior limpia. Anoche estaba todo empapado de sudor. Después iré a comprarle un pijama nuevo. Si cambiamos la sábana y se asea, se sentirá mejor. Quizá sea por el cansancio. Porque estuvo usted mirando el partido de béisbol durante tres horas. Perdóneme por haberle forzado a venir con nosotros. Pero no se preocupe. Si se queda calentito aquí, come bien y descansa, se pondrá mejor pronto. A Root también le pasa lo mismo siempre. Vamos, primero debe llevarse algo a la boca. ¿Le parece bien si le traigo un zumo de manzana?

El profesor empujó mi hombro y volvió la cara.

Entonces me di cuenta de que había cometido un craso error. Él ya no se acordaba de haber asistido al partido de béisbol ayer, ni de mí.

El profesor bajó la mirada hacia su pecho sin moverse. La espalda, encorvada, parecía haberse encogido más aún durante la noche. Su cuerpo dolorido no podía moverse de tan extenuado que estaba, y parecía que su corazón, extraviado, anduviera errando hacia algún lugar equivocado. Ya no tenía el fervor que mostraba cuando resolvía secretos matemáticos, nada le quedaba de la ternura con que trataba a Root, y parecía por completo falto de vigor.

Pronto comenzó a oírse un sollozo. Al principio no me di cuenta de que salía de su boca, e incluso tuve la sensación de que procedía de una caja de música estropeada en algún rincón de la habitación. Era un sollozo solitario, que no era para nadie sino para sí mismo, diferente al que escuché cuando Root se cortó la mano.

Se puso a leer la nota más importante, la que estaba pegada en el lugar que llamaba más la atención y que saltaba a la vista aunque no quisiera al ponerse la americana.

«Mi memoria sólo dura 80 minutos».

Me senté en el borde de la cama. No encontré nada más que yo pudiera hacer. Había cometido un craso error, más bien un fatídico error.

Cada mañana al despertarse y vestirse, le sentenciaban la enfermedad que padecía a través de las notas escritas por él mismo. Le obligaban a enterarse de que el sueño que había tenido no era el de la noche anterior sino el de la última noche que podía recordar, hace muchos años. Lo anonadaba el hecho de saber que su yo del día anterior había caído en el abismo del tiempo, del que no podría recuperarse nunca más. El profesor que había protegido a Root de la pelota fallida estaba ya muerto en el fondo de sí mismo. Yo nunca había pensado que el profesor recibía tal sentencia cruel cada día, solo en su cama.

—Soy la asistente de la casa —le dije después de esperar un rato a que cesara el sollozo—. Soy la asistente contratada para ayudarle.

El profesor me dirigió sus pupilas mojadas.

—Por las tardes viene mi hijo. Como tiene la cabeza muy plana, le llamamos Root. Fue usted quien le puso el nombre.

Le señalé la nota dibujada con una caricatura que estaba sujeta en la bocamanga de la americana. Pensé que afortunadamente no se había caído en el autobús el día anterior.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

Tenía la voz debilitada a causa de la fiebre, y sin embargo me sentí tranquila, de alguna manera, al oírle algo que no fuera un sollozo.

—Es el 20 de febrero —le contesté—. Es el 220. El 220 que tiene un pacto de fraternidad con el 284.

La fiebre duró tres días. Prácticamente pasó todo ese tiempo durmiendo. Durmió todo el rato sin quejarse y sin tener ningún capricho.

Como no se despertaba al llegar la hora de comer, ni tocaba siquiera las comidas ligeras que le dejaba en la mesita al lado de la cama, no tuve más remedio que hacerle tragar una cucharada tras otra. Le incorporaba la parte superior del cuerpo, le daba un pellizco en la mejilla, y le metía la cuchara aprovechando el instante en que abría la boca distraídamente. A pesar de todo, no aguantaba como para acabarse una sopa, y se quedaba dormido a medias.

Al final no fuimos al hospital. Me parecía que quedarse en casa tranquilo sería la mejor manera de recuperarse si la causa de la fiebre era haber salido a la calle. Mi diagnóstico era que sufría esa especie de fiebre infantil que tienen los bebés cuando comienzan a crecer, por haberse expuesto al aire de repente. De todos modos, era imposible despertarle, calzarle y hacerle ir caminando hasta el hospital.

Root, tan pronto como volvió de la escuela, entró en el estudio y se quedó de pie al lado de la cama sin hacer nada. Contemplaba la cara del profesor dormido hasta que yo le dije que fuera al comedor e hiciera los deberes porque el profesor si no, no podría descansar tranquilamente.

A partir de la mañana del cuarto día, después de que le bajara la fiebre, fue recuperándose

favorablemente. Le volvió el apetito en proporción inversa a la reducción de sus horas de sueño. Recuperó las fuerzas como para salir de la cama y sentarse en la mesa del comedor, y ya podía hacerse el nudo de la corbata y hasta empezó a abrir los libros de matemáticas sentado en el butacón del comedor. Empezó también a contestar a las preguntas de los premios de las revistas de matemáticas. Se ponía de mal humor y decía que yo le molestaba mientras él estaba pensando, pero recuperaba el buen humor por la tarde a la hora de recibir a Root, al abrazarlo. Hacía los ejercicios de matemáticas con Root, y le acariciaba la cabeza todo cuanto deseaba. Todo volvía a ser como antes.

Poco después de que el profesor se recuperara, recibí una orden de mi jefe para comparecer en la oficina. Citar a un trabajador al margen del informe laboral periódico era sin duda mala señal. Podría tratarse de una advertencia seria, o del requerimiento de unas disculpas, o de una multa, tras una queja por parte de un cliente. De cualquier modo, sería algo que me deprimiría. Sin embargo, el profesor no podía reclamar nada, ya que estaba impedido por una pared de 80 minutos, y además yo había cumplido la promesa de no pisar la casa principal. Así que pensé que a lo mejor el jefe quería saber cómo me iba con un cliente complicado que había acumulado nueve estrellas azules.

—Has metido la pata a base de bien.

Con las primeras palabras de mi jefe, me di cuenta de lo optimista que era mi conjetura.

—Ha habido una queja.

Me lo dijo con una cara realmente desconcertada, acariciando su frente con entradas.

—Qué clase de... —balbuceé.

Hasta entonces había tenido algunas quejas. Sin embargo, todas eran fruto de malentendidos o del egocentrismo de los clientes, por lo que el jefe comprendía que yo no tenía la culpa y arreglaba la cosa diciéndome simplemente: «Bueno, ingéniate las, ¿vale?». Pero esta vez la situación era diferente.

—No te hagas la inocente. Me han dicho que has cometido un error muy grave. ¿Dormiste en la habitación de ese profesor de matemáticas, verdad?

—No he cometido ningún error. ¿Quién puede insinuar maliciosamente algo tan grosero? Es realmente ridículo. ¡Qué desagradable! —protesté.

—Nadie insinúa nada maliciosamente. Es verdad que dormiste allí, ¿sí o no?

No tuve más remedio que asentir con la cabeza.

—En el caso de que surja la necesidad de prolongar las horas de trabajo, esto debe comunicarse a la agencia con antelación; incluso en un caso causado por una situación de emergencia, hay que presentar una solicitud de horas extra con la firma del cliente y un informe posterior. Así consta en el reglamento laboral.

—Sí, lo sé muy bien.

—El hecho de haber infringido la regla significa que has cometido un error. Entonces, ¿por qué dices que es grosero y ridículo?

—No, no es eso. Yo no recuerdo haber trabajado horas extras. Simplemente, me extralimité un poco, con buena voluntad...

—Si no es trabajo, ¿entonces qué hiciste? Si no era trabajo y pasaste la noche en la habitación

de un hombre, entonces ¿no será natural que se den estas insinuaciones?

—Estaba enfermo. Le subió de repente la fiebre y por eso no podía dejarlo solo. Fue un error por mi parte ignorar la regla. Lo siento mucho. Pero no creo haber tenido una conducta impropia como asistente, más bien pienso haber cumplido con lo que tenía la obligación de hacer.

—En cuanto a tu hijo... —el jefe tocó el borde de la tarjeta de cliente del profesor con el dedo índice—. Pienso haberte dado un permiso muy especial. Es una medida sin precedentes lo de poder llevarse a un hijo al lugar de trabajo. Pero fue lo que propuso el propio cliente y, además, como es una persona un poco difícil, cedimos. Hay otras asistentes que se quejan de este agravio comparativo. Precisamente por eso no sé qué hacer si no te comportas de una manera decente que nadie pueda malinterpretar.

—Lo siento mucho de verdad. He cometido una imprudencia. Le estoy agradecida mucho por lo de mi hijo. No sabe cuánto le agradezco que me hubiera autorizado a...

—Bueno, ya no tienes que ocuparte de él.

—¿Cómo? —reaccioné.

—A partir de hoy ya no tienes que ir a trabajar allí. Te contamos el día como de ausencia y mañana irás a hacer una entrevista con tu nuevo cliente.

El jefe puso la ficha de cliente del profesor al revés, y le estampó un sello azul. Era la décima estrella.

—Espere un momento, por favor. No se me puede decir eso de un modo tan repentino. ¿Quién diablos quiere que me vaya? ¿Es el profesor? ¿Es usted?

—Ha sido la cuñada.

Negué con la cabeza:

—Pero yo no he visto a la cuñada desde la entrevista. No recuerdo haberla molestado ni una vez. He sido fiel a la orden de no llevar los problemas del pabellón a la casa principal. Aquella señora es la persona que me paga, pero no tiene nada que ver con mi trabajo. Entonces, ¿cómo puede despedirme?

—La cuñada sabe perfectamente que pasaste varias noches en el estudio.

—¿Espió el pabellón, es eso?

—Ella tiene derecho a vigilarte.

Me acordé de aquella noche en que una figura humana se había movido junto a la puerta pequeña, al lado de la valla.

—El profesor está enfermo. Además, necesita un tratamiento más cuidadoso que un paciente normal. No sirve una mera asistente. Si hoy no voy, no entenderá nada. Quizá ahora mismo esté levantándose de la cama y esté leyendo las notas de la americana, y estará solo...

—Hay tantas asistentes como sea necesario para reemplazarte.

El jefe me interrumpió, abrió el cajón de la mesa de la oficina, e introdujo la ficha de cliente del profesor en un fichero.

—Nada más. Eso es todo. Es una decisión definitiva.

El cajón se cerró de golpe. Era un sonido vigoroso, todo lo contrario que mi estado de ánimo. Así es cómo me despidieron como asistente del profesor.

El siguiente cliente resultó ser un matrimonio que tenía una asesoría fiscal. Desde mi apartamento tardaba más de una hora en ir, haciendo transbordo de tren y autobús. La jornada era larga, pues duraba hasta las nueve de la noche, y me mandaban indiscriminadamente trabajos tanto en el domicilio como en la oficina, y además, la señora era mala. Quizá el jefe me mandó allí como castigo. Root volvió a ser un niño con la llave de la casa puesta alrededor del cuello.

Dejar atrás clientes es lo habitual en este trabajo. Aun más si se trabaja para una agencia como *Akebono*. Las circunstancias de los clientes a menudo cambian, y apenas se encuentra algún cliente con quien sea posible congeniar. Aparte de que cuánto más tiempo se queda una en un sitio, tanto más fácil es que surjan inconvenientes.

Hubo una vez una casa donde se celebró una fiesta de despedida en mi honor, y también hubo niños que me hacían regalos con los ojos llenos de lágrimas. En el otro extremo, había clientes que sólo me pasaban facturas por la vajilla, los muebles o la ropa que se habían estropeado sin dirigirme ni una palabra de despedida.

Cada vez que me sucedían estas cosas, me decía que no debía reaccionar en exceso. No había que ponerse triste o sentirse herida en demasía. Yo, para ellos, era algo transitorio, y es normal que no se acordaran de mi nombre. Y yo también olvidaba sus nombres, uno tras otro. De hecho, se me va el sentimentalismo enseguida cuando cambio de cliente porque estoy muy ocupada aprendiendo las nuevas reglas.

Sin embargo, esta vez no fui capaz de asimilarlo. Lo que más me atormentaba era que el profesor no nos iba a recordar nunca más. El profesor jamás preguntaría a su cuñada la razón por la que yo dejé de trabajar allí ni dónde estaba Root. Cuando contemplase el lucero de la tarde sentado en la butaca del comedor, o bien mientras resolvía las preguntas matemáticas en su estudio, ni siquiera tendría la libertad de sumergirse en sus recuerdos de nosotros.

Pensando en ello, se me partía el corazón. Me avergoncé y me enfadé conmigo misma por haber cometido un error irreversible. Naturalmente, no me podía concentrar en mi nuevo trabajo. A pesar de que la mayoría de las tareas que me encargaban eran de puro trabajo físico (lavar cinco coches de marca extranjera, limpiar las escaleras de un edificio de cuatro pisos, o preparar cenas ligeras para diez personas, etc.), me perseguía la estampa del profesor, que anidaba en un rincón de mi cabeza, y mi tensión era más bien psíquica. La imagen del profesor que me acompañaba durante el trabajo, siempre cabizbajo en la cama. Mientras me obsesionaba con esta figura, cometí algunos pequeños errores y la señora acabó regañándome.

No sabía quién me había reemplazado. Deseé que no fuera demasiado diferente a la caricatura de la nota. ¿Estaría preguntando también a la nueva asistente su número de teléfono o de calzado y descifrando las claves escondidas en ellos? No me gustaba demasiado imaginar que el profesor compartía el secreto de las matemáticas con alguien desconocido. Me daba la sensación de que los encantos de la matemática que me había enseñado sólo a mí se iban diluyendo; aunque los números no cambiasen pese a lo que ocurriera en el mundo, y simplemente seguían existiendo allí.

¿A lo mejor la nueva asistente se rendiría ante el mal genio del profesor y el jefe estaba pensando que nadie podría hacer frente a aquello excepto yo? De vez en cuando imaginaba cosas tan ilusas como ésta. Sin embargo, enseguida las negaba con una sacudida de cabeza y olvidaba

todo aquello: ¡qué engreída pensar que no se podían hacer las cosas sin mí! Los demás no me necesitan tanto como yo pensaba. Hay mucha gente que podía sustituirme. Era cierto lo que dijo el jefe.

—¿Por qué ya no vas a casa del profesor?

Root me hacía esta pregunta una y otra vez. Lo único que podía contestarle cada vez era:

—Las circunstancias han cambiado.

—¿Qué circunstancias?

—Son muchas cosas, complicadas.

Hacía sonar la nariz con un pequeño suspiro y metía la cabeza entre los hombros.

El domingo 14 de junio, Yufune de los Tigers marcó un *no hit no run* en el estadio Koshien.

Root y yo, después de la cena, estuvimos escuchando la radio todo el tiempo, y ni siquiera nos duchamos. Mayumi había bateado un *home run* de tres puntos, y Shinjo un *home run* en solitario. Tras la octava entrada iban 6-1. Tanto el marcador como los Carps, el rival, eran los mismos que con Nakagome.

Cada vez que salían los bateadores de los Carps, subía tanto el tono del locutor como la atmósfera eléctrica en el estadio. Por el contrario, nosotros nos íbamos quedando más callados. En la novena entrada, cuando el primer bateador se retiró con una pelota rodada hacia la segunda base, Root dio un suspiro. Sabíamos lo que nos recordaba y qué estaba pensando el otro. Por eso no hablábamos apenas.

En el preciso instante en el que volaba por los aires la pelota que golpeó el último bateador, Shoda, la transmisión en directo dejó de escucharse y sólo se oyeron las ovaciones que sumergían la retransmisión de radio. Pronto nos llegó el grito de «¡*Out, out!*» del locutor.

—Lo ha conseguido, ¿eh? —dijo Root con tono sereno, y yo asentí con la cabeza.

«... es el 58º lanzador en la historia del béisbol profesional en los Tigers, desde Yutaka Enatsu en el año 48 de Showa... 19 años después...»

La voz del locutor se escuchaba con interrupciones.

No sabíamos cómo expresar la alegría. Tampoco sabíamos si debíamos alegrarnos o no. Aunque habían ganado los Tigers, y se había alcanzado un gran récord, habíamos caído en un sentimiento más bien de tristeza. La excitación que se transmitía a través de la radio resucitaba la memoria del día que fuimos a ver el partido de béisbol, el 2 de junio, y me recordó que el profesor, sentado en el asiento 7-14, estaba ya muy lejos. Estaba obsesionada con la idea de que, quizás la pelota fallida que golpeó el primer bateador reserva aquel día, un jugador desconocido, y que le dio a Root, había sido un mal presagio para los tres.

—Venga, a dormir que mañana también hay que madrugar, ¿no? —dije.

—Sí.

Root apagó la radio.

La primera maldición de la pelota fallida era el *hit* que cayó en el área cuadrada derecha y que arruinó el *no hit no run* de Nakagome, y a partir de entonces ocurrieron sucesivamente los sucesos siniestros de la fiebre, lo de mi despido, y todo siguió en cadena. Puede que no fuera razonable concluir que todo aquello podía ser fruto de la maldición de una pelota fallida, pero era suficiente

como para perturbarme.

Un día, una mujer desconocida, justo en la parada de autobuses donde yo estaba esperando para ir al trabajo, me robó dinero. No es que me robara como un carterista, ni que me diera un tirón, sino que yo misma le entregué el dinero a la mujer, así que no tenía derecho a denunciarla a la policía; si se trataba de un nuevo tipo de robo, era admirable. La mujer se acercó directamente y de pronto me tendió la mano sin saludos ni preámbulos y me dijo únicamente: «Dinero». Era una mujer de veintitantos, grandota y de tez blanca, y no había nada extraño en su apariencia salvo que llevaba puesto un abrigo ligero aunque estábamos a principios de verano. Estaba bien arreglada, por lo que no parecía una vagabunda, ni tenía aspecto de estar sin blanca. Estaba tan tranquila como si me estuviera preguntando por una calle. Más bien al revés, parecía incluso que era ella la que me indicaba una calle.

—Dinero —repitió la mujer.

Puse un billete en la palma de su mano. Fue una conducta inesperada incluso para mí. Era inexplicable que una persona pobre como yo hiciera tal cosa, pues tampoco me había amenazado con un cuchillo. La mujer se metió el billete en el bolsillo del abrigo y se fue alejando sin decir nada, igual que cuando se acercó. Apenas se fue, llegó el autobús.

De camino a casa del asesor fiscal, estuve intentando imaginar qué importancia podía tener mi dinero para esa mujer. Podría servir para comprar pan para su hijo pequeño, o para comprarle un medicamento a su padre enfermo, o bien para evitar el suicidio de una familia entera... Sin embargo, nada de lo que imaginaba me reconfortaba. No porque me doliera el dinero, sino porque sentí una humillación, como si yo hubiera recibido limosna de alguien.

Por otro lado, algo sucedió cuando fuimos a visitar la tumba de mi madre el día del aniversario de su muerte. En un matorral de detrás de la lápida yacía el cadáver de un cervatillo. Aún se veían los huesos y la piel, que tenía manchas por el lomo; las cuatro patas, largas, estaban aún unidas al cuerpo, justo en la postura que debían de tener cuando había intentado ponerse en pie en el momento de exhalar su último suspiro. Las vísceras se habían licuado, en los ojos habían quedado unos huecos oscuros, y en la boca medio abierta podían verse unos dientes pequeños que aún no habían crecido suficientemente.

Fue Root quien lo encontró.

—¡Cielos!

Señalaba hacia él con el dedo sin llamarme ni desviar los ojos de aquello.

Probablemente el bicho había bajado corriendo de la montaña, y se había estrellado contra la lápida, y murió tal y como estaba. Al mirar bien la lápida vi que quedaban cosas parecidas a un trozo de carne y una mancha de sangre.

—¿Qué hacemos? ¿Qué debemos hacer?

—No te preocupes. Está bien que lo dejemos así tal cual.

Rezamos un buen rato juntando las manos, más por el cervatillo que por mi madre. Recé para que aquella pequeña muerte le hiciera compañía al espíritu de mi madre.

Al día siguiente de ir a la tumba de mi madre, me topé con una foto del padre de Root en la edición regional del periódico. Parece que le habían dado el premio de una fundación que concedía

galardones a jóvenes investigadores técnicos. Era un pequeño artículo en una esquina. La foto se veía borrosa, pero sin duda era él. Había envejecido exactamente lo que corresponde a diez años.

Cerré el periódico, hice una bola arrugándolo, y lo tiré a la papelera. Tras un rato, después de pensarlo bien, lo fui a buscar, lo desarrugué y recorté el artículo con unas tijeras. Estaba ya tan arrugado que no podía distinguirse de un papel viejo.

—¿Y a mí qué más me da? No es nada —me dije—. El padre de Root que ha sido premiado. Es una buena cosa. Sólo eso.

Doblé el artículo y lo guardé en la cajita junto al cordón umbilical de Root.

CADA VEZ QUE VEÍA NÚMEROS PRIMOS me acordaba del profesor. Aparecían con disimulo en cualquier lugar del paisaje cotidiano. En las etiquetas del supermercado, en los números de las placas de las casas, las tablas de los horarios de autobuses, la fecha de caducidad del jamón en dulce, las puntuaciones de los exámenes de Root... Aunque todos ellos cumplieran fielmente su misión oficial, a la vez amparaban con firmeza su recóndito significado originario.

No me daba cuenta enseguida, claro está, si se trataba de un número primo o no. Gracias a las prácticas que había recibido del profesor, podía distinguir a ojo, sin tener que calcularlos, los números primos inferiores a 100, por el halo que desprendían. Si superaban el 100, en cuanto el número me parecía dudoso, tenía que probar a dividirlo. A menudo había casos en que, aunque me parecía un número compuesto, resultaba ser un número primo. Y otras veces, aunque mi primera impresión era que se trataba de un número primo, al final conseguía encontrar un divisor.

Siguiendo el ejemplo del profesor, me acostumbré a llevar en el bolsillo del delantal lápiz y papel para apuntar. De esta manera podía hacer cálculos en cualquier momento que se me ocurriera. Por ejemplo, mientras limpiaba el frigorífico en la cocina de la casa del asesor fiscal, el 2311, número de serie grabado en el interior de la puerta, me entró por los ojos. Tuve el presentimiento de que sería un número bastante interesante, por lo que saqué el papel de notas y probé a dividirlo, dejando a un lado de momento el detergente y el paño. Primero por 3, después por 7, luego por 11. Fue inútil. Daba siempre un resto igual a 1. Seguí pues intentándolo con el 13, el 17 y el 19. Tampoco eran divisores. Además, esa indivisibilidad era realmente ingeniosa. En el momento en que me daba la impresión de que por fin había dado con la solución, se me escabullía entre los dedos y mi esfuerzo resultaba una vez más inútil al tiempo que me dejaba un poso de expectativas para un nuevo desarrollo del planteamiento. Los números primos seguían siempre esta pauta.

En cuanto hube comprobado que el 2311 era un número primo, guardé el papel de los apuntes en el bolsillo y volví a las tareas de limpieza. El hecho de saber que el frigorífico tenía un número primo como número de serie, suscitó en mí gran cariño por el aparato: valiente, insobornable, desapegado del bajo mundo. Así me lo parecía a mí.

Puliendo el suelo de la oficina me topé con el 341. Debajo de la mesa había un impreso de declaración de renta, de color azul, con el número 341.

A lo mejor era número primo. Paré de darle a la fregona al instante. El formulario estaba cubierto de polvo, parecía llevar en el suelo mucho tiempo, pero el número 341 no había perdido el vigor de la señal que me emitía. Su atractivo era innegable, digno de recibir los favores del profesor.

La luz de la oficina estaba ya medio apagada, y en cuanto no quedó ningún empleado comencé las comprobaciones. Yo no había establecido aún mi propio sistema de reconocimiento, procedía improvisando, basándome únicamente en la intuición. Una vez el profesor me había enseñado el método que inventó un director de la biblioteca de Alejandría llamado Eratóstenes o algo parecido, pero se me olvidó porque era complicado. De todas maneras, dado que el profesor confería

importancia a la intuición matemática, sin duda habría aprobado aquella manera mía de proceder tan libre y personal.

El 341 no era un número primo.

—¡Vaya...!

Lo intenté de nuevo: $341 \div 11$.

Dio 31.

La división arrojó un resultado exacto.

Por supuesto que me sentía bien cuando encontraba un número primo. Pero tampoco me decepcionaba si resultaba no serlo. Aun cuando mi presentimiento de número primo fracasara, de alguna manera también sacaba algún fruto. El hecho de crear un falso número primo tan ambiguo multiplicando 11 por 31 fue un descubrimiento que me señaló inesperadamente una nueva dirección, ya que me pregunté si habría alguna regla para crear el falso número primo más parecido a determinado número primo.

Coloqué sobre la mesa los formularios de hacienda, aclaré el mocho en el agua sucia del cubo y lo escurí con fuerza. Que encontrara un número primo, o bien que descubriera que un número no era primo, no cambiaba nada. Ante mí seguía amontonándose una pila de tareas por realizar. Fuera cual fuese su número de serie, el frigorífico sólo cumplía con su deber, y la persona que había rellenado la declaración de renta número 341 seguiría sin duda sujeta a problemas fiscales. Todo aquello no sólo no servía de gran cosa sino que incluso me causaba perjuicio. El helado del congelador se había derretido, el suelo no se veía limpio, lo cual pondría de los nervios al asesor fiscal. Con todo, brillaba una realidad, a saber que el 2311 era un número primo y el 341 un número compuesto.

Me vino entonces a la mente lo que decía el profesor:

—El orden de los números, precisamente porque no sirve para la vida real, es hermoso.

A lo que añadía:

—Aun cuando se aclare la naturaleza de los números primos, no digo que la vida se vuelva más fácil o agradable ni que se gane más dinero. Por supuesto, por más que nos empeñemos en volverle la espalda al mundo, muchos son los casos en los que un descubrimiento matemático acaba por aplicarse, en la práctica, a la realidad. Del estudio de la elipse resultó la órbita planetaria, y de la geometría no euclidiana, la forma del universo mostrada por Einstein. Los números primos fueron incluso cómplices de la guerra pues sirvieron de base para los mensajes en clave. Resulta horrendo. Pero ése no es el propósito de las matemáticas. Su objetivo es únicamente desvelar la verdad.

El profesor valoraba el concepto de «verdad» igual que el de número primo.

—Venga, intenta trazar aquí una línea recta.

No recuerdo cuándo, pero me lo dijo una tarde, sentado a la mesa del comedor. La tracé con un lápiz, al dorso de un folleto publicitario (nuestros apuntes iban siempre en el reverso de las hojas de propaganda) utilizando como regla un palillo de cocina.

—Eso es. Es una línea recta. Entiendes correctamente la definición de línea recta. Pero piensa un poco. La línea que has trazado tiene un comienzo y un final, ¿verdad? En tal caso, pues, es un segmento lineal, el camino más corto entre dos puntos. En la definición de línea recta,

originariamente, ésta no tiene ningún extremo. Debe extenderse infinitamente. Sin embargo, tanto la hoja como tu fuerza física tienen un límite, por lo que nos conformaremos con considerar el segmento lineal como si fuera verdaderamente una línea recta. Además, la punta del lápiz, por mucho que la afilemos con un cuchillo punzante, tiene un grosor determinado. Por lo tanto, esta línea recta tiene una anchura. Tiene superficie. Es decir, es imposible trazar la verdadera línea recta en un papel real.

Contemplé la punta del lápiz con cierta emoción.

—¿Dónde está la verdadera línea recta? Solamente está aquí.

El profesor se golpeó el pecho con la mano. Igual que cuando me enseñó los números imaginarios.

—La verdad eterna que no se deja influir ni por la materia, ni por los fenómenos naturales, ni por los sentimientos, no puede verse con los ojos. Las matemáticas pueden esclarecerla y expresarla. Nadie puede impedirlo.

Yo, con el estómago vacío, fregando el suelo de la oficina y preocupada únicamente por Root, necesitaba la existencia de aquella verdad eternamente correcta, tal y como la llamaba el profesor. Necesitaba sentir que, en verdad, había un mundo invisible que sostenía al mundo visible. Una línea recta que se abriera paso con solemnidad entre las tinieblas, exenta de anchura y superficie, que se extendiera sin límite hasta el infinito. Esa línea recta me sumía en un sentimiento casi imperceptible de paz.

—Abre bien tus inteligentes pupilas.

Mientras recordaba aquella frase del profesor, agucé la vista en la oscuridad.

—Ve ahora mismo a la casa del profesor de matemáticas. Parece que tu hijo se ha metido en un lío. No sabemos exactamente qué está ocurriendo, pero ve de inmediato. Es una orden del jefe.

La administrativa de la Agencia *Akebono* me llamó a la sede del asesor fiscal cuando me disponía a preparar la cena, una vez regresada de la compra. No me dejó ni tiempo para preguntarle «¿Qué ha hecho mi hijo?», y colgó el teléfono.

Lo primero que me pasó por la mente fue la maldición de la pelota fallida. ¿Acaso aquella relación de causa a efecto no había aún terminado? ¿Habría caído de nuevo sobre la cabeza de Root aquella pelota errática, que ya no parecía entrañar peligro? El consejo del profesor era por tanto correcto:

«No se puede dejar solo a un niño».

Tal vez Root se había atragantado y estaba ahogándose con los *donuts* de la merienda. O bien se había electrocutado por un cortocircuito con el enchufe de la radio. Me embargaron todo tipo de ideas sin sentido. Temblando de miedo, sin poder explicar a mi empleador lo que sucedía, salí pitando hacia la casa del profesor, presa de un mal presentimiento, entre los sarcasmos del asesor.

En tan sólo un mes el pabellón había ido recuperando su distanciamiento. El timbre de la entrada estaba estropeado, los muebles languidecían, el jardín se veía completamente abandonado, nada había cambiado desde entonces, y sin embargo al poner los pies en el pabellón sentí un

profundo malestar. A pesar de todo, al percatarme de inmediato de que mi desasosiego no había sido causado por Root, de momento me tranquilicé. No se había asfixiado ni electrocutado ya que estaba sentado a la mesa del comedor, al lado del profesor, con la mochila a sus pies.

La razón por la que me sentía incómoda era que, frente a ellos dos, se erguía la figura de la viuda de la casa principal. A su lado había una mujer desconocida de mediana edad. Probablemente se trataba de la nueva asistenta, la que se hizo cargo de la casa después de mí. La visión de nuevos personajes en un lugar donde, en mi recuerdo, no debíamos estar más que el profesor, Root y yo, me creaba una gran confusión.

En el momento en que suspiraba aliviada, me asaltó la pregunta de por qué Root estaba allí. La viuda se encontraba sentada, en el centro. Vestía muy elegantemente, como en la entrevista que tuvimos en su día. Sostenía el bastón, también como entonces, con la mano izquierda.

Root parecía muy serio y procuraba no dirigir sus ojos hacia mí. El profesor, a su lado, tenía un aire pensativo. Estaba concentrado, y su mirada se perdía en punto en el que no se cruzaba con la de nadie.

—Perdone por haberla llamado sabiendo que está ocupada. Acérquese aquí, por favor.

La viuda me ofreció asiento. Yo, como había venido corriendo desde la estación, aún jadeaba, y no tenía casi voz.

—Venga, siéntese. Sírvale un té, por favor, a nuestra visita.

No supe si era una asistenta enviada por la Agencia *Akebono*, pero el caso es que la mujer se retiró y se encaminó hacia la cocina. Por mucho que usara palabras educadas, se notaba la turbación de la viuda, pues se lamía constantemente los labios y daba golpecitos sobre la mesa con las uñas. Yo, sin saber muy bien cómo saludarla, me senté tal y como me había ordenado.

El silencio se prolongó durante unos instantes.

—Ustedes... —abordó el asunto la viuda, mientras rasgaba la mesa con las uñas—. ¿Qué se traen entre manos?

En cuanto logré calmar mi respiración, dije:

—Eh... ¿Ha hecho mi hijo algo inconveniente?

Root estaba con la cabeza gacha, manoseando la gorra sobre sus rodillas.

—Déjeme preguntar a mí. ¿Qué necesidad hay de que venga a esta casa de mi cuñado el hijo de una asistenta a la que se despidió?

El esmalte de uñas de la viuda se había desconchado y un polvillo se esparció sobre la mesa.

—Yo no he hecho nada malo —murmuró Root sin levantar la cabeza.

—Es lo que dice el hijo de la asistenta que dejó de trabajar aquí hace tiempo —dijo la viuda interrumpiendo a Root.

Hacía lo imposible por no mirar a Root, mientras iba repitiendo «El hijo, el hijo...». Tampoco dirigió su mirada al profesor. Se comportó desde el principio como si ellos no hubieran estado nunca allí.

—Bueno, yo diría más bien que no es una cuestión de necesidad... —le contesté sin haber sido capaz de comprender la situación—. Me parece que ha venido tan sólo a jugar y a estar un rato en su compañía.

—Quería leer con él *La historia de Lou Gehrig*, que he sacado de la biblioteca —dijo Root levantando por fin la cara.

—¿A qué dice usted que juegan un hombre con más de sesenta años y un niño de diez?

Volvió a ignorar las palabras de Root.

—No tengo palabras para lamentar que mi hijo haya venido aquí, sin haberme pedido permiso ni pensar en las circunstancias, a causarle molestias. No he sabido vigilarlo de más cerca. Lo siento mucho.

—No. No estoy hablando de esto. Lo que me pregunto es cuáles son sus propósitos al enviar a su hijo a casa de mi hermano político a pesar de haber sido usted despedida.

Los ruiditos de las uñas sobre la mesa empezaban a resultarme desagradables.

—¿Propósitos? Me parece que se equivoca en este asunto. Es un niño, sólo tiene diez años. Habrá venido a jugar porque querría jugar. Encontró un libro interesante, que quería que también leyera el profesor. ¿No le parece suficiente?

—Sí, claro que sí. Los niños no suelen tener mala intención. Por eso precisamente le pregunto a usted qué pretende.

—No deseo otra cosa sino que mi hijo sea feliz.

—Así pues, ¿por qué mete en medio a mi hermano político? Salieron de noche, los tres, y se quedaron ustedes a dormir para cuidarlo. No recuerdo haberle pedido que hiciera tal cosa.

La asistenta sirvió el té. Cumplía fielmente con su trabajo. Fue llenando las tazas sin un ruido y no dijo palabra. Era evidente que no se pondría de mi parte. Se retiró a la cocina rápidamente, dando a entender que no tenía intenciones de complicarse la existencia.

—Reconozco que me he extralimitado en mi deber. Pero no ha habido mala intención ni propósito oculto. La cosa es más simple.

—¿Dinero?

—¿Dinero? —repliqué con voz aguda, sorprendida ante una palabra tan inesperada—. Eso sí que no puedo pasárselo. Además, delante del niño. Retire por favor lo que acaba de decir.

—Pues otra cosa no resulta imaginable. Quiere congraciarse con mi cuñado y engatusarlo.

—Qué absurdo...

—Tengo entendido que, en teoría, usted ya ha sido despedida. No debería tener nada que ver con nosotros.

—Un poco de calma, por favor.

—Oiga... —volvió a aparecer la asistenta. Se había quitado el delantal y llevaba el bolso colgado del brazo—. Ya es la hora, así que me voy.

Se marchó sin hacer ningún ruido, igual que cuando había servido el té. La seguimos con la mirada.

El pensamiento del profesor se fue haciendo cada vez más denso, y la gorra de Root estaba tan arrugada que parecía deforme. Suspiré hondamente.

—¿Y si se debiera a que somos amigos? —dije—. ¿No se puede ir a jugar a casa de un amigo?

—¿A qué amigos se refiere?

—A Root, a mí misma y al profesor.

La viuda ladeó la cabeza en señal de negación.

—Puede que usted se haya equivocado en sus cálculos. Mi hermano político no tiene fortuna. La que heredó de sus padres la invirtió por completo en las matemáticas, y desde entonces no ha recibido ni un solo yen.

—Eso no me incumbe.

—Mi hermano político no tiene amigos. Perdone que le diga que nunca ha venido a visitarle ninguno.

—En tal caso, Root y yo somos sus primeros amigos.

En ese momento el profesor se levantó de repente.

—¡No, no es posible! ¡No es tolerable herir los sentimientos de un niño!

Y mientras lo decía, sacó un papel de apuntes del bolsillo, garabateó algo en él, lo puso en el centro de la mesa y se marchó de la habitación. Fue un gesto resuelto, como preparado con antelación. No había en él ni ira ni confusión, sólo un silencio envolvente.

Nosotros tres, callados y abandonados por el profesor, clavamos los ojos en el papel de apuntes. Permanecimos así durante un rato, sin movernos. Allí había escrita, en sólo una línea, una fórmula.

$$\ll e^{\pi i} + 1 = 0 \gg$$

Nadie decía nada. La viuda había dejado de hacer ruido con las uñas. Entendí que poco a poco iban desapareciendo de sus pupilas la turbación, la frialdad y la duda. Pensé que tenía la mirada de alguien que entiende perfectamente la belleza de una fórmula matemática.

Poco tiempo después me avisaron de la agencia para que volviera a trabajar en la casa del profesor. El motivo no estaba claro: si era porque la viuda había cambiado de idea tras el intercambio de opiniones que mantuvimos, o simplemente porque la nueva asistente no había podido acostumbrarse y tal vez la agencia no supo apañárselas de otra manera. Sea como fuera, aquello significó que el profesor cosechó la undécima estrella azul. Yo no tenía manera de saber si aquel absurdo malentendido que me concernía se había disipado o no.

Por más vueltas que le daba, el motivo de queja de la viuda seguía siendo extraño. Era incomprendible que me hubiera despedido delatándome a la agencia y que hubiera mostrado una reacción tan exagerada con la visita de Root.

Aquella noche, después del partido de béisbol, probablemente fue ella quien estaba espiando el pabellón desde el patio. A pesar de que hubiera sospechado de mí sin razón alguna, me daba pena imaginármela arrastrando la pierna paralizada, escondiéndose en la espesura, agarrada a su bastón.

A veces me preguntaba si lo del dinero no habría sido un simple pretexto, y que en realidad la viuda había tenido celos de mí. Tal vez ella, a su manera, sintiera gran cariño por el profesor, y precisamente por eso yo era un estorbo; y la razón por la que me había prohibido acceder a la casa principal fuera para poder guardar en secreto la relación con su cuñado sin que yo les molestara.

El primer día de mi vuelta al trabajo fue el 7 de julio, día de la fiesta de Tanabata. Cuando la figura del profesor apareció en la entrada, con la americana llena de notas revoloteando, me pareció

que con aquellos papelillos iba engalanado a la manera de los adornos conmemorativos de los árboles de bambú. Entre aquéllos, permanecía pegada en la bocamanga la nota acerca de mí y de Root.

—¿Cuál fue tu peso al nacer?

Se repitió una vez más, en la entrada, la sesión de preguntas y respuestas numéricas; sin embargo, cuál había sido mi peso al nacer era una pregunta nueva.

—3217 gramos.

Como ya se me había olvidado el mío, contesté dando el de Root.

—La 3217^a potencia de 2 menos 1 es un número primo de Mersenne —murmuró el profesor mientras se daba la vuelta y se encaminaba hacia su estudio.

Durante aquel mes, los Tigers habían ido ganando y luchaban por lograr el primer puesto. Después del *no hit no run* de Yufune, los lanzadores seguían aupando al equipo a los puestos de cabeza. Sin embargo, a finales de junio la cosa empezó a fastidiarse. Hasta el día anterior habían perdido seis partidos consecutivos, y tras ser adelantados por los Giants, que fueron escalando posiciones poco a poco pero con firmeza, descendieron hasta el tercer puesto.

La asistenta que me había reemplazado parecía haber sido escrupulosa; había guardado en las estanterías todos los libros de matemáticas del estudio que yo no me había atrevido a tocar por temor a perturbar las investigaciones del profesor, y los demás, los había colocado en los escasos espacios que quedaban sobre el armario o debajo del sofá. Además, como su criterio de clasificación había sido exclusivamente el del tamaño, no cabe duda de que visualmente parecía todo mucho más ordenado, pero el orden que subyacía tras el caos, y que había estado cultivándose durante largos años, había sido destruido por completo.

De repente, empecé a preocuparme por la lata de galletas donde estaban los cromos de béisbol, y me puse a buscarla. Servía de sujetalibros para igualar la altura de los volúmenes, no muy lejos de su ubicación originaria. En su interior, Enatsu permanecía indemne.

De todos modos, por más que oscilara la clasificación de los Tigers o por muy limpio que estuviera el estudio, la vida del profesor seguía igual. Además, en menos de dos días el esfuerzo de la anterior asistenta se fue al garete, y surgió de nuevo el agradable paisaje de antes.

Yo había guardado con cuidado la nota que el profesor había colocado el día del altercado en el centro de la mesa del comedor. Fue una suerte que la viuda consintiera tácitamente que mi mano se hiciera con ella. La doblé cuidadosamente y la guardé dentro de la funda del bono de transportes donde llevaba la foto de Root.

Fui a la biblioteca municipal para indagar el significado de la fórmula allí escrita. Si le hubiera preguntado al profesor, me lo habría explicado enseguida; pero no lo hice porque tuve el presentimiento de que sería capaz de comprender más profundamente lo que significaba si me enfrentaba cara a cara con ella, con calma. Era un simple presentimiento, por lo que carecía de fundamento. Durante el breve trato que tuve con el profesor, me había acostumbrado a usar para los números o signos matemáticos una imaginación parecida a la empleada para la música o los cuentos. Aquella fórmula tan simple y breve entrañaba una solidez que no podía dejar abandonada.

Desde que había ido a tomar prestado un libro de dinosaurios para el trabajo de libre

investigación de Root, el verano pasado, no había vuelto a pisar la biblioteca. La sección de matemáticas estaba situada al fondo del ala este, en la segunda planta. No había nadie excepto yo, y reinaba un silencio sepulcral.

Los libros del estudio del profesor tenían, todos ellos, trazas de haber sido manoseados por él, estaban grasientos, tenían páginas dobladas o restos de comida entre las páginas; sin embargo, los libros de la biblioteca estaban tan impolutos que resultaban aún más inaccesibles. Pensé que muy probablemente algunos de ellos acabarían su vida sin ser abiertos por nadie.

Saqué la nota de la funda del pase de transporte.

$$\ll e^{\pi i} + 1 = 0 \gg$$

Era su letra de siempre. Más bien redondeada, el trazo del lápiz en algún punto borroso, pero no era una letra apresurada o despreocupada; denotaba lo escrupuloso de la forma de los signos o de la manera de cerrar el 0. La fórmula era algo pequeña en comparación con la superficie del papel, estaba escrita un poco más arriba del centro de la hoja, y con comedimiento.

Al mirarla de nuevo detenidamente, me pareció una fórmula extraña. Parecía un tanto desequilibrada en comparación con las pocas fórmulas que yo conocía, como por ejemplo la de la superficie de un rectángulo, que era la multiplicación de la longitud por la anchura, o la segunda potencia de la hipotenusa, que era equivalente a la suma de la segunda potencia de los catetos. Los únicos números que tenía la fórmula eran el 1 y el 0. En cuanto al cálculo, era muy simple, sólo una suma, pero el primer término era algo arrogante. Y esa arrogancia, al final, se saldaba con un 0.

Aunque quería investigar, no tenía ni la menor idea de por dónde empezar. Al no quedarme otro remedio, empecé a hojear las páginas de algunos libros que tenía al alcance de la mano.

Todos los volúmenes eran de matemáticas. No daba crédito a que fuera algo que también pudiera compartir con otros seres humanos. ¿Sería cada una de aquellas páginas una clave para resolver el secreto del universo? ¿Serían acaso extractos copiados del cuaderno de Dios?

Me imaginaba al creador del universo tejiendo un encaje en lo más recóndito del cielo. Con un hilo tan fino y excelso que permitía el paso de la luz más tenue. El dibujo estaba sólo en la mente del creador, de manera que nadie podría robarle el patrón ni prever cuál sería el siguiente dibujo en aparecer. El encaje avanzaría sin cesar, se extendería infinitamente, y ondearía al viento. Nadie resistiría a la tentación de tocarlo con la mano y examinarlo a la luz; de rozar tiernamente la mejilla contra él, con los ojos embelesados y humedecidos. Y todos desearían vivamente volver a tejer el dibujo allí labrado con las propias palabras. Un pedacito bastaría, si se pudiera traer de vuelta a la tierra para adueñarse uno de él.

De repente me topé con un libro sobre el último teorema de Fermat. Se trataba de un relato más bien histórico, que no de pura teoría matemática, lo cual facilitaba para mí su comprensión. Sabía que el último teorema de Fermat era un problema difícil que aún no había sido resuelto; sin embargo, fue una sorpresa para mí que el contenido del teorema pudiera expresarse tan fácilmente.

«Para todos los números naturales n superiores a 3 no existen números naturales X, Y, Z que verifiquen la ecuación: $X^n + Y^n = Z^n$ »

¿Eh, eso es todo?, estuve a punto exclamar. Me daba la sensación de que encontraría cuantos números naturales quisiera capaces de cumplir con aquella fórmula. Mientras que si «n» era igual a 2, y se convertía en la maravilla que es el teorema de Pitágoras, ¿cómo se entendía que con sólo ser una unidad mayor, pudiera destruirse el orden? Según pude saber, hojeando de pie el libro, aquella proposición no había nacido de una tesis notoria sino que procedía de un apunte apresurado de Fermat. Al parecer omitió la demostración por falta de espacio suficiente en la página. A partir de entonces, muchos genios de las matemáticas intentaron dar con aquella demostración, la gran meta del mundo matemático, pero fracasaron. Me dio pena por ellos que el capricho de un hombre les hubiera estado atormentando a lo largo de tres siglos.

Me puse a pensar en lo grueso que sería el cuaderno de Dios y en la finura del encaje del creador del mundo. Por mucho esfuerzo que se dedicara en seguir la labor punto a punto, un pequeño descuido podía hacer perder de vista el enlace con el siguiente paso. Tan pronto uno se regocijaba pensando que ya había alcanzado la meta como aparecería otro dibujo más complicado.

El profesor, por su parte, también debía de haber tenido entre sus manos varios trozos de encaje. ¿Qué maravillosos dibujos labrados vería él? Recé para que permanecieran todavía grabados en su memoria. Hacia la mitad del capítulo 3, que explicaba que el último teorema de Fermat no era un simple rompecabezas para satisfacer la curiosidad de los aficionados a las matemáticas sino algo profundamente relacionado con el principio de la teoría matemática, encontré la misma fórmula que había escrito el profesor. No se me escapó aquella línea, que apareció en un rincón de mi campo de visión mientras pasaba páginas sin rumbo fijo. Miré la nota y el libro para compararlos cuidadosamente. No cabía duda. Se llamaba Fórmula de Euler.

Aunque supe enseguida su denominación, no se disipó mi dificultad para comprender el significado de la fórmula. Permaneciendo de pie entre las estanterías, volví a leer las páginas relacionadas con la fórmula una y otra vez. Sobre todo las partes difíciles, que intenté leer en voz alta, como me había enseñado el profesor. Como seguía sin haber nadie excepto yo en la sección de matemáticas, no molestaba a nadie. Presté atención a mi propia voz, que iba siendo engullida por los huecos que había entre los libros de matemáticas.

Sabía qué era π . El cociente entre la longitud de la circunferencia y su diámetro. También «i», me lo había enseñado el profesor. Es la raíz cuadrada de -1 , un número imaginario. Lo complicado era «e». Era, al igual que π , un número irracional no algebraico y, al parecer, una de las constantes más importantes de las matemáticas.

Primero, había que empezar por saber qué era un logaritmo. El logaritmo de un número determinado es el exponente al cual se ha de elevar una constante para que la potencia resulte el número dado. Dicho sea de paso, a la constante se le llama «base». Por ejemplo, si la base es 10, el logaritmo de 100 (o sea, $\log_{10} 100$) es 2, ya que $100 = 10^2$.

En la numeración decimal que utilizamos normalmente es conveniente emplear el logaritmo de base 10, al que llamamos logaritmo común; sin embargo, en las teorías matemáticas, el logaritmo en base «e» cumple también un papel muy importante con frecuencia, por lo que recibe el nombre de logaritmo natural. Dado un número determinado, este logaritmo es el exponente al que debemos elevar el número «e» para obtener ese número. Es decir que «e» es la «base de los logaritmos

naturales».

En cuanto a esa base «e», que como hemos dicho resulta relevante, Euler realizó el cálculo:

$$e = 2,71828182845904523536028\dots$$

y así sucesivamente, hasta el infinito. La fórmula del cálculo, en comparación con lo complicada que es toda esta historia, resulta muy explícita.

$$e = 1 + \frac{1}{1} + \frac{1}{1 \times 2} + \frac{1}{1 \times 2 \times 3} + \dots$$

Sin embargo, cuanto más explícito era, más profundo me parecía el enigma de «e».

De entrada, ¿dónde se encontraba lo natural del llamado precisamente logaritmo natural? ¿No era en verdad sumamente antinatural el hecho de utilizar como base un número que sólo podía expresarse por escrito mediante una fórmula, que acabaría por salirse de cualquier papel por grande que éste pudiera ser, y para el cual, de usar su expresión decimal, ésta no acabaría nunca ni presentaría ninguna realidad?

Puesto que aquella enumeración aleatoria de números, confusos e incoherentes, como hormigas procesionando a su antojo, o como un bebé que apilara cubiletes de madera con torpeza, respondía en realidad a un deseo de lógica razonable, ¿qué podía yo hacer? La intercesión de Dios era insondable. Pero había hombres que habían sido capaces de captar esa mediación correctamente. Aunque la mayoría de la gente, incluida yo, no éramos capaces de demostrarles nuestro agradecimiento por su voluntarioso trabajo.

Descansé la mano, que estaba entumeciéndose por el peso del libro, volví a hojear las páginas pensando en Leonhard Euler, el matemático más grande del siglo XVIII. Yo no sabía nada de él, pero por el simple hecho de tener su fórmula entre mis manos, me dio la sensación de percibir la temperatura de su cuerpo. Euler había acuñado aquella fórmula empleando un concepto de lo más irracional. Descubrió una conexión natural entre números que aparentemente no tenían nada que ver entre sí.

Si sumamos 1 a «e» elevado a la potencia del producto de π por i , eso da 0.

Volví a mirar la nota del profesor. Unos números que circularían periódicamente hasta el final y otros números extraviados que nunca mostrarían su verdadera naturaleza, aterrizaraban en un punto tras haber dado una voltereta. No aparecía ningún círculo en ningún lugar, y sin embargo π caía volando desde el cielo, inesperado, a los pies de «e», y estrechaba la mano del tímido «i». Se apretujaban unos con otros y contenían la respiración, pero bastaba con que un hombre añadiera sólo un 1 para que el mundo cambiase totalmente, sin previo aviso. El 0 era la madre del cordero.

La fórmula de Euler era como una estrella fugaz centelleando en la oscuridad. Era un verso grabado en una cueva tenebrosa. Impresionada por toda la belleza que contenía la fórmula, la

guardé en la funda del pase de transporte.

Mientras bajaba por las escaleras de la biblioteca, giré un momento la cabeza pero la sección de matemáticas seguía desierta, reinaba el silencio, sin que nadie supiera qué cosas tan hermosas había allí escondidas.

Al día siguiente volví otra vez a la biblioteca. Era para comprobar algo que me daba que pensar desde hacía tiempo. Saqué una edición de formato reducido de un periódico regional del año 1975, y fui hojeando página por página, con paciencia, la gruesa encuadernación. El artículo que estaba buscando había sido publicado en la edición local del 24 de septiembre de 1975.

«El día 23, sobre las 16 h 10, en la carretera nacional II, bloque 3 del distrito xx, el conductor xx (28) que conducía una furgoneta de la compañía de transporte xx, tras rebasar la línea continua e invadir el carril contrario, chocó con el turismo que conducía xx (47), catedrático del instituto matemático de la universidad xx. xx, tras sufrir un fuerte impacto craneal, se encuentra en estado crítico, xx (55), su cuñada, que viajaba en el asiento delantero junto al conductor, tiene una grave fractura en la pierna izquierda. El conductor de la furgoneta tan sólo sufrió una herida leve en la frente. La policía investiga la posibilidad de que la somnolencia fuera la causa del accidente, y está interrogando al conductor acerca de las circunstancias...»

Cerré el tomo. Recordé el sonido del bastón que golpeaba la viuda.

Desde entonces, a pesar de que hace tiempo ya que la foto de Root ha perdido el color, sigo llevando conmigo la nota del profesor, y no la he tirado. La fórmula de Euler ha sido siempre para mí un apoyo, una sentencia, un tesoro y un recuerdo al mismo tiempo.

No he dejado nunca de preguntarme por qué el profesor escribió aquella fórmula en aquel instante. Sin soltar un grito de enfado, sin amenazar, golpeando la mesa, dejó escrita la fórmula, zanjando así la discusión entre la viuda y yo. Como consecuencia de ello, volví allí como asistente, y él reanudó los intercambios con Root. ¿Acaso había calculado desde el principio que las cosas irían así? O bien, ¿se aturulló tanto que simplemente fue una acción improvisada que no respondió a ningún motivo?

Lo único que puedo asegurar es que su primordial preocupación era Root. Temía que el muchacho pensara que su madre y la viuda estaban discutiendo por su culpa. Por eso precisamente acudió en su ayuda, de la única manera que podía.

Aún ahora, cuando lo pienso detenidamente, no tengo palabras para describir la pureza del cariño del profesor hacia los niños. Es ésta una verdad tan eterna como la invariable fórmula de Euler.

En cualquier circunstancia, pasara lo que pasase, el profesor siempre procuraba proteger a Root. Por más que él mismo se viera en una situación delicada, siempre pensaba que Root necesitaba más ayuda y consideraba que tenía la obligación de dársela. Y sentía un gran placer en poder cumplir con su obligación.

Los deseos del profesor no siempre se manifestaban a través de acciones, sino que muchas

veces se expresaban también de una forma invisible. Root se percataba de todo ello, sin dejar escapar ningún detalle. Nunca recibía la afabilidad del profesor como si fuera algo normal o debido, pero tampoco la dejaba pasar inadvertidamente. Entendía perfectamente que lo que recibía del profesor era venerable y muy estimable. Me sorprendía que Root poseyera una capacidad como aquella.

Si en el plato del profesor había más cantidad que en el de Root, se le ensombrecía la cara y me regañaba. Tenía la convicción de que la mejor parte, ya fuera filete de pescado, bistec o sandía, debía ser para la persona más joven. Aun cuando se hallara en los momentos clave de sus reflexiones sobre las preguntas de los concursos, estaba dispuesto en todo momento a sacar el máximo tiempo posible para Root. Se ponía contento de que le preguntara cualquier cosa. Consideraba que los niños tenían problemas mucho más complicados que los adultos. No se limitaba a dar una respuesta correcta, sino que era capaz de conseguir que el otro, el que preguntaba, se sintiera orgulloso. Ante la respuesta guiada por el profesor, Root se quedaba embelesado no sólo por la magnificencia de la misma, sino también pensando en lo pertinente que era la pregunta que él mismo había formulado. El profesor, por otro lado, era asimismo un prodigio observando el cuerpo de Root. Le descubrió antes que yo una pestaña que le salía al revés y un bultito en la base de la oreja. Con sólo echarle una ojeada al niño, sin necesidad de examinarlo de arriba abajo ni tocarlo, en un instante detectaba todo con lo que se debía tener cuidado. Además, para no preocupar al interesado, me avisaba con total discreción, sólo a mí, de las cuestiones anómalas detectadas.

Aún recuerdo muy bien el tono de voz del profesor, mientras yo fregaba los platos en la cocina, diciéndome al oído, por la espalda:

—¿No crees que debería tratarse ese bulto? —me lo susurró como si aquello fuera el fin del mundo—. Los niños tienen un metabolismo muy activo, de manera que si se inflama más y más, podría tener consecuencias dañinas como, por ejemplo, constreñir las glándulas linfáticas u obstruir la tráquea.

Su aprensión habitual, si se trataba del cuerpo de Root, alcanzaba cotas máximas.

—Bueno, pues se lo reventaré con una aguja.

Ante mi respuesta un tanto irresponsable, se encolerizó de veras.

—¿Y qué harás si se le infecta?

—Es que pensaba desinfectarla con la llama del gas; no ha de pasar nada —dije aposta, para irritarlo, porque me hacía gracia ver cómo su aprensión se iba haciendo cada vez más absurda. Y también, creo, porque me gustaba que se preocupara por él.

—¡No! Los microbios están en todas partes. Si penetran por una vena y llegan hasta el cerebro, el mal es irremediable, ¿sabes?

El profesor se obstinaba sin desfallecer hasta conseguir que le dijera «sí, de acuerdo, ahora mismo lo llevo al médico».

Él siempre trató a Root igual que a un número primo. De igual manera que los números primos son primordiales para formar todos los números naturales, él pensaba que los niños eran los átomos necesarios e imprescindibles para nosotros, los adultos. Creía que su existencia, aquí y ahora, se

debía también a los niños.

De vez en cuando, saco la nota y la contemplo; en las noches en que no puedo dormir, cuando me quedo sola al caer la tarde, cuando se me saltan las lágrimas recordando a las personas a las que echo de menos. Inclino la cabeza ante la grandeza de la línea que hay escrita ante mí.

FUE TAMBIÉN EL DÍA DE LA FIESTA DE TANABATA cuando perdieron los Tigers ante los Taiyo Whales por 0 a 1, con lo cual llevaban perdiendo siete partidos consecutivos. En cuanto al trabajo, a pesar del mes en blanco, recuperé el ritmo de antes. Por supuesto, la lesión del cerebro del profesor era una desgracia, pero el consuelo fue que los recuerdos dolorosos también se olvidaron enseguida. De todo el lío que se armó entre la viuda y yo ya no quedaba rastro alguno en la mente del profesor.

Cambié las notas a la americana de verano. Puse mucho cuidado en no equivocarme en la posición de cada una. Volví a escribir las notas que estaban medio rotas o con las letras borrosas.

«En el segundo cajón del escritorio empezando desde abajo, dentro del sobre»

«Teoría de funciones, segunda edición, pp. 315-372, y comentario acerca de la función hiperbólica, volumen IV, capítulo 1 § 17»

«Medicina dentro del bote de té en el rincón izquierdo del aparador, después de cada comida»

«Al lado del espejo del lavabo, hojas de recambio de la maquinilla»

«¡Decir gracias a $\sqrt{\quad}$ por el bizcocho al vapor!»

Había notas que parecía que ya no iba a necesitar (Root le había llevado el mes anterior el bizcocho que había hecho en prácticas de la asignatura de actividades caseras), pero no quise tirarlas. Las traté a todas por igual.

Al leer las notas, entendí que el profesor tenía una vida cotidiana más cauta de lo que parecía. También se notaba que no quería dejar ver lo precavido que era. Por lo tanto, no intenté mirarlas indiscretamente, sino que actué con la mayor diligencia posible. Al terminar de poner todas las notas, la americana de verano parecía estar lista e impecable.

El profesor se esforzaba en resolver un problema más difícil de lo habitual. Según creo, era la pregunta premiada con la máxima cantidad en metálico desde la primera publicación del *Journal of Mathematics*. No obstante, a él no le preocupaba el dinero, le atraía simplemente el encanto de la pregunta.

Hasta la fecha, los giros postales de la revista andaban tirados en la entrada, o encima de la mesita del teléfono o de la mesa del comedor. Como ya le había preguntado si quería que fuera a cobrarlos a la oficina de correos, y no hacía más que responderme distraídamente, no tuve más remedio que hacérselos llegar a la viuda a través de la agencia.

Podía adivinarse, más o menos, lo arduo que le resultaba el problema matemático viendo cómo se comportaba el profesor. La densidad de su estado meditativo parecía haber alcanzado un punto de saturación. Una vez entraba en el estudio, ya no se oía nada, y llegué en alguna ocasión a preguntarme incluso si su cuerpo no se habría fundido por pensar demasiado. Cuando reflexionaba de esta manera, a veces de repente se escuchaba un lápiz rasgando el papel, en todo aquel silencio. El sonido de sacarle punta a un lápiz me tranquilizaba. Porque era la prueba de que el profesor estaba vivo y avanzaba, aunque fuera poco a poco, en su demostración.

Otras veces me extrañaba comprobar cómo podía seguir pensando sin cesar en un problema cuando cada mañana al despertarse tenía que empezar por comprender qué tipo de mal le aquejaba.

De todos modos, el profesor, desde antes de 1975, año en que se produjo el accidente, ya no se dedicaba más que a sus estudios matemáticos. Por lo tanto, se sentaba delante del escritorio casi instintivamente y se concentraba completamente en el problema por resolver. Lo que lograba compensar la desaparición de las reflexiones acumuladas hasta el día anterior era un mero cuaderno, normal y corriente, y las notas garrapateadas en trozos de papel, que como capullos protegían todo su cuerpo.

Mientras estaba preparando la cena pensando en todo esto, el profesor apareció inesperadamente delante de mis ojos. Cuando estaba en ese estado reflexivo, apenas tenía contacto conmigo, e incluso me esquivaba. Me asustó justamente porque no se había oído el chirrido de la puerta del estudio ni el ruido de pasos.

Como no sabía si al hablarle se enfadaría, lo observé mientras quitaba en silencio las pipas de los pimientos y pelaba las cebollas. El profesor, apoyado en la barra que dividía la cocina y el comedor, cruzado de brazos, no hacía más que mirar mis manos de hito en hito. Me costaba trabajar así, pues me ponía nerviosa. Saqué los huevos del frigorífico y empecé a preparar una tortilla.

—Perdone... ¿en qué puedo servirle...? —le dije por fin sin poder aguantar más.

—Continúa...

El tono del profesor era inesperadamente cariñoso, así que sentí alivio.

—Me gusta ver cómo preparas la comida —dijo el profesor.

Casqué los huevos en un bol y los batí con los palillos de cocina. Las palabras «Me gusta» resonaban en mis oídos. Para serenar aquel eco, procuré concentrarme al máximo en los huevos. Continué moviendo los palillos aunque los grumos del aliño ya se habían disuelto completamente. No entendía por qué al profesor le daba por decir aquellas cosas. Lo único que podía pensarse era que había habido un cortocircuito en su cabeza porque el problema de matemáticas era demasiado difícil. Finalmente, dejé los palillos porque ya me estaban cansando las manos.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

La voz del profesor era tranquila.

—A ver..., veamos, ahora..., ¡ah, sí! Freír el filete de cerdo.

Debido a la aparición del profesor, el orden de mis acciones se había alterado algo.

—¿No frías los huevos?

—Aún no. Se mezclan mejor si reposan un ratito.

Root no estaba, había salido a jugar al parque. El sol del ocaso dividía el arbolado del jardín en luz y sombra. No hacía viento y la cortina de la ventana, que se había quedado abierta, no se movía ni siquiera un poco. El profesor me dirigía la misma mirada que cuando estaba pensando. Las pupilas de los ojos se volvían aún más oscuras, casi como si fueran transparentes, las pestañas se agitaban cada vez que respiraba, y los ojos parecían otear a lo lejos a pesar de que miraban de cerca.

Enhariné los filetes y fui colocándolos en la sartén.

—¿Por qué cambias la carne de sitio?

—Porque se fríe diferente en el centro o en el borde de la sartén. Para freír uniformemente, la cambio de vez en cuando de posición, de esta manera.

—Ya caigo. Así que cada trozo cede para no acaparar el mejor sitio.

Aunque yo pensaba que freír carne era un problema de poca importancia en comparación con la complejidad de las cuestiones matemáticas que él se esforzaba en resolver, él asentía con la cabeza como si hubiera hecho un descubrimiento de valor. Entre nosotros flotaba un olor agradable.

A continuación, corté el pimiento y la cebolla en rodajas para hacer una ensalada, preparé la salsa con aceite de oliva e hice la tortilla. Había pensado mezclar a escondidas la zanahoria rallada en la salsa pero, como me vigilaba, no pude hacerlo. Él ya no hablaba. Le quitó el aliento verme cortar el limón en forma de flor, y dejó escapar un suspiro al ver cómo colocaba la tortilla humeante delante de él.

—Dígame... —me dio ahora por preguntar a mí—. ¿Qué es lo que le interesa tanto? Es una simple comida...

—Me gusta ver cómo preparas la comida —repitió la misma frase de antes.

Entonces descruzó los brazos, desvió la mirada hacia la ventana, y después de comprobar dónde estaba el lucero de la tarde, se metió en el estudio. No se le escuchó marcharse, igual que cuando había aparecido. No dejó ni rastro de presencia. El sol del ocaso le daba en la espalda.

Miré alternativamente los platos recién preparados y, a continuación, mis manos. El salteado de cerdo adornado con limón, la ensalada verde, la tortilla amarilla y esponjosa. Los contemplé uno tras otro. Eran platos poco originales pero apetitosos. Eran platos que podían aportar su dosis de felicidad al final de una jornada. Bajé de nuevo la mirada a las palmas de mis manos. Me sumergí en una satisfacción estúpida, como si hubiera cumplido una misión que igualara a la de haber demostrado el último teorema de Fermat.

Terminada la temporada de lluvias, habían comenzado las vacaciones de verano en los colegios y se habían inaugurado los Juegos Olímpicos de Barcelona; sin embargo, el profesor seguía luchando. Yo esperaba que me pidiera que enviara por correo la demostración ya acabada al *Journal of Mathematics*, pero ese día no llegaba.

Los días bochornosos se sucedían. En el pabellón no había aire acondicionado ni estaba bien ventilado, pero lo aguantábamos sin queja. Y no había nadie que pudiera ganar al profesor en paciencia. Aunque por la tarde la temperatura superara los 35 grados, él cerraba bien cerrada la puerta del estudio, seguía sentado ante el escritorio y no quería quitarse la americana en todo el día. Es como si, una vez quitada, temiera que todas las demostraciones matemáticas que había acumulado hasta entonces se fuesen a desmoronar. Los cuadernos se deformaban mojados por el sudor, y tenía tantos sarpullidos en las articulaciones que daba pena verlo. Le fastidiaba mucho que le llevara el ventilador al estudio, o que le aconsejara que se diera un baño y que bebiera más té frío de cebada tostada, y al final me acababa echando del estudio.

Cuando empezaron las vacaciones escolares, Root también venía conmigo al pabellón por las mañanas. Pensé que no era demasiado conveniente dejar a Root mucho tiempo allí, después del incidente, y sin embargo el profesor no cedió. Pese a que se supone que sólo tenía conocimientos

matemáticos, sabía perfectamente que los estudiantes tenían vacaciones largas en verano, por lo que persistió en su argumentación de siempre, a saber: que un niño debe estar a la vista de su madre en cualquier momento. A pesar de todo, Root no hacía sino jugar al béisbol con sus amigos en el parque, sin realizar los deberes, y por la tarde iba a la piscina a nadar. Apenas se estaba quieto en casa.

Fue un viernes 31 de julio cuando dio por acabada la demostración. El profesor, sin demostrar excitación alguna, ni cansancio especial, me entregó el manuscrito. Como al día siguiente era sábado, y yo quería que llegara a tiempo para el correo del día, fui corriendo a la oficina de correos. Después de comprobar que el sello urgente estaba estampado y que el sobre se mandaba correctamente, exploté de alegría, y me detuve en varios sitios por el camino. Compré ropa interior para el profesor, jabones perfumados, helados, gelatinas y pasta cuajada de judías endulzadas.

Al llegar al pabellón, el profesor había vuelto al punto de partida. Se había convertido en el profesor que no me reconocía. Miré el reloj de pulsera. Hacía una hora y diez minutos desde que había salido.

Nunca hasta entonces habían fallado los ochenta minutos. Los ochenta minutos que contabilizaba su cerebro eran más estrictos e implacables que cualquier reloj.

Agité el reloj de pulsera y me lo pegué a la oreja para comprobar si funcionaba bien.

—¿Cuál fue tu peso al nacer? —preguntó el profesor.

Poco después de comenzar el mes de agosto, Root se fue cinco días de acampada. Root estaba deseando ir a aquel campamento donde podían acudir niños a partir de los diez años. Aunque era la primera vez que se separaba de mí, no tenía una cara triste. En la parada de autocares, que era el lugar de encuentro, muchos padres e hijos se despedían cariacontecidos, si bien unas madres exultantes intentaban dar indicaciones minuciosas a sus hijos hasta el último momento. Yo, sin ser la excepción, hubiera querido decirle muchas cosas, como que se pusiera la cazadora cuando hiciera fresco, o que no perdiera la tarjeta de asistencia sanitaria, pero Root, sin prestarme atención, al llegar el autocar se subió de un salto antes que nadie. Al final, sólo me hizo una señal de adiós con la mano, medio protocolaria, desde la ventanilla.

La primera noche después de que se fuera Root, como me daba pereza volver al apartamento sola, tardé mucho en salir después de haber terminado de quitar la mesa y de fregar los platos.

—¿Le apetece que le corte alguna fruta? —al oírme, el profesor volvió la cabeza sin levantarse de la butaca.

—Gracias.

Debía de quedar aún un rato para el atardecer, pero las nubes se hicieron espesas sin darnos cuenta, el patio parecía estar envuelto con celofán de color violeta tras mezclarse la oscuridad con el sol del ocaso. Había empezado a hacer un poco de viento. Serví el melón cortado al profesor, y me senté al lado de su butaca.

—Come tú también.

—Muchas gracias, pero no se preocupe.

El profesor machacaba la pulpa del melón con el dorso del tenedor, y se lo comía salpicando todo y haciendo ruidos con la boca.

Como no estaba Root y no había nadie que encendiera la radio, todo estaba silencioso. No llegaba ningún sonido desde la casa principal. Tan pronto pensé que las cigarras estaban cantando, les dio por callarse.

—¿No quieres de verdad un poquito? —el profesor intentó ofrecermela última raja.

—No, no, gracias. Pero no se preocupe, tómese lo usted —le dije limpiándole la boca mojada con el pañuelo—. Hoy también ha hecho mucho calor.

—Es verdad.

—Aplique bien el ungüento para sarpullidos que está en el baño.

—Así lo haré, si no se me olvida...

—Dicen que mañana va a hacer aún más calor.

—El verano pasa mientras decimos «¡qué calor!», «¡qué calor!»...

Los árboles de repente empezaron a susurrar mecidos por el viento y a su alrededor todo se volvió oscuro en un instante. Al arrebol de la tarde, que hasta hacía poco permanecía en la cresta del horizonte, se lo estaba tragando la oscuridad. El rugir de un trueno se escuchó en alguna parte.

—¡Un trueno! —dijimos el profesor y yo a un tiempo.

Enseguida empezó a llover. Las gotas eran tan grandes que se podían distinguir una por una. Su sonido golpeando el tejado resonaba en toda la habitación. Iba a cerrar la ventana cuando el profesor me dijo:

—¿No está bien así? Estaremos mejor si la dejas abierta.

Cada vez que la cortina se ahuecaba por el viento, la lluvia entraba y nos mojaba los pies descalzados. Como él decía, era refrescante y agradable. Ya no había ni rastro de sol en ninguna parte, sólo la lámpara del fregadero, que había olvidado apagar, iluminaba vagamente el patio interior. Los pajarillos que parecían escondidos entre los árboles salieron volando, las ramas enredadas cedieron, y pronto todo cuanto veíamos se fue quedando cubierto por la lluvia. Olía a tierra mojada. Los truenos poco a poco iban acercándose.

Pensé en Root. ¿Habría encontrado el impermeable? Debería haberse llevado otro par de zapatillas de repuesto. ¿No estaría comiendo demasiado, dejándose llevar por la euforia? Ojalá no coja frío al acostarse con el pelo mojado.

—¿Estará también lloviendo en la montaña? —dije.

—Hum... ya está oscuro y la montaña no se ve —contestó el profesor con los ojos medio cerrados—. Quizá vaya siendo hora de hacerme unas nuevas gafas para la presbicia.

—¿Aquel rayo ha caído en la montaña?

—¿Por qué te preocupa tanto la montaña?

—Mi hijo se ha ido allí de campamento.

—¿Tu hijo?

—Sí. Tiene 10 años. Le gusta el béisbol y es un niño travieso. Usted le puso el apodo de Root. Porque su coronilla es plana.

Le di la explicación que tantas veces le había repetido. Por muchas veces que el profesor nos preguntara, aunque hubiera que contestarle muchas veces, habíamos acordado con Root que nunca pondríamos cara de aburridos.

—Vaya. Así que tienes un hijo. Eso está bien.

Y al salir el tema de Root su rostro fue cobrando vida. Era algo que siempre se repetía.

—Un niño que va de campamento de verano. Maravilloso. Es símbolo de paz y salud.

El profesor se apoyó en el cojín, bostezó y se estiró. El aliento del profesor aún olía a melón.

Caían relámpagos y los truenos sonaban más fuerte que antes. La luz atravesó el cielo sin que lo impidieran ni la lluvia ni la oscuridad. Fue un relámpago que casi se me queda grabado, aun después de haber desaparecido.

—Ahora seguro que ha caído, ¿verdad? —le dije.

El profesor sólo murmuró una especie de «hummm» sin contestarme. Las salpicaduras de la lluvia llegaban también hasta el suelo entarimado. Para que no se mojaran los pantalones del profesor, le doblé los bajos. El profesor movió las piernas inquieto, como sintiendo cosquillas.

—Si los rayos caen en alto, entonces será más peligroso en la montaña que en el llano, ¿verdad?

Pensé que el profesor tendría más conocimientos acerca de los relámpagos que yo, ya que las matemáticas son ciencias, y sin embargo parece que no acerté.

—El lucero de la tarde de hoy tenía el contorno borroso. Los días así, por lo general, el tiempo empeora.

La respuesta del profesor estaba muy lejos de la precisión matemática.

Mientras tanto, llovía torrencialmente, caían rayos sin cesar, uno tras otro, y los truenos hacían temblar el cristal de las ventanas.

—Me preocupa Root.

—Preocuparse por los hijos es la prueba más importante a la que se ven sometidos los padres; así estaba escrito en un libro de alguien.

—A lo mejor sus cosas están empapadas y no sabe qué hacer. Le quedan aún cuatro días de campamento.

—De todos modos, es sólo un chubasco. Mañana, al amanecer, cuando haga calor, se secará todo.

—¿Y si le cae encima un rayo?

—La probabilidad es muy baja.

—Si le da por caer directamente en su gorra de los Tigers... Es que Root tiene la cabeza tan especial. Usted lo sabe. Se parece mucho al signo de la raíz cuadrada. Es una cabeza que nadie podría imitar, que Dios le dio sólo a él. No sería nada extraño que atrajese a un relámpago...

—No, las cabezas en forma de cono son mucho más peligrosas. Pueden confundirse con un pararrayos.

El profesor, que era tan aprensivo en todo lo referente a Root, aquella vez se mostraba consolador conmigo. Soplaban un fuerte viento y la arboleda se ondulaba. Cuanto más se enfurecía la tempestad, más se llenaba de silencio el pabellón. En una habitación del primer piso de la casa principal la luz estaba encendida.

—Cuando no está Root, siento que mi corazón está vacío —dije.

—¿Vacío significa que se reduce a 0? —murmuró el profesor, a pesar de que yo no le había

preguntado nada en concreto—. Es decir, ahora existe un 0 dentro de ti, ¿es eso?

—Sí, creo que sí, bueno, casi... —asentí con la cabeza, vagamente.

—¿No te parece que el hombre que descubrió el 0 era grandioso?

—¿No existía el 0 desde siempre?

—¿A qué te refieres con desde siempre?

—Pues... quizás desde que nació el ser humano ha existido el 0...

—Entonces, ¿tú crees que ya existía el 0 cuando apareció la especie humana, como las flores o estrellas? ¿Crees que pudo conseguirse tal belleza sin hacer ningún esfuerzo? ¡Qué clase de idea es ésa! Deberías estar todavía más agradecida a la grandeza del progreso humano. Por mucho que lo agradecieras, nunca sería suficiente. No es un castigo de Dios, sabes...

El profesor incorporó la parte superior del cuerpo y se rascó el pelo. Aquello le parecía lamentable de verdad. Como la caspa estaba a punto de caer en el plato del melón, lo deslicé deprisa debajo de mi silla.

—¿Y quién lo descubrió?

—Fue un matemático indio desconocido. Fue él quien salvó a las matemáticas griegas de ser quemadas en las revueltas de los paganos, fue él quien resucitó los teoremas perdidos y además descubrió nuevos teoremas. Todos los matemáticos de la Grecia antigua pensaban que era innecesario calcular la nada. Como no existe la nada, tampoco es posible expresarla con números. Pero hubo personas que dieron la vuelta a esa lógica tan razonable. Él fue capaz de expresar la nada con un número. Hizo existir la no existencia. ¿No te parece maravilloso?

—Sí, lo es.

Estaba de acuerdo con él, pero no sabía por qué aquel matemático indio desplazaba a Root en sus preocupaciones. Yo ya había aprendido por experiencia que cualquier cosa que el profesor exponía apasionadamente resultaba, sin falta, magnífica.

—Así que gracias a que ese gran maestro indio descubrió el 0 en el cuaderno de Dios se pudieron hojear páginas que nunca habían sido abiertas hasta entonces.

—Eso es. Fue exactamente tal como acabas de decirlo. Eres realmente inteligente. Te falta el sentimiento de agradecimiento, pero tienes suficiente audacia para entender el conjunto de las matemáticas. Mira esto, míralo sólo un momento.

Sacó un lápiz y un papel de bloc del bolsillo pechero. Era un gesto que le había visto muchas veces. También era el momento en el que parecía más elegante.

—El poder distinguir entre estos dos números se debe al 0.

Los números que escribió, utilizando el reposabrazos como soporte, fueron el 38 y el 308. El 0 estaba subrayado con dos líneas.

—El 38 está formado por tres 10 y ocho 1. El 308, por tres 100, cero 10 y ocho 1. La columna de las decenas está vacía. El 0 expresa como signo ese asiento vacío. ¿Me explico?

—Sí.

—Muy bien. Entonces, supongamos que aquí tenemos una regla. Es una regla de 30 centímetros, de madera, graduada en milímetros. Las divisiones grandes están marcadas cada centímetro y cada cinco centímetros. ¿Qué tenemos en el extremo izquierdo?

—El 0.

—Correcto. Vas cogiéndolo. La graduación del extremo izquierdo es el 0. Una regla empieza en el 0. Al poner el extremo de lo que quieres medir sobre el 0, ya puedes saber automáticamente su longitud. Si hubiera empezado en el 1, se complicarían las cosas. El hecho de que podamos utilizar la regla sin preocupaciones se lo debemos al 0.

Aún seguía lloviendo. Unas sirenas resonaban en alguna parte, pero enseguida fueron desapareciendo entre los truenos.

—De todas maneras, lo más maravilloso del 0 no es sólo que sea un signo o un criterio, sino que es un número en sí mismo. El único número natural que sólo es menos que 1 es el 0. Pese a la existencia del 0, la unidad de las reglas del cálculo no se ve afectada. Más bien, el 0 refuerza aún más su coherencia, hace más sólido su orden. Venga, imagínatelo: un pajarillo está parado en la copa de un árbol. Es un pájaro que canta con voz clara. Tiene el pico precioso y unas alas con dibujos hermosos. Antes de que se nos escape un suspiro de fascinación, el pajarillo sale volando. En la copa, ya no queda ni su sombra. Únicamente las hojas secas estremecidas.

El profesor señaló con el dedo la oscuridad del patio, como si el pajarillo acabara de salir volando en aquel mismo instante. Las tinieblas, mojadas, se hicieron aún más oscuras.

— $1 - 1 = 0$. ¿No te parece hermoso?

El profesor se volvió hacia mí. Sonó un trueno aún más fuerte y tembló la tierra. Parpadeó la luz de la casa principal y no se vio nada durante un instante. Yo agarré con fuerza la bocamanga de su americana.

—No te preocupes. No pasa nada. El signo de la raíz cuadrada es muy fuerte. Protege a cualquier tipo de número —me dijo acariciando mi mano.

Root volvió a casa según lo previsto. Trajo una figura que representaba a un conejo dormido, hecha con ramitas y bellotas, como recuerdo del viaje. El profesor la colocó encima del escritorio. Y pegó a sus pies una nota escrita:

«Regalo de Root (hijo de la asistenta)»

Pregunté a Root si el primer día de campamento les había cogido una tormenta tremenda, pero me contestó que no había caído ni una gota. Al final, parece ser que el rayo cayó en el árbol ginkgo del templo sintoísta cercano. En el pabellón volvía el calor y el canto de las cigarras, y se secaron enseguida tanto la cortina como el suelo mojado.

Lo que más le preocupaba a Root eran los Tigers. Parece que tenía esperanzas de que se hicieran con el primer puesto durante su ausencia, pero las cosas no habían ido demasiado bien, pues cosecharon más derrotas que victorias contra los Swallows, que estaban en cabeza, y habían caído por tanto hasta el cuarto puesto.

—¿Los has animado mientras yo no estaba?

—Sí, claro que sí... —contestó el profesor.

Root tenía la sospecha de que los Tigers no marchaban bien porque el profesor había

descuidado animarlos.

—Pero no sabes encender la radio.

—Tu madre me enseñó.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Tu mamá me la sintonizó para que escuchara el béisbol.

—Sabes que no podemos ganar sólo con escuchar distraídamente.

—Lo sé. Los animé con toda mi alma. Estuve suplicando ante la radio durante todo el tiempo para que Enatsu consiguiera muchas eliminaciones de bateadores —se justificaba el profesor como para disipar las sospechas.

Así fue cómo volvimos a las veladas en las que se escuchaba la radio en el comedor.

La radio estaba encima del aparador del comedor. Desde que la arreglaron en la tienda de electrodomésticos como premio a que Root resolvió correctamente sus deberes, funcionaba estupendamente. El hecho de que a veces se escucharan ruidos parásitos espantosos no era culpa del aparato, sino que se debía a la deficiente recepción de la señal en el pabellón.

Hasta que empezaba la retransmisión nocturna, el volumen de la radio permanecía bajo. Hasta el punto de que, camuflada por los ruidos que yo hacía preparando la cena en la cocina, o por el motor de una moto que pasaba por la calle principal, o el profesor hablando solo o un estornudo de Root, no se sabía incluso si estaba realmente encendida. Sólo cuando todo se quedaba en silencio se escuchaba la música. Pese a que debía tratarse de varias canciones, no era capaz de recordar los títulos de las canciones, y sólo recordaba haberlas escuchado hacía mucho tiempo.

El profesor, sentado en su butaca, su sitio reservado junto a la ventana, estaba leyendo un libro. Root, con un cuaderno abierto en la mesa del comedor, escribía. El título «Formas cúbicas de coeficiente entero n° 11» estaba tachado con dos rayas, y debajo se leía «Cuaderno de los Tigers», escrito con la letra de Root. El profesor le había regalado algunos cuadernos que ya no necesitaba, para que Root resumiera los datos de los Tigers a su manera. Por lo tanto, en las primeras tres páginas había una serie de fórmulas indescifrables, y a partir de la siguiente estaban escritas las medias de lanzamientos victoriosos sobre el lanzador de Nakada o los porcentajes de bateo de Shinjo.

Yo estaba amasando masa cruda de pan. Entre los tres, después de mucho debatir, habíamos decidido cenar panecillos, cosa que no habíamos hecho últimamente, y comer el pan recién hecho poniéndole encima las cosas que nos gustaban: queso, jamón o verduras.

El calor no parecía aflojar pese a que el sol había empezado a declinar hacia el oeste. Quizá porque las hojas de los árboles que habían recibido un baño de sol durante todo el día ahora emitían ese calor, no entraba ni pizca de viento por la ventana, que se había quedado abierta, sino aire caliente. El dondiego cerraba sus pétalos en una maceta que Root había traído de la escuela, y estaba ya preparándose para dormir. A la sombra de las hojas del tronco de la paulonia azul, que era el árbol más alto del patio, se veían muchas cigarras con las alas en posición de descanso.

La masa de pan recién fermentada estaba muy blanda. Siempre me entraban ganas de meter los dedos y dejarlos dentro indefinidamente. Tanto la encimera como el suelo entarimado estaban blancos de harina. Cada vez que me enjugaba el sudor de la frente, mi cara también se llenaba de

harina.

—Oye, Profesor —dijo Root, con el lápiz agarrado en la mano y contemplando el cuaderno.

Hacía tanto calor que no podía aguantarlo, sólo llevaba una camiseta sin mangas y unos calzoncillos. Como acababa de volver de la piscina hacía un momento, su pelo aún estaba mojado.

—¿Qué pasa? —contestó el profesor levantando la cabeza.

Tenía las gafas para la presbicia medio caídas sobre la punta de la nariz.

—¿Qué son las bases totales?

—Es el número de bases que se logran con un *hit*. Si es el *hit* de la primera base, es 1, si es de la segunda base, son 2, y si es de la tercera base, son 3. Por lo tanto, si es un *home run* serán...

—Serán 4.

—Correcto.

Al profesor se le puso auténtica cara de felicidad.

—No hay que molestar al profesor... —dije.

Corté la masa de pan en pedazos y les di una forma redondeada del mismo tamaño.

—Lo sé —contestó Root.

En el cielo no se veía ni un atisbo de nube, el verde de las ramas era deslumbrante, y en el suelo oscilaba la luz que penetraba entre los árboles. Root estaba contando los números de las bases totales con los dedos. Yo encendí el horno. La música de la radio se interrumpía por culpa de las interferencias, pero al poco rato volvía a estar como antes.

—Oye, oye... —volvió a decir Root.

—¿Qué quieres? —contesté yo.

—No, tú no, mamá —dijo Root—. ¿Cómo se calcula el coeficiente acumulado de bateo de la liga?

—Será el número de partidos multiplicado por 3,1. Y quitas los decimales.

—¿No hay que redondear la cifra?

—No, no hace falta. A ver, déjame ver...

El profesor cerró el libro, lo puso en la silla y se acercó a Root. Las notas produjeron un susurro. El profesor apoyó una mano en la mesa del comedor y puso la otra encima del hombro de Root. Las sombras de ambos se sobrepusieron. Root balanceaba los pies debajo de la silla. Yo metí el pan en el horno.

Pronto se escuchó la música que anunciaba el comienzo de la retransmisión del partido de béisbol. Root alargó la mano para subir el volumen.

—Pase lo que pase, hoy no podemos perder —decía Root.

—A ver, ¿saldrá Enatsu como primer lanzador? —preguntó el profesor quitándose las gafas para la presbicia.

Nosotros imaginábamos el montículo aún virgen de pisadas. La tierra húmeda, de un negro vivo y allanada tan cuidadosamente que parecía estar fría.

—Defendiendo, los Hanshin Tigers. El lanzador...

Los gritos de alegría del público y los parásitos interfirieron en la presentación que se realizaba en el estadio. Imaginábamos las huellas de las botas del primer lanzador que se dirigía al montículo.

El olor a pan horneado llenaba todo el comedor.

UN DÍA, CUANDO YA SE ACERCABA EL FINAL de las vacaciones de verano, al profesor le salió un flemón de tal manera que era imposible disimularlo. Fue el día en el que los Tigers acababan de regresar a su estadio Koshien, y ocupaban la segunda posición a sólo 2,5 puntos de diferencia de los Yakult Swallows, tras haber cosechado en la temporada de verano diez victorias a domicilio y seis derrotas.

Había estado aguantándose el dolor él solo, sin decir nada a nadie. Si hubiera dedicado una parte de la atención que prestaba a Root a sí mismo, la cosa no habría empeorado tanto; sin embargo, cuando me di cuenta, ya tenía una hinchazón enorme en el moflete izquierdo, y ni siquiera podía abrir completamente la boca.

Me fue más fácil llevarlo al dentista que a la peluquería, o a ver el partido de béisbol. A causa del dolor insoportable, no tenía fuerzas para oponerse, ni siquiera hubiera podido exponer sus argumentos porque se le habían inmovilizado los labios. El profesor se cambió la camisa, se puso los zapatos, y caminó obedientemente camino del dentista. Con la espalda encorvada como si quisiera proteger el diente que le dolía, se cobijaba bajo la sombra del parasol que yo le sostenía.

—Si no te quedas aquí esperándome, no sé qué hacer —me decía, sentado en el sillón de la sala de espera, repitiéndolo muchas veces con la lengua trabada.

No sé si era porque le preocupaba que no entendiese lo que me decía, o porque no se fiaba de mí, pero en cualquier caso repetía la misma frase cada cinco minutos.

—No salgas por ahí mientras me atienden dentro. Quédate esperándome, sentada aquí, en este sillón. ¿De acuerdo?

—No se preocupe. No iré a ningún sitio. No lo dejaré solo.

Acaricié su espalda deseando que se le apaciguara el dolor, aunque sólo fuera un poco. Otros pacientes, cabizbajos, se esforzaban en disimular. Yo sabía cómo comportarme en situaciones incómodas como aquélla. Sólo debía mostrarme resuelta como con el teorema de Pitágoras o la fórmula de Euler.

—¿De verdad?

—Sí. Usted no tiene que preocuparse por nada. Estaré esperándole durante todo el tiempo que necesite.

Aunque sabía que no podría tranquilizarle que le dijera aquellas cosas, le repetí muchas veces lo mismo. Hasta el último momento en el que se cerró la puerta que daba a la sala de consulta, el profesor se volvió para asegurarse de mi presencia.

La consulta tardaba más de lo previsto. Aun después de que los pacientes que habían entrado más tarde que el profesor se hubieran marchado y hasta pagado los honorarios, el profesor no aparecía. No cuidaba su dentadura, ni se lavaba los dientes, y yo pensé que no estaría mostrando una actitud muy cooperativa, por lo que pensé que el doctor estaría teniendo muchas dificultades con él. De vez en cuando intentaba echar un vistazo, a través de la ventanilla de recepción, levantando levemente el trasero del sillón, pero sólo alcanzaba a ver la cabeza del profesor por detrás.

Cuando salió de la sala al terminar por fin el tratamiento, estaba evidentemente de peor humor que cuando se aguantaba el dolor. Tenía cara de agotamiento, el sudor le rezumaba por la frente. Aspiraba entrecortadamente por la nariz y se pellizcaba exasperadamente los labios que parecían estar anestesiados.

—¿Está bien? Debe de estar muy cansado. Vamos...

Me levanté e intenté alargar mi mano, pero el profesor pasó indiferente a mi lado. No sólo es que no me mirara, sino es que incluso rechazó mi mano.

—¿Qué le pasa...?

Mi voz no llegaba a los oídos del profesor. Se quitó las zapatillas, se puso sus zapatos, tambaleante, y salió fuera. Pagué los honorarios en recepción, atolondradamente, y le seguí, sin darme tiempo a pedir hora para la siguiente consulta.

El profesor estaba ya cerca del primer cruce. No se equivocaba de dirección y, sin embargo, iba caminando por la acera sin hacer caso de nadie ni de la circulación de los coches, a un ritmo de marcha tan vigoroso que cruzaba sin respetar los semáforos. Fue una sorpresa ver que era capaz de caminar con un paso tan rápido. Aun de espaldas, se notaba que estaba de muy mal humor.

—¡Espere un momento, por favor! —intenté pararlo gritando a voces, pero sólo los transeúntes me miraron con extrañeza.

El sol de pleno verano abrasaba, y hacía tanto calor que casi estaba mareada.

Me fui exasperando poco a poco. ¿Por qué tiene que enfadarse tanto, sólo porque le haya dolido un poco el tratamiento? Habría empeorado si no se hubiera intervenido. Tarde o temprano hubiera debido ir al dentista. Incluso Root podía entenderlo. Claro que debía haber traído a Root con nosotros. Así el profesor se habría comportado como una persona adulta. Siguiendo sus indicaciones, yo le había estado esperando sin hacer otra cosa...

Me entraron ganas maliciosas de dejarle actuar a su antojo, por lo que aflojé el paso a propósito y dejé de seguirlo. El profesor aún continuó un rato, fijando la vista sólo hacia adelante, sin retroceder por mucho que le pitaban los conductores o se topara con los postes de electricidad. Parecía que sólo quería llegar a casa lo antes posible. El cabello, que debió de peinar en el momento de salir, se había desmelenado, y la americana estaba llena de arrugas. Su espalda parecía aún más pequeña que lo que sugería la distancia. Había momentos en los que, debido a la luminosidad, su figura se confundía con los rayos del sol, pero gracias a las notas que resplandecían reflejando la luz no lo perdí de vista. Emitían una luz compleja, como si fuera una clave que nos iba mostrando su paradero.

De repente, me asusté y agarré con fuerza el mango del parasol. Y miré la hora en el reloj de pulsera. Intenté recordar el tiempo desde que el profesor entró en la sala de consulta hasta que hubo salido. Calculé diez minutos, veinte minutos, treinta minutos..., poniendo en dedo en las marcas del reloj.

Eché a correr en pos de la espalda del profesor. Corría tomando como referencia el reflejo de las notas, sin preocuparme siquiera por las sandalias que se me iban cayendo. El profesor ya había doblado en la siguiente esquina y estaba a punto de ser tragado por la sombra de la ciudad.

Mientras el profesor se daba un baño ligero, estuve arreglando los ejemplares del *Journal of Mathematics*. A pesar de que se dedicaba con toda su alma a los problemas premiados, no le daba importancia alguna a las revistas, por lo que estaban tiradas por todas partes, sin haber sido abiertas por ninguna página excepto por la de los concursos. Las recogí, y tras colocarlas por orden de antigüedad, comprobé los índices y fui dejando sólo los números en los que estaban publicadas las demostraciones del profesor como ganador del premio.

La probabilidad de dar con el nombre del profesor era alta. Los apartados sobre el ganador del premio me llamaban la atención enseguida, ya que sus caracteres eran más grandes y estaban enmarcados con un diseño especial. El nombre del profesor estaba impreso de una manera realmente majestuosa; llenaba de orgullo. Las demostraciones que se habían convertido en letra tipográfica, en lugar de desaparecer en la humanidad del manuscrito, parecían haber alcanzado una rotundidad sublime, y según yo podía ver, transmitían toda la firmeza de su lógica.

Quizás porque había estado rodeada por las paredes silenciosas durante mucho rato, sentí aún más calor en el estudio. Mientras metía las revistas en las que no salían sus demostraciones en una caja de cartón, recordé de nuevo lo acontecido en el dentista, y volví a calcular el tiempo que había transcurrido en la consulta. Aunque habíamos estado en el mismo edificio, no debí haber descuidado que nos encontrábamos en salas distintas, la de espera y la de consulta. En todo caso, cuando estaba con el profesor siempre debía ser consciente de los ochenta minutos.

Sin embargo, por muchas veces que volvía a calcularlo, el tiempo durante el que habíamos estado separados debía haber sido menos de sesenta minutos.

Me convencí de que no siempre tenía por qué mantener el ciclo de los ochenta minutos exactos, ya que un matemático también es un ser de carne y hueso. Cada día cambian tanto las condiciones meteorológicas como las personas que viven con éstas. Hay momentos en los que uno se siente en baja forma. Especialmente en aquel momento al profesor le dolían los dientes. No era extraño que le hubiera producido un trastorno en la cinta magnética de los ochenta minutos el que le hubiera manipulado la boca un desconocido, poniéndolo nervioso.

Al apilar en el entarimado las revistas con demostraciones del profesor, el montón resultó ser más alto que mi cintura. Les tenía cariño a esas demostraciones del profesor, incrustadas como si fueran piedras preciosas dentro de revistas normales y corrientes. Fui poniendo las revistas amontonadas por orden, una tras otra. Era como una sedimentación de la energía que el profesor había ido consumiendo con las matemáticas, y a la vez, era una demostración de la realidad de que sus capacidades matemáticas no habían sido dañadas por aquel triste accidente.

—¿Qué haces?

El profesor ya había salido del baño, sin que me diera cuenta, y asomaba la cabeza. Quizás aún estaba bajo los efectos de la anestesia, pues los labios estaban aún torcidos, y sin embargo la hinchazón del moflete ya había bajado. Parece que el baño le había sentado bien y ya no le dolían los dientes. Eché una mirada rápida al reloj, sin que lo notara, y comprobé que llevaba menos de treinta minutos en el cuarto de baño.

—Estoy ordenando las revistas.

—Vaya, gracias por tu trabajo. Pero vaya montaña. Si no es molestia y si no pesan demasiado,

¿podrías ir a tirarlas a algún sitio?

—¡Qué dice! No se pueden tirar de ninguna manera.

—¿Por qué?

—Porque quien hizo todo esto fue usted, profesor. Usted lo solucionó todo solo —dije.

El profesor me contempló con una mirada de vacilación, sin contestarme nada. Las gotas que caían de su pelo mojaban las hojas.

Las cigarras, que habían cantado exageradamente por la mañana, se iban tranquilizando, y lo único que llenaba el patio era el sol del verano, que lo bañaba con su luz. Sin embargo, si se alargaba la vista, se veían las nubes finas que nos hacía sentir la cercanía del otoño en el cielo lejano, más allá de la cresta del horizonte. Precisamente era el cielo por donde aparecía el lucero de la tarde.

En cuanto comenzó el nuevo curso de Root, llegó la noticia de que el profesor había ganado el problema premiado en el *Journal of Mathematics*. Era aquel problema al que se había enfrentado durante todo el verano.

Sin embargo, como supuse, no se alegró. No hizo sino tirar la postal de la revista en la mesa del comedor, sin acabar siquiera de leerla, sin decir nada y sin siquiera mostrar ni un solo instante un gesto de alegría.

—Es el premio en metálico más alto desde la fundación del *Journalof* —dije, insistiendo.

Como no estaba muy segura de pronunciar correctamente el nombre de la revista, siempre la llamaba, abreviando, el *Journalof*.

—Ah... —dejó escapar un suspiro como si no le interesara en absoluto.

—¿Sabe cuánto esfuerzo dedicó a solucionar el problema? Estuvo errando en el mundo de los números desde la mañana hasta la noche, sin comer ni dormir lo suficiente. ¿No recuerda que tuvo un sarpullido en todo el cuerpo, y le salieron cercos de sudor en la americana?

Quise mencionar todo aquello aun a sabiendas de que ya había perdido el recuerdo de haber solucionado el problema.

—Yo no me olvidaré del grosor y del peso de la demostración que me encargó. Del orgullo que sentí cuando la entregué en la ventanilla de correos.

—Ah, sí, bueno...

Dijera lo que dijese, la reacción del profesor era apática, como para ponerme nerviosa.

¿Acaso infravalorar la influencia de las cosas que han creado ellos mismos es una tendencia que se manifiesta en los matemáticos en general? ¿O procedía de la personalidad del propio profesor? Los matemáticos también tendrán sus ambiciones y sus deseos de atraer el interés de muchas personas ajenas a las matemáticas. Precisamente por eso ha ido evolucionando el estudio científico, así que en el caso del profesor, después de todo, el problema puede que se debiera al mecanismo de la memoria.

De todos modos, era sorprendente su indiferencia hacia la demostración una vez acabada ésta. En cuanto el objeto al que había dirigido todo su cariño mostraba su figura verdadera y aparecía ante él, se volvía callado y discreto. Nunca hacía alarde de toda la pasión que había derrochado, ni exigía ninguna recompensa. Y después de comprobar si en verdad era perfecta la demostración, no

hacia más que seguir su camino tranquilamente.

Y esto no sólo ocurría con las matemáticas. Tampoco fue capaz de aceptar nuestro agradecimiento cuando Root se hirió y él lo llevó a la clínica, o cuando con su cuerpo lo protegió de la pelota fallida. Y no es porque fuera obstinado, ni retorcido, sino simplemente se debía a que él no entendía por qué se le agradecían las cosas hasta ese punto.

«Lo que yo puedo hacer no es sino insignificante. Si puedo hacerlo yo, cualquiera puede hacerlo». De esta manera murmuraba siempre el profesor dentro de su corazón.

—Vamos a celebrarlo.

—No creo que haga falta ninguna celebración.

—Si felicitamos entre todos al que trabajó duro y ganó el primer premio, se multiplica la alegría, ¿no?

—No tengo por qué sentirme especialmente feliz. Lo que hice fue sólo mirar a hurtadillas en el cuaderno de Dios y copiar...

—No. Celebrémoslo. Aunque usted no quiera alegrarse, Root y yo queremos alegrarnos.

En cuanto salió a relucir el nombre de Root, mostró un cambio en su actitud.

—Ah, mire... Vamos a celebrar entonces juntos el cumpleaños de Root. Es el 11 de septiembre. Si está usted también, Root seguro que se pondrá contento.

—¿Cuántos años cumplirá?

—Once años.

—Once...

El profesor se levantó, parpadeó varias veces, y dejó caer un poco de caspa en la mesa del comedor al rascarse el pelo.

—Sí. Once años...

—Es un número primo hermoso. Es especialmente hermoso entre los números primos. Y además es el número del dorsal de Murayama. Qué maravilla, ¿verdad que sí?

El cumpleaños nos visita a todos una vez al año, por lo que pensé que no sería ninguna maravilla en comparación con el primer premio de una demostración matemática, aunque por supuesto no se lo dije y le di la razón dócilmente.

—Bueno, celebrémoslo. Los niños necesitan ser felicitados. Nunca es demasiado por mucho que se les felicite. Los niños están contentos con sólo una buena comida, velas y un aplauso. Es muy fácil, ¿verdad que sí?

—Sí, tiene razón.

Cogí un rotulador y marqué el día 11 de septiembre en el calendario del comedor con un círculo tan grande que no se le escaparía a nadie por muy despistado que fuera. El profesor, escribió una nueva nota «El viernes 11 de septiembre, celebración de 11º cumpleaños de Root», y forzó un poco para hacerse un espacio en la zona de las notas más importante, junto a su pecho.

—Bueno, así está bien.

Contempló la nota recién añadida, mientras asentía con aire de satisfacción.

Después de haberlo hablado y pensado mucho con Root, decidimos regalar al profesor un cromó de béisbol de Enatsu para celebrar su premio. Aprovechando que el profesor dormitaba en el

comedor, le enseñé a Root la lata de galletas de la estantería, lo que despertó bastante su interés. Se sentó en el suelo, olvidando que lo estábamos haciendo a escondidas del profesor, y cada vez que sacaba un cromo lo observaba por el anverso y el reverso, de cabo a rabo, y lanzaba exclamaciones.

—Ten mucho cuidado en no doblarlos ni ensuciarlos, son como tesoros para el profesor.

Por mucho que le advirtiese no me escuchaba.

Era la primera vez en su vida que Root se encontraba frente a unos cromos de béisbol. Probablemente sabía vagamente de su existencia, quizá a través de los que le enseñaban sus amigos, pero parecía que inconscientemente había evitado relacionarse con ellos. Porque no era un niño que pidiera dinero a su madre para un simple juego, ni mucho menos para su propia diversión.

Sin embargo, al contemplar la colección del profesor, ya no podía dar marcha atrás. Root se había dado cuenta de que allí, en realidad, había otra parte del universo del béisbol, y que estaba lleno de otro tipo de encantos diferentes a los del verdadero béisbol. Acababa de entrar en contacto con esos pequeños cromos que miraban con cariño y protegían al béisbol que se desarrollaba en la radio o en el estadio, como si fueran su ángel de la guarda. La sutileza de las fotos que captan el momento preciso, los grandes registros descritos con orgullo, las anécdotas que nos hacen suspirar, la forma rectangular noble y proporcionada que cabe en la palma de la mano, la funda de plástico transparente que brilla reflejando la luz del sol... Todo lo que rodeaba a los cromos cautivó a Root. Además, imaginar el esfuerzo pleno de alegría del profesor al completar una colección como aquélla, lo dejaba embelesado.

—Oye, ¡mira este Enatsu! Sale muy bien, hasta el sudor salpicando.

—Guau... ¡es Bacque! ¡Qué brazos más largos tiene!

—Éste es increíble. Es especial. Está hecho de manera que la figura de Enatsu tiene relieve.

Root me contaba sus impresiones y me pedía complicidad con cada cromo.

—De acuerdo, está bien. Pero guárdalos ya.

Se escuchó el crujir de la butaca del comedor. Ya iba siendo hora de levantarse.

—La próxima vez le pediremos permiso al profesor para verlos tranquilamente. No te has equivocado en el orden, ¿verdad? Están clasificados muy estrictamente...

Antes de que hubiera terminado de decirlo, acaso porque pesaba más de lo que él creía, o bien porque estaba excitado, a Root se le cayó la lata de galletas. Se produjo un ruido escandaloso. Gracias a que estaba atiborrada de cromos, sin ningún hueco, la caja no sufrió muchos daños por el impacto, pero se desparramaron una parte de los cromos (la mayoría eran jugadores de segunda base).

Nos pusimos a arreglar aquello atropelladamente. Por suerte, no había ningún cromo cuya funda transparente se hubiera roto o agrietado. Sin embargo, parecía haberse producido un daño irreparable por el mero hecho de haberse caído unos pocos cromos, pues la colección siempre se había mantenido impecablemente junta dentro de la lata de galletas. Perdimos un poco los nervios.

Y no sería extraño que el profesor se fuera a despertar en cualquier momento. Pensándolo bien, no habría hecho falta actuar a escondidas, ya que el profesor nos habría enseñado su colección de buena gana si se lo hubiese pedido Root. Sin embargo, sin saber por qué, yo tenía reparos al

respecto. Y ahora el resultado era mucho peor que todos mis reparos juntos. Estaba convencida de que a él no le gustaría que otras personas mirasen sus cromos, igual que a los niños les gusta esconder un secreto en algún lugar.

—Éste se llama Shirasaka, empieza con «Shi», así que colócalo después de Minoru Kamata.

—¿Cómo se lee el nombre?

—Su pronunciación está en silabario. Yasuji Hondo. Así que habrá que ponerlo un poco más atrás.

—¿Lo conoces tú, mamá?

—No lo conozco, pero habrá sido un jugador muy bueno porque está en un cromo de éstos. Venga, esto ahora no tiene importancia. Date prisa, rápido.

De todas maneras, nos concentramos sólo en guardar los cromos uno a uno como el profesor los había ordenado. Entonces me di cuenta de que la lata tenía un doble fondo. Fue justo cuando tenía en la mano el cromo de Kingo Motoyashiki. El fondo de la lata era más profundo que la altura del rectángulo.

—Espera un momento.

Paré a Root y metí los dedos en el espacio que había junto al bloque de los jugadores de la segunda base. Era obvio que había un doble fondo.

—Oye, ¿pasa algo? —me preguntó Root con extrañeza.

—No te preocupes. Déjame hacer a mí.

Mi discreción de hasta entonces había desaparecido, y me había vuelto atrevida sin darme cuenta. Pedí a Root que me trajera una regla del cajón del escritorio y la metí para levantar el fondo haciendo palanca, teniendo cuidado de que no salieran disparados los cromos.

—Mira. Ves que hay algo debajo de los cromos. Mientras yo lo sujeto así, ¿podrás sacarlo con la mano?

—Vale, de acuerdo. Creo que podré.

Sus dedos pequeños se deslizaron por aquel intersticio tan estrecho, y consiguió sacar adecuadamente lo que había dentro.

Era una tesis sobre matemáticas. Era una demostración de unas cien páginas, mecanografiada en inglés y encuadernada con una tapa que lucía un dibujo que parecía una insignia de universidad. El nombre del profesor estaba impreso con caracteres góticos. La fecha era del año 1957.

—¿Es el problema que solucionó el profesor?

—Sí, eso parece.

—Pero ¿por qué está escondido ahí? —preguntó Root con extrañeza.

Hice la cuenta, 1992 menos 1957. El profesor tenía entonces 29 años. Sin darme cuenta, la sensación de que el profesor estaba en el comedor había cesado, ya no se escuchaba el crujido de la butaca.

Con el cromo de Kingo Motoyashiki en la mano, hojeé la tesis. Me di cuenta enseguida de que había sido guardada igual de bien que los cromos de béisbol. Los papeles y las letras mecanográficas daban una impresión algo anticuada, correspondiente a su fecha, y sin embargo no tenían huellas de ningún daño causado por la mano humana. Igual que en los cromos de béisbol, no

había ni pliegues, ni arrugas, ni manchas. Además, quizás porque lo había transcrito un excelente mecanógrafo, no había ninguna errata. Estaba encuadernado con precisión, las esquinas mantenían un ángulo de 90 grados, y el papel tenía una buena consistencia al tacto. Incluso pensé que ni siquiera el legado de un rey noble habría sido enterrado con tantos honores.

Tomando como ejemplo a quienes lo debían de haber manipulado en el pasado, y también como lección aprendida por el error que acababa de cometer Root, puse todo mi cuidado en ello. La tesis matemática del profesor no había cambiado su apariencia sublime pese a haber sido molestada en su largo sueño. No había sido penetrada por el peso de los cromos ni por el olor de galletas.

La única cosa que pude descifrar en la primera página fue [Chapter 1], en la primera línea. Según fui hojeando las páginas durante un rato, me topé varias veces con la palabra Artin. Recordé la conjetura de Artin, que él me había enseñado dibujando en el suelo del parque con una ramita, al regresar de la peluquería. También me acordé de que a continuación de aquella explicación había añadido una fórmula acerca del número perfecto 28, que yo le había comentado, y de aquellas fórmulas dibujadas en el suelo sobre las que revoloteaban los pétalos de cerezo.

Entonces, una fotografía en blanco y negro se cayó deslizándose de entre las páginas. La recogió Root. Parecía haber sido tomada en una orilla del río. El profesor estaba sentado en una ladera cubierta de tréboles. Alargaba las piernas con un aire realmente relajado y miraba con los ojos medio cerrados por el fulgor del sol. Era muy joven y guapo. Llevaba puesta una americana, como ahora, pero parecía que su cuerpo rebosaba inteligencia. Por supuesto, en su americana no había ninguna nota enganchada.

Y a su lado había una mujer. Se extendía el ruedo de su falda ligeramente, debajo sólo se veían las puntas de los zapatos, e inclinaba la cabeza hacia el profesor, tímidamente. No había ningún contacto físico en ninguna parte, y sin embargo, daba la sensación de que entre ellos existía algún afecto. Por mucho tiempo que hubiera transcurrido, no había duda de que ella era la viuda de la casa principal.

Había otra línea más que yo pude entender, aparte del nombre del profesor y [Chapter 1]. En la parte de arriba de la portada, un encabezamiento que adornaba el comienzo de la demostración. Sólo aquella parte no estaba mecanografiada sino escrita a mano, en japonés.

Dedicado a N, a quien amaré eternamente.

De alguien a quien no olvidarás.

Aunque habíamos decidido regalarle un cromo de Enatsu, llegado el momento, nos dimos cuenta de que no era tan fácil como pensábamos. El profesor tenía casi todos los cromos de Enatsu de la época de los Tigers, es decir, anteriores a 1975. Las nuevas versiones que se pusieron a la venta a partir de entonces, normalmente mencionaban el hecho del fichaje, y si Enatsu llevaba el uniforme de los Nankai Hawks o de los Hiroshima Carps, entonces no nos convenía por nada del mundo.

Primero. Root y yo compramos las revistas especializadas en cromos de béisbol (fue un

descubrimiento el hecho de que se vendieran esas cosas en las librerías), y estudiamos qué tipo de cromos había, cuánto valían aproximadamente, y a dónde debíamos ir para conseguirlos. De paso, aprendimos mucho acerca de la historia de los cromos de béisbol, acerca de los coleccionistas o las condiciones de conservación, etc. Los fines de semana recorríamos todas las tiendas posibles con ayuda de la lista de tiendas de cromos que venía al final de una revista. A pesar de todo, no obtuvimos ningún fruto.

Las tiendas de cromos siempre se situaban en algún piso de edificios comerciales viejos, ocupados por usureros, agencias de detectives privados o consultas de videntes. Todos esos edificios nos deprimían con sólo subir al ascensor, y sin embargo, una vez entrábamos en las tiendas de cromos, eran verdaderos paraísos para Root. Se nos abría un mundo en el que se congregaban innumerables latas de galletas como las del profesor.

Una vez Root se quedaba tranquilo tras echar una buena ojeada a todos los cromos, nos dedicábamos únicamente a los de Yutaka Enatsu. La sección dedicada a Enatsu estaba muy nutrida. La clasificación de la lata de galletas del profesor se reproducía en cualquier tienda. Siempre había un espacio reservado para él, aparte de cualquier otro tipo de clasificación por equipos, por épocas, o por posiciones. Estaba colocada al lado de Nagashima y del jugador O.

Nos poníamos en la sección de Enatsu, e íbamos comprobando un cromos tras otro, yo desde el principio y Root desde el final. Podía ser que un cromos desconocido estuviera escondido tras el siguiente y que apareciera Enatsu, como un fantasma. Seguir inspeccionándolos, teniendo aquellas expectativas, era una operación físicamente dura. Era como explorar sin brújula un bosque en el que no entra la luz del sol. Sin embargo, no nos desanimamos, más bien le fuimos cogiendo el truco poco a poco, aprendimos la técnica y fuimos acelerando la velocidad de las inspecciones.

Primero, extraíamos un cromos con el dedo índice y el pulgar, y si era del tipo de los que estaban dentro de la lata de galletas, lo reponíamos inmediatamente; si no nos era familiar, comprobamos si satisfacía las condiciones requeridas con cuidado. Así lo íbamos repitiendo con todos, uno tras otro, con un criterio casi instantáneo.

Todos los cromos o nos sonaban o lo mostraban con uniformes extraños, o contaban los detalles de su fichaje. Además, entendí que los de Enatsu en blanco y negro, cuando acababa de debutar, y que había coleccionado el profesor, eran de gran valor porque eran muy caros. Así, tratando de buscar un cromos apropiado para ser seleccionado, nos percatamos de que no sería cosa fácil. Entonces, me topaba con los dedos de Root en medio de la sección, y daba un suspiro al darme cuenta de que con eso había desaparecido una posibilidad más.

Los dependientes nunca ponían mala cara, aunque no gastáramos ni un solo yen y nos pasáramos largos ratos en sus locales. Al decirles que buscábamos un Yutaka Enatsu, nos traían todos los que tenían en la tienda, y al vernos desilusionados, sin haber podido encontrar nuestro codiciado objeto, nos decían palabras de ánimo. En la última tienda que visitamos, después de atendernos sobre lo que estábamos buscando, incluso nos dieron un consejo.

En resumidas cuentas, nos dijeron que podíamos buscar unos cromos que fueron vendidos como regalos de unas chokolatinas por un fabricante de dulces en el año 1985. Ese fabricante siempre añadía cromos de regalo con sus dulces, pero en 1985, con motivo de la conmemoración

del cincuentenario de la fundación de la fábrica, habían encargado una serie especial de cromos. Además, ese año los Tigers ganaron la liga y debía de haber muchos cromos del equipo.

—¿Qué son estos cromos especiales? —preguntó Root.

—Son cromos con los autógrafos de jugadores, o fotos elaboradas con técnica holográfica, o incluso los hay con raspaduras de bate insertadas dentro. Si hablamos de Enatsu, como en 1985 ya se había retirado, creo que debe de haber un cromo con sus guantes reproducidos. Aquí también lo tuvimos una vez, pero se vendió enseguida. Van muy buscados.

—¿Qué son cromos con guantes? —preguntó de nuevo Root.

—Se recorta el guante en trozos pequeños y se insertan los trozos de cuero en el cromo.

—¿El guante que Enatsu utilizó de verdad?

—Claro que sí. No puede haber engaño, porque son cromos oficiales de la Asociación de Cromos Deportivos de Japón. Pero no se encuentran a menudo. Pero no debes rendirte. Existen en algún rincón del mundo. Si llega uno aquí, enseguida te llamaré. A mí también me gusta Enatsu.

El hombre levantó la visera de la gorra de los Tigers y acarició la cabeza de Root. Se semejaba mucho al gesto del profesor.

El 11 de septiembre estaba ya al caer. Propuse a Root que no habría ningún problema si cambiábamos a otro tipo de regalo, pero no lo aceptó. Se obstinó con el cromo de béisbol.

—Si lo dejamos a medio camino, nunca llegaremos a nada.

Aquella era su opinión.

Por supuesto, su primer propósito era que el profesor se alegrara, pero, para ser sincera, creo que también es indudable que él mismo disfrutaba con la experiencia de inspeccionar las colecciones de cromos. Se sentía como un aventurero buscando un cromo que se dice que existe en algún lugar del mundo.

El profesor, cuando estaba en el comedor, miraba el calendario una y otra vez. De vez en cuando, se acercaba a la pared y acariciaba con el dedo el círculo que yo había puesto alrededor del día 11 de septiembre. Llevaba la nota bien sujeta en el pecho. Él se esforzaba, a su manera, en no olvidarse del día del cumpleaños de Root. Aunque seguramente ya se había olvidado de lo del *Journalof*.

Al final, el incidente de la lata de galletas no se descubrió. Ese día yo no podía apartar la mirada de la portada de la tesis. Tenía los ojos clavados en las letras «a N, a quien amaré eternamente...». Era la letra del profesor, sin duda. La eternidad para el profesor tenía un significado diferente al habitual. Era una eternidad igual a la de los teoremas matemáticos.

Root me apremió para que lo guardáramos todo inmediatamente:

—Venga, mamá. Mete la regla dejando espacio.

Root cogió la tesis de mi mano y la guardó en el fondo de la lata. Aunque teníamos prisa, fue cuidadoso. Era como si me estuviera diciendo que jamás debía mancillarse un secreto que había sido protegido.

Los cromos fueron colocados en su sitio, y ya no se notaba nada extraño en ningún lado. Los cromos formaban una superficie lisa que daba gusto ver, y la lata no tenía ninguna abolladura por la caída, y el orden alfabético estaba correcto. Sin embargo, algo parecía diferente. Una vez que se

sabía que una demostración dedicada a N se hallaba escondida en un oscuro falso fondo, ya no se trataba de una mera y excelente colección de cromos sino que se había convertido en un ataúd donde estaba enterrada la memoria del profesor. Instalé el ataúd en el fondo de la estantería.

Albergábamos una pequeña esperanza, pero el chico de la tienda no llamaba. Root continuaba haciendo esfuerzos, escribió una carta a la sección de lectores de varias revistas, o preguntaba a sus amigos y a sus hermanos mayores. Yo iba ya pensando en el regalo de recambio que podíamos hacerle si no lográbamos el cromo en cuestión. Me sentí indecisa sobre qué regalarle hasta el último momento. Lápices del 4B, cuadernos de apuntes, imperdibles, papelitos, camisas... Las cosas que el profesor necesitaba eran pocas. Como no podía consultar a Root, me resultaba aún más difícil.

¡Eso es! ¡Le regalaré unos zapatos!, pensé. El profesor necesita unos zapatos. Unos zapatos nuevos sin moño, con los que pueda salir cuando y donde quiera.

Como hacía cuando Root aún era pequeño, escondí el regalo al fondo del rincón del armario empotrado. Pensé que si el cromo dichoso llegaba a tiempo, siempre podría colocar los zapatos, sin decir nada, en el mueble-zapatero.

La luz de la esperanza llegó de donde menos lo habíamos imaginado. Cuando fui a cobrar la nómina a la agencia, una compañera de *Akebono* me dijo que recordaba que en el almacén de una tienda de ultramarinos que en su día había llevado su madre debían de quedar algo parecido a esos cromos de béisbol que se regalaban con los dulces. Como estaba escuchándonos el jefe, le dije que mi hijo buscaba cromos de esa clase, sin decirle nada de la fiesta en honor del profesor, ni de la celebración del cumpleaños de Root. Entonces fue cuando la compañera empezó a darme más detalles sobre esos regalos que andaban por el almacén, aunque no parecía estar demasiado segura.

Lo que me dio esperanzas fue que me dijo que la madre cerró la tienda de ultramarinos en 1985, porque se había hecho mayor. Entre los dulces que compró en noviembre de 1985, para la merienda de un viaje en grupo de ancianos, estaban aquellos chocolates. Su madre, pensando que a los ancianos no les haría falta, despegó las bolsitas de plástico negras con los sobres que estaban pegadas en la tapa de las cajas de chocolate. Pensó aprovecharlos para cuando le pidieran dulces para un viaje de niños en primavera. Era evidente que los niños se alegrarían más que los ancianos al recibir aquellos regalos. No sabía si eran cromos de béisbol, pero, de todos modos, la madre de mi compañera hizo bien. Sin embargo, nunca recibió el pedido para un viaje de niños porque se puso enferma en diciembre y decidió cerrar la tienda. De esta manera, unos cien cromos de béisbol acabaron durmiendo durante largo tiempo en un almacén de una tienda de ultramarinos.

Pasé por su casa directamente desde la oficina, donde me dio una caja de cartón llena de polvo, que pesaba mucho, aun sujetándola con dos manos, y volví con ella. Le ofrecí una pequeña cantidad de dinero, pero lo rechazó en redondo. Acepté agradecida sin atreverme a decirle que se vendían a mayor precio que el chocolate en las tiendas de cromos.

Tan pronto como llegué al apartamento, Root y yo comenzamos la operación de inmediato. Primero yo cortaba los sobres con las tijeras, y Root comprobaba el contenido. Era algo simple, podíamos avanzar a buen ritmo, coordinando nuestras respiraciones, evitando lo innecesario, con total precisión. En poco tiempo, nos habíamos hecho unos expertos en el arte de tratar cromos de béisbol. Root incluso podía distinguirlos por el tacto.

Oshita, Hiramatsu, Nakanishi, Kinugasa, Boomer, Oishi, Kakefu, Harimoto, Nagaike, Horiuchi, Arito, Bass, Akiyama, Kadota, Inao, Kobayashi, Fukumoto... los jugadores aparecían uno tras otro. Como nos había indicado el chico de la tienda, había algunos que tenían relieve, o llevaban el autógrafo del jugador, y los había también que tenían un brillo dorado. Root ya no soltaba frases de admiración cada vez, ni chasqueaba la lengua con rabia. Parecía estar pensando que cuanto más se concentrase, más rápido podría llegar a la meta. A mi alrededor se congregaban las bolsitas de plástico negro y en las manos de Root se amontonaban los cromos, que pronto se fueron desparramando suavemente entre los dos.

Cada vez que alargaba la mano hacia la caja de cartón, olía a mohó. Puede que el chocolate que había impregnado los cromos se hubiera corrompido. Francamente, cuando íbamos por la mitad, la esperanza ya casi se había esfumado. No podía entender para qué estaba haciendo aquello, ni qué era lo que yo misma pretendía, y poco a poco aquello fue volviéndose cada vez más absurdo. Al menos, yo lo sentía así.

Había demasiados jugadores de béisbol. No era extraño, porque juegan nueve jugadores por equipo y además hay dos ligas; la Liga Central y la Liga del Pacífico, y todo ello durante más de cincuenta años de historia. Por supuesto, sabía que Enatsu era un jugador muy destacado. Sin embargo, otros jugadores también célebres, como por ejemplo, Sawamura, Kaneda o Egawa tendrían sus fans, y ellos también necesitarían sus cromos. Por eso, aunque no pudiéramos encontrar el cromo que buscábamos, dado que teníamos tantos cromos delante de los ojos, no podíamos enfadarnos. No hacía falta ponerse nervioso, bastaba aceptarlo, y que Root se convenciera de ello. En el armario estaba bien escondido un regalo. No se podía decir que fuera un artículo de lujo, pero era más caro que un cromo de béisbol, y el diseño era simple y además los zapatos parecían cómodos. Seguro que al profesor también le gustarían...

—¡Ah!

Fue entonces cuando a Root se le escapó esta breve exclamación. Era una voz madura, como si se le hubiera ocurrido una fórmula que condujera a la solución de un problema de matemáticas complicado, o como si hubiera encontrado una línea auxiliar que soluciona instantáneamente un problema gráfico en el que no se ve ninguna pista. Su tono de voz era tan sereno y pausado, que no me di cuenta durante un rato de que el cromo que estaba en la mano de Root era el que buscábamos.

Root no saltó excitado dando gritos de alegría, ni vino a abrazarme. Simplemente clavó la mirada en el cromo que tenía en la palma de su mano. Parecía querer seguir contemplando a Enatsu, solo, durante un rato. Por eso, no le dirigí la palabra.

Era uno de una serie especial de 1985, que llevaba insertado un trozo del guante de Enatsu. Faltaban dos noches para la fiesta.

FUE UNA FIESTA MARAVILLOSA . De todas las fiestas que había vivido hasta entonces, era la que más me había impresionado. No fue ni suntuosa ni esplendorosa, en eso fue igual que el primer cumpleaños de Root, que celebramos en una habitación de la residencia para familias sin padre, o la de su Shichigosan, que celebramos los dos solos, o la de Navidad con su abuela. A pesar de todo, aunque no sé bien si sería adecuado llamar fiesta a aquel evento, la razón por la que el undécimo cumpleaños de Root fue tan especial es que el profesor estuvo con nosotros. Y además resultó ser la última noche que pasamos junto al profesor.

Esperamos a que Root llegara a casa, y los tres colaboramos en los preparativos de la celebración. Yo preparé la comida, Root, tras pulir el suelo del comedor, despachó los pequeños quehaceres que yo le indicaba, y el profesor planchó el mantel.

El profesor no había olvidado su promesa. Tan pronto como me reconoció como la madre de Root y su asistenta, me dijo: «Hoy es día 11, ¿verdad?» y señaló el círculo del calendario. Cogió la nota del pecho y la agitó como si quisiera que lo elogiara por haberse acordado.

Al principio no había previsto pedirle al profesor que planchara. Considerando su torpeza, hubiera sido más seguro pedirselo incluso a Root. Pensaba que era mejor que se quedase tranquilo en la butaca, pero él insistió en que también debía colaborar en algo.

—Si un niño pequeño está ayudando tan bien, ¿cómo puede quedarse sin hacer nada un hombre hecho y derecho?

Su objeción entraba dentro de lo previsto, pero lo imprevisto fue que sacara la plancha y el mantel diciendo que lo iba a planchar él. Ya era sorprendente de por sí que el profesor supiera el lugar donde estaba guardada la plancha en el aparador, y cuando apareció con el mantel, que había sacado también de allí, fue como si yo estuviera viendo un juego de manos. Después de más de medio año, me enteraba de que en aquella casa había un mantel.

—Lo que debería hacerse antes de nada, para preparar la fiesta, es poner un mantel limpio. ¿No te parece? A mí se me da bien planchar.

¿Cuánto tiempo llevaría allí olvidado? El mantel estaba lleno de arrugas.

Los últimos calores del verano se habían ido, el aire era seco y limpio, y tanto la sombra de la casa principal, que entraba en el patio interior, como el tono de las hojas de los árboles, eran diferentes a los del pleno verano. Aunque la luz aún lo inundaba todo, el lucero de la tarde y la luna se dejaban ver discretamente junto a unas nubes cambiantes. La oscuridad se iba colando a los pies de los árboles, pero su velocidad aún era tenue, y aún quedaba algo para la llegada de la noche. Era el atardecer, el momento que más nos gustaba.

El profesor instaló la tabla de planchar al lado de la butaca y se puso manos a la obra. Inesperadamente, resultó que sabía cómo sacar el cable, cómo encenderla y hasta cómo regular la temperatura. Desplegó el mantel, lo dividió en dieciséis partes iguales, como buen matemático que era, y planchó un trozo tras otro.

Primero aplicó dos veces el agua del vaporizador, acercó la mano para ver si no estaba demasiado caliente la plancha, y planchó el primer trozo. Agarraba el asa firmemente, con mucha

prudencia para no deteriorar el tejido, pero deslizaba la plancha con cierto ritmo. Fruncía el entrecejo con fuerza y arrugaba la nariz fijando la mirada para ver si eliminaba las arrugas satisfactoriamente. Había escrupulosidad, convicción e incluso amor en esa manera de comportarse. La plancha efectuaba un movimiento razonable. Se mantenían el ángulo y la velocidad con los que podía conseguir el mayor efecto con el menor movimiento. La demostración elegante que hoy nos ofrecía el profesor se estaba llevando a cabo encima de una vieja tabla de planchar.

Tanto Root como yo tuvimos que reconocer que no había otra persona más adecuada para aquella tarea que el profesor. Y más aún porque era un mantel de encaje.

Cada uno de los tres tenía su cometido. El hecho de poder sentir el aliento de los otros muy cerca, y presenciar el proceso de ir acabando poco a poco las modestas tareas, nos aportó una alegría inesperada. El olor de la carne asada en el horno, el agua que chorreaba de la bayeta, el vapor que subía de la plancha, todo se fundía en uno y nos envolvía.

—Hoy juegan los Yakult Swallows en Koshien —dijo Root, que era el que más hablaba, como siempre—. Si ganan hoy, los Tigers se ponen líderes.

—¿Y podrán ganar la liga?

Después de probar la sopa, eché un vistazo al horno.

—Claro que podrán —contestó el profesor con un tono más decidido que de costumbre—. Mira allí. Los días en los que se ve el lucero de la tarde con la parte inferior menguante, significa buena suerte. Es una prueba de que hoy van a ganar, y también la liga.

—Anda, no lo has calculado con una fórmula. Es una simple conjetura infundada.

—Dadafunin ratujecon plesim nau es.

—Es trampa, disimulas con capicúas.

No importaba lo que dijese Root, el ritmo de la plancha no sufrió ningún trastorno, y el profesor completó su planchado hasta el último trozo. Root estaba metido debajo de la mesa del comedor, y limpiaba las partes que no se alcanzan en la limpieza diaria, como las patas de las sillas o la parte de abajo de la mesa. Yo buscaba en el aparador algún plato para servir el *roast beef*. Cada vez que miraba el patio, me daba cuenta de que se hacía más de noche.

Al llegar el último momento, cuando íbamos a empezar la fiesta, una vez ya sentados, descubrimos un pequeño error. Era un problema menor, sobre el que no hacía falta montar un drama. Ninguno de los tres teníamos la culpa. Si alguien era responsable de aquello sería la dependiente de la pastelería del centro comercial. La cuestión es que no había velas en la caja del pastel.

Como no era un pastel tan importante como para poderle poner once velas, yo había pedido una vela grande y otra pequeña; pero al sacar la caja del frigorífico, no estaban.

—Un pastel sin velas es demasiado triste para Root. Sólo si se apagan las velas de un soplido, se pueden recibir las felicitaciones.

El profesor, preocupado por las velas más que el propio Root, que era quien debía apagar la llama de un soplido, se había puesto algo nervioso, pero en aquel momento nada relacionado con la fiesta había sufrido daño alguno. Los tres estábamos sumergidos en la satisfacción del trabajo efectuado para preparar la fiesta, y también esperábamos con alegría los platos y los regalos.

—Voy corriendo a la pastelería a buscar las velas.

Estaba ya quitándome el delantal cuando Root me interrumpió:

—No, iré yo. Yo soy más rápido corriendo que tú.

Antes de que terminara de decirlo, Root ya había salido precipitadamente por la puerta de entrada.

La zona comercial no estaba lejos, y aún nos quedaba un poco de luz. No habría ningún problema. Cerré la caja del pastel y, de momento, la metí en la nevera. El profesor y yo nos sentamos en la mesa del comedor y esperamos a que volviera Root.

El mantel lucía admirable. Las arrugas que lo cubrían por entero habían desaparecido, sin quedar ni una sola, y cada detalle del encaje ayudaba a transformar una mesa normal y corriente de comedor en una mesa elegante. Unas flores silvestres (no sabía ni su nombre) que había cogido en el patio colocadas en un bote de yogur servían para dar colorido a la mesa. Los cuchillos, los tenedores y las cucharas, que formaban una hilera cuidadosamente alineada, a pesar de estar desparejados, causaban mucho efecto si uno entrecerraba los ojos.

Comparado con todo ello, la comida era bastante corriente. Cóctel de gambas, *roast beef*, puré de patatas, ensalada de espinacas y beicon, crema de guisantes, macedonia de frutas. Eran los platos favoritos de Root, y ninguno llevaba zanahoria, pues al profesor no le gustaba. No había ninguna salsa especial, ni adornos complicados, eran platos sencillos. Pero desprendían un olor muy agradable.

El profesor y yo nos miramos, sin saber qué hacer, simplemente sonreíamos. El profesor carraspeaba y se erguía dando tirones a las solapas de la americana, como dando a entender que en cualquier momento podía empezar la fiesta.

En el centro de la mesa sólo había un pequeño espacio, justo delante del sitio donde Root iba a sentarse. El lugar destinado al pastel. Teníamos la mirada clavada allí.

—¿Está tardando mucho, no? —murmuró el profesor con vacilación.

—No, nada de eso —contesté.

Sin embargo, me sorprendió que el profesor hubiera hablado sobre la hora mirando el reloj.

—Aún no han pasado ni diez minutos.

—Ah...

Encendí la radio para que se distrajera. Acababa de empezar la transmisión en directo del partido entre los Tigers y los Yakult Swallows. Volvimos la mirada de nuevo al espacio que hubiera debido ocupar el pastel.

—¿Cuántos minutos han pasado ya?

—Doce minutos.

—¿No te parece que está tardando demasiado?

—No pasa nada. No se preocupe.

¿Cuántas veces habré utilizado estas mismas palabras desde que lo conozco?, pensé. «No pasa nada, no se preocupe...». En la peluquería, frente a la sala de radiografía de la clínica, dentro del autobús en el que íbamos de vuelta a casa desde el estadio. A veces pasándole la mano por la espalda, a veces sobre la mano. Sin embargo, ¿acaso hubo al menos una vez en que pude

consolarle de verdad? Tuve la sensación de que yo siempre le pasaba la mano por el sitio que no tocaba y que su dolor estaba en un lugar muy distinto.

—Pronto llegará. No pasa nada.

Sólo podía decirle cosas así.

A medida que se hacía de noche, la intranquilidad del profesor fue en aumento. Miraba el reloj cada treinta segundos y tiraba de las solapas repetidamente. Incluso no se dio cuenta de que, con tanto tirón, se le habían caído algunas notas.

Se oyó un grito de júbilo en la radio. Parecía que los Tigers habían marcado el primer punto con un oportuno *hit* de Paciorek.

—¿Cuántos minutos han pasado? —el intervalo entre pregunta y pregunta se iba haciendo más corto—. Debe de haberle pasado algo. Tarda demasiado.

El profesor hacía temblar la silla con su impaciencia.

—De acuerdo. Iré a buscarlo. No pasa nada. No se preocupe.

Me levanté y puse la mano sobre su hombro.

Encontré a Root en la entrada de la zona comercial. Ciertamente, tenía razón en preocuparse el profesor: había surgido un problema. La pastelería estaba cerrada. Pero Root, muy avisado, había dado con otra pastelería, al otro lado de la estación, les había explicado la situación y le habían dado unas velas. Volvimos corriendo a donde el profesor.

Al llegar, nos dimos cuenta de que la mesa del comedor había cambiado de aspecto. Las flores en el bote de yogur aún estaban lozanas, la radio seguía transmitiendo el partido, que iban ganando los Tigres, y los platos, pendientes de ser servidos, estaban amontonados correctamente, y sin embargo ya no era la misma mesa de antes. El mero hecho de salir a buscar un par de velas había estropeado algo. El pastel estaba aplastado en el pequeño espacio donde hacía un ratito el profesor y yo habíamos estado mirando.

El profesor estaba de pie, inmóvil, con la caja del pastel vacía en las manos. Su espalda estaba a punto de quedar sumida en la oscuridad.

—Quería prepararlo. Para que pudiéramos comerlo enseguida —murmuró como si hablara a la caja vacía—. Lo siento mucho. No sé cómo disculparme... Es irreparable. Es un daño tan...

Nos acercamos enseguida al profesor, e hicimos aquello que nos pareció más apropiado para consolarlo. Root cogió la caja vacía de las manos del profesor y la echó encima de la silla, secamente, como dando a entender que lo que estaba dentro no era tan importante. Yo bajé el volumen de la radio y encendí la luz del comedor.

—Es una exageración decir que es irreparable. No pasa nada. No es para ponerse tan triste...

Actué con vivacidad. En aquellas situaciones, había que hacerlo así. Urgía que la situación volviera a ser como antes, lo más rápido y naturalmente posible, sin dejarle al profesor tiempo para pensar demasiado.

Parecía que el pastel se había resbalado, pues una mitad estaba aplastada pero la otra conservaba aún su forma. Del mensaje escrito con chocolate líquido se podía leer más de la mitad: «Profesor & Root, felici—». Lo corté en tres pedazos, re Coloqué la nata con el cuchillo, y lo adorné con las fresas, la figurita del conejo de gelatina y un angelito de azúcar que se habían caído.

Recompuse bastante bien el pastel. Y puse las velas en el trozo que sería para Root.

—¿Veis? Hasta se han podido poner las velas.

Root miró la cara del profesor.

—Así podré apagar las velas de un soplo.

—Y el sabor es el mismo.

—Es verdad, no pasa nada.

Root y yo le hablamos por turnos. Le decíamos que no había proporción alguna entre el pequeño desliz que había cometido y el sentimiento de culpabilidad que lo embargaba. Sin embargo, él no contestaba, permanecía callado.

Lo que me preocupó, más que el pastel, fue el mantel. Trocitos de bizcocho o de nata se habían metido en el encaje y no podían quitarse por mucho que los limpiara con un paño. Cada vez que frotaba, subía del mantel un olor dulzón. El encaje que el profesor había resucitado, ese diseño entrelazado con las claves que descifran la formación del universo, se había echado a perder. No era el pastel lo que se había dañado de modo irreparable, sino el mantel de encaje.

Oculté la mancha en el encaje con la bandeja del *roast beef*, recalenté la sopa y preparé las cerillas para encender las velas. La radio se refería vagamente a que los Yakult Swallows le habían dado la vuelta al marcador en la tercera entrada.

Root se escondió en el bolsillo el cromó de béisbol de Enatsu adornado con un lazo amarillo, para poder entregárselo cuando fuera el momento.

—Mire, ya ve, está todo como antes. Profesor, por favor, siéntese.

Lo cogí de la mano. Por fin el profesor levantó la cabeza, y al dirigir la mirada a Root que estaba al lado, le dijo con la voz ronca:

—¿Cuántos años tienes? —y empezó a acariciarle la cabeza—. ¿Cómo te llamas? Vaya, vaya, parece que ahí dentro hay un cerebro bastante inteligente. Es como la raíz cuadrada, que puede dar refugio a cualquier número sin decirle nunca que no a ninguno.

EL PERIÓDICO DEL 24 DE JUNIO DE 1993 publicó un artículo que decía que el Último Teorema de Fermat había sido demostrado por Andrew Wiles, nacido en Gran Bretaña, catedrático de la Universidad de Princeton. En portada, la foto de Wiles, vestido con un jersey informal y un pelo rizado con entradas y un grabado representando a Pierre de Fermat, vestido con una indumentaria propia del siglo XVII. Ambas figuras, tan dispares hasta parecer cómicas, daban fe del largo tiempo transcurrido para resolver este último teorema. El artículo alababa la proeza diciendo que el hecho de que el enigma clásico de las matemáticas hubiera sido por fin resuelto significaba la victoria de la inteligencia humana y un nuevo paso adelante en la historia de las matemáticas. También mencionaba, aunque incidentalmente, que el núcleo de la demostración de Wiles procedía del teorema de Taniyama-Shimura, establecido por dos matemáticos japoneses, Yutaka Taniyama y Goro Shimura.

Después de leer el artículo, saqué el recorte que llevaba en la cartera del pase de transportes públicos, como solía hacer cuando recordaba al profesor. Era la fórmula de Euler que él había anotado a mano.

$$\ll e^{\pi i} + 1 = 0 \gg$$

Siempre estará allí. Sin cambiar sus trazos, elogio de la tranquilidad, en un lugar en que puedo tocarla con sólo alargar la mano.

En 1992, los Tigers no pudieron ganar la liga. De haber ganado los dos últimos partidos consecutivos contra los Yakult Swallows, aún habría existido alguna posibilidad; sin embargo, acabaron en segundo puesto tras perder por 2 a 5 el 10 de octubre. La diferencia de puntos con los Yakult Swallows, que ganaron la liga, fue sólo de 2.

Root lloró despechado por la derrota, pero según fueron pasando los años comenzó a entender que ya había sido mucho el poder luchar por el primer puesto de la liga. Pues a partir del año 1993, los Tigers cayeron en una larga crisis, la enésima desde la fundación del club. Y ya en el siglo XXI, nunca salieron de los puestos de cola. De los 6 equipos de la categoría, fueron sextos, sextos, quintos, sextos... Se cambió mucho de entrenador, Shinjo se fue a la Major League y murió Minoru Murayama.

Ahora pienso que tal vez aquel partido contra los Yakult Swallows del 11 de septiembre fue el punto de inflexión. Sólo que hubieran ganado aquel partido, habrían sido capaces de ganar la liga, y no habrían caído luego en ese largo bache.

Después de recoger todo lo de la fiesta y llegar al apartamento desde la casa del profesor, lo primero que hicimos fue poner la radio. El partido se aproximaba al final, e iban 3 a 3. Root pronto se acostó, y el partido no había terminado aún bien avanzada la noche. Yo estuve escuchando la radio hasta el final.

En la novena entrada, en el ataque de los Tigers, con un corredor en la 1ª base, Yagi, con dos *outs*, bateó un *game ending home run* hacia la izquierda. El árbitro de la tercera base levantó una vez el brazo indicando *home run*, y el marcador digital se encendió con 2x, y sin embargo, el *home run* fue anulado tras rectificarse como *hit* de 2ª base, pues había entrado en las gradas tras chocar la pelota con la valla. Los Tigers protestaron al árbitro y el partido fue interrumpido durante 37 minutos. Cuando volvió a comenzar el partido a dos *outs*, con dos corredores en las 2ª y 3ª bases, eran ya las diez y media. Al final, los Tigers, sin poder aprovechar la ocasión de concluir el partido, llegaron a la prórroga en mala tesitura.

Seguía el partido, pero yo volvía a ver al profesor, de quien acabábamos de despedirnos, cuando les dábamos las buenas noches. Extendí el papel de la fórmula de Euler en la palma de la mano, y me concentré en esa línea.

Había dejado la puerta de la habitación entornada, para poder oír la respiración de Root. Se veía el guante que le había regalado el profesor delicadamente colocado junto a la cabecera. No era un guante de juguete para niños, sino uno de cuero, de verdad, aprobado por la Asociación de Béisbol Juvenil.

Una vez Root hubo apagado las velas de un soplido y cesó el aplauso de los tres, y volvió a encenderse la luz del comedor, el profesor se dio cuenta de una nota que estaba tirada debajo de la mesa. Teniendo en cuenta la situación tan confusa en la que se encontraba en aquel momento, fue muy oportuno, tanto para él como para Root, pues en la nota estaba escrito el lugar donde estaba guardado el regalo de cumpleaños de Root. Gracias a esto, el profesor fue comprendiendo poco a poco la situación en la que se encontraba, y Root pudo recibir el regalo del guante.

Pronto me di cuenta de que el profesor era una persona que no estaba acostumbrada a hacer regalos a nadie. Así, como si quisiera decir que le dolía mucho regalarle algo tan modesto, le dio el paquete. Y cuando Root, lleno de alegría, fue a abrazarle, haciendo un gesto como si estuviera a punto de besarle en la mejilla, el profesor se movió nerviosamente, con aire de no saber qué hacer.

Root no quiso quitarse el guante y si no lo hubiera regañado, habría seguido hasta el final de la cena sin quitarse el guante de la mano izquierda, que tocaba de vez en cuando con la derecha para comprobar su tacto.

Me enteré días después de que la viuda se había encargado de comprar el guante en una tienda de artículos deportivos. Parece ser que el profesor le había pedido que comprara un bonito guante que pudiera recibir cualquier pelota bateada.

Root y yo nos comportamos con naturalidad. No hacía falta perder la serenidad a pesar de haber caído en el olvido en menos de diez minutos. Simplemente se trataba de empezar la fiesta de nuevo, tal como habíamos acordado antes. Nosotros ya teníamos suficiente entrenamiento acerca de los problemas de memoria del profesor. Y entre los dos habíamos decidido algunas reglas; es decir, siempre actuar según las circunstancias para no ofender al profesor con una actitud descuidada. Por lo tanto, debíamos restaurar la situación, siguiendo el procedimiento al que estábamos acostumbrados.

A pesar de todo, aquella noche nos embargaba una desazón que no se podía ignorar, era como la mancha en el mantel de encaje. Daba la sensación de que incluso Root, que acababa de recibir el

guante, se daba cuenta, y desviaba instintivamente la mirada, con naturalidad. Era como lo del pastel, pues, por muy bien que arreglé la nata, el pastel no volvió a ser el de antes. Cuanto más quería creer que no era preocupante, más crecía la inquietud.

Sin embargo, no por eso la fiesta se estropeó. La admiración que sentíamos por el profesor, que nos había presentado la mejor demostración, no disminuyó en lo más mínimo, ni tampoco el enorme cariño que el profesor mostraba hacia Root, pese al pequeño incidente. Comimos, reímos y hablamos encantados de números primos, de Enatsu y de la victoria de los Tigers.

El profesor rebosaba de alegría por poder celebrar el cumpleaños de un niño de once años. Trató un mero cumpleaños de la manera más atenta que pudo. La conducta del profesor me hizo pensar nuevamente lo importante que había sido el día que nació Root.

Acaricié la fórmula de Euler suavemente con los dedos, teniendo cuidado en no rozarla con la mina del lápiz 4B. Con la yema de los dedos sentía las patas cariñosamente curvadas de π , el vigor inesperado del punto sobre la i , y el acabado decidido del círculo del 0. Los Tigers dejaron escapar en la prórroga todas las ocasiones para poder concluir el partido. A medida que se desarrollaban las entradas 12^a, 13^a, 14^a, me venía a la cabeza la idea de que podrían haber resuelto el partido en la 9^a, y aquello me producía un cansancio aún mayor. A pesar de todo lo que hicieron, no pudieron marcar ni un solo punto. Por la ventana se veía la luna llena. Estábamos a punto de cambiar de fecha del día.

El profesor, aunque no estaba acostumbrado a hacer regalos a nadie, tenía un talento extraordinario para recibirlos. Nunca olvidaremos la cara que puso cuando Root le regaló el cromo de Enatsu. Comparado con el pequeño esfuerzo que hicimos para conseguirlo, el agradecimiento que nos dedicó era demasiado grande. En el fondo de su corazón, siempre había un sentimiento de «Cómo puedo merecerlo si mi existencia es tan insignificante...». Igual que se postraba ante los números, dobló las piernas, bajó la cabeza y juntó las manos cerrando los ojos ante mí y ante Root. Pudimos sentir que estábamos recibiendo algo más de lo que le habíamos ofrecido.

El profesor desató el lazo del paquetito, y contempló el cromo durante un buen rato. Levantó la cara como queriendo decir algo pero sin lograrlo, sólo le temblaron los labios, acercó el cromo contra sí cariñosamente, como si fuera Root, o bien como si fueran los mismísimos números primos.

Los Tigers no pudieron ganar. Empataron 3 a 3 en la 15^a entrada de la prórroga. El partido había durado 6 horas y 26 minutos en total.

El profesor entró en un centro médico especializado un domingo, dos días después de la fiesta. Fue la viuda quien llamó para avisarme.

—Ha sido muy repentino, ¿no? —dije yo.

—Ya lo había estado preparando desde hace tiempo. Estaba esperando que nos dieran una plaza —contestó la viuda.

—¿Acaso fue porque violé el horario de trabajo pese a que me lo había advertido la última vez? —le pregunté.

—No —su tono de voz era sereno—. No pienso acusarte de aquello. Yo lo sabía. Sabía que iba a ser la última noche que mi cuñado podía pasar con su único amigo. Tú también lo notaste ¿verdad?

Yo, sin saber qué contestarle, permanecí callada.

—La cinta de ochenta minutos se ha estropeado. La memoria de mi cuñado ya no puede avanzar, ni un minuto, a partir del año 1975.

—No me importaría ir a atenderle al centro.

—No hace falta. Allí le atenderán en todo. Y además... —titubeó una vez, pero continuó—. Estoy yo. Mi cuñado no podrá recordarte nunca en su vida. Sin embargo, de mí nunca se olvidará.

El centro se situaba en un lugar a cuarenta minutos en autobús desde el centro de la ciudad en dirección hacia la costa. Se situaba en la parte de atrás del antiguo aeródromo que estaba en lo alto de una colina relativamente elevada, tras desviarse de la carretera provincial que seguía la costa. Desde las ventanas de la sala se veía la pista de despegue y aterrizaje agrietada, un hangar cuyo tejado tenía malas hierbas, y más allá, a lo lejos, una franja de mar. Durante los días que hacía buen tiempo, tanto las olas como el horizonte estaban envueltos por el esplendor del sol, y se convertían en un cinturón de luz.

Root y yo íbamos a visitar al profesor una vez cada mes o cada dos. Los domingos por la mañana, preparaba unos bocadillos, los metía en una cesta, y nos subíamos al autobús. Hablábamos un buen rato en la sala y salíamos a la terraza para comer juntos. Los días apacibles, el profesor y Root peloteaban en el césped del jardín delantero. Después, tomábamos el té, charlábamos, y nos despedíamos de él para llegar a tiempo para el autobús de las 13 h 50.

A menudo la viuda estaba allí. Normalmente salía discretamente a hacer compras, pero a veces tomaba parte en la charla o nos ofrecía dulces. Parecía estar haciendo modestamente el papel de única persona que el profesor podía recordar.

De tal manera y durante varios años continuaron nuestras visitas hasta que el profesor murió. Root cursó la secundaria y siguió jugando al béisbol como segunda base hasta que se lesionó la rodilla en la universidad. Durante ese tiempo yo siempre seguí siendo asistente en la Agencia *Akebono*. Root, para el profesor, siempre era el niño al que debía proteger, incluso cuando llegó a la edad de llevar la barba descuidada y medía un palmo más que yo. Root le ofrecía la cabeza, medio inclinado, para que el profesor, que ya no podía llegar a la gorra de los Tigers por mucho que alargara el brazo, pudiera despeinarle el pelo a su gusto.

El estilo de la americana del profesor no cambió. Simplemente, las notas que cubrían la americana fueron volviéndose inútiles y se fueron cayendo una tras otra. La nota que había escrito y vuelto a sujetar tantas veces: «Mi memoria sólo dura 80 minutos» ya se había caído no sé cuándo, quedaba sólo el imperdible, y la nota con mi caricatura dibujada y el signo de la raíz cuadrada se había decolorado, secado y caído a pedacitos.

El símbolo que las sustituía era el cromó de béisbol que colgaba de su cuello. Era el cromó especial de Enatsu que le habíamos regalado. Fue la viuda quien hizo un pequeño agujero en el borde de la funda transparente y pasó un cordel para que pudiera llevarlo siempre consigo. Cuando lo vi por primera vez pensé que era una tarjeta de identidad necesaria para entrar y salir del centro.

Y en el fondo podría decirse que era exactamente una tarjeta de identidad, pues identificaba realmente al profesor. En el pasillo que quedaba a contraluz, era la oscilación del cromó que llevaba en el cuello lo que me indicaba que era el profesor quien venía caminando hacia la sala de visitas.

Por otro lado, también Root llevaba sin falta el guante que le había regalado el profesor. Pelotear con el profesor era como un torpe juego infantil, y sin embargo los dos lo pasaban estupendamente. Root lanzaba allí donde el profesor era capaz de recibir más fácilmente y podía capturar cualquier pelota, hasta las más sorprendentes. La viuda y yo nos sentábamos en el césped una al lado de la otra y aplaudíamos las jugadas más bonitas. Aunque llegó el momento en que el guante se le quedó demasiado pequeño, Root siguió utilizándolo, diciendo que, para un segunda base, era mejor algo ajustado porque permitía pasar la pelota rápidamente. Ya había perdido su color, el borde se había gastado y se había borrado la marca de la etiqueta, pero aguantaba todavía sin desmerecer. Sólo pasándole la punta de los dedos se dibujaba en él el perfil de la mano izquierda de Root. El cuero desgastado, que había recibido innumerables pelotas, inspiraba hasta algo de respeto.

La última visita fue el otoño en que Root cumplió 22 años.

—¿Sabes que todos los números primos excepto el 2 se pueden clasificar en dos grupos?

El profesor, sentado en un sillón donde daba bien el sol, tenía agarrado el lápiz del 4B. No había nadie excepto nosotros en la sala y se percibían lejanos los pasos de las personas que pasaban por el pasillo de cuando en cuando. Sólo me llegaba distintamente al oído la voz del profesor.

—Tomando «n» como número natural, pertenece a uno de los dos tipos; $4n + 1$ o bien $4n - 1$.

—¿Se pueden dividir la infinitud de números primos existente en sólo dos grupos?

Estaba completamente admirada. Las fórmulas que nacían del lápiz 4B eran siempre sencillas, y sin embargo lo que significaban era enorme.

—Por ejemplo, el 13...

—Es $4 \times 3 + 1$ —contestó Root.

—Correcto. ¿Y si es el 19?

—Es $4 \times 5 - 1$.

—Realmente estupendo —asintió muy feliz el profesor con la cabeza—. Ahora añadiré una cosa más. El número primo de la primera serie puede expresarse como la suma de dos cuadrados. Sin embargo, la segunda serie nunca puede expresarse.

—Es $13 = 2^2 + 3^2$.

—Con la sencillez que posee Root, la belleza del teorema de los números primos luce con más brillo todavía.

La felicidad del profesor no era nunca proporcional a la dificultad del cálculo. Por muy sencillo que fuera el cálculo, la alegría venía del hecho de poder compartirlo.

—Root ha aprobado unas oposiciones para profesores de escuela secundaria. Será profesor de matemáticas a partir de la primavera del año siguiente.

Se lo comuniqué al profesor con orgullo. El profesor se levantó e intentó abrazarle. Sus brazos eran frágiles y temblaban. Root cogió aquellos brazos y los acercó a sus hombros. En el pecho del profesor se agitaba el cromó de Enatsu.

El fondo era oscuro, los espectadores y también el marcador estaban sumidos en la oscuridad, sólo se veía surgir entre la luz a Enatsu. Era el momento en el que justamente bajaba la mano izquierda tras lanzar. El pie derecho plantado firmemente en tierra, los ojos bajo la visera contemplaban la pelota que iba a ser absorbida por el guante receptor. La nube de polvo que flotaba levemente aún sobre el montículo revelaba la fuerza con que había sido lanzada la pelota. Era Enatsu lanzando la pelota más rápida de su vida. A través del hombro del uniforme con rayas verticales se veía el dorsal. El número perfecto: el 28.

*

Platón y Ramanujan en la cabaña de un ocioso

Como en broma, que así se dicen las cosas muy serias, los matemáticos suelen hablar de El Libro, en el que Dios tiene escritos los teoremas más relevantes, con pruebas perfectas, y del cual los humanos, en los momentos más inspirados, pueden atisbar, escribiendo con sus descubrimientos, modestas aproximaciones al texto ideal que expresa el lenguaje en que se cifra la realidad. En Él no hay sitio para la fealdad.

Tampoco lo hay en este relato de Yoko Ogawa, tersa narración de la sólo en apariencia inverosímil epifanía, en la que la modesta asistenta y su hijo Root, de cabeza plana, son agitados por el desvalido profesor, Quirón, inmovilizado, que con sus flechas señala y a ratos consigue que “la luz atraviese el cielo, sin que lo impida la lluvia ni la oscuridad”.

Japón es el Extremo Oriente, casi nuestro antípoda. En la literatura tiene sus tradiciones y géneros propios. Una de ellas es la de las grandes escritoras. Otro el de la vida retirada y meditabunda. Ecos de ambas, de Sikibu, Shoganon y Kemko pueden encontrarse en este relato iniciático.

En él asistimos al emocionado ajeteo, de venerable filiación platónica, entre la anónima doméstica, el también ¿innombrable? Profesor y el pupilo Root. Entre idas y venidas, tareas caseras y cuidados piadosos a su muy especial cliente, éste va desvelando las arcanas relaciones numéricas que los datos cotidianos más anodinos pueden encerrar. El mundo transcurre frenético en derredor, pero al interior de la destartada vivienda, cruce de la choza del Tsurezuregusa kemkiano con la caverna de La República, sólo llegan ecos radiofónicos y sombras fotográficas que, desvelados como signos permitirán, tras la plegaria de la atención, el conocimiento.

Los signos primeros son los números. La teoría de Números es reputada como la parte más hermosa y enigmática de las Matemáticas. El a primera vista poco verosímil proceso descrito en la novela ha ocurrido realmente. Si en nuestro país, azucarado en la prensa rosa, se leyeran biografías como la de Ramanujan, sus escenas en el Cambridge del atónito Hardy parecerían más improbables que el argumento de nuestra autora. La teoría trata de los números naturales, los que aprende cada niño en su aurora escolar. Sus enunciados pueden entenderse por cualquiera. Sus demostraciones pueden requerir las mejores mentes durante siglos. Sus premios son celebrados en los países civilizados por el público general, como no hace mucho mostró el caso del Último Teorema de Fermat. Últimamente, los afanes de sus protagonistas ocupan las pantallas de cine. Esta teoría es el cuarto protagonista que en el relato ocupa compulsivamente a los personajes.

En el proceso, madura el carácter que en potencia yace en Root. Como el Newton que “... cual niño que jugando en la playa de tarde en tarde encontraba un guijarro más fino o una concha más hermosa de lo normal, ante el océano inexplorado de la verdad...”, la reflexión está al alcance de todos, agamenones o porqueros, asistentes o huérfanos y, ejerciéndola, el niño sin raíz se sitúa mediante el descubrimiento autónomo e inopinable. El huérfano sin origen llega a estar “con el pie derecho plantado firmemente en tierra”. Cualquier adolescente en el doloroso trance de edad de la maduración puede captar, si le dejan, la diferencia entre la formación matemática, que promulgaba la educación clásica y la acusmática, con que los partidarios de la ingeniería social quieren

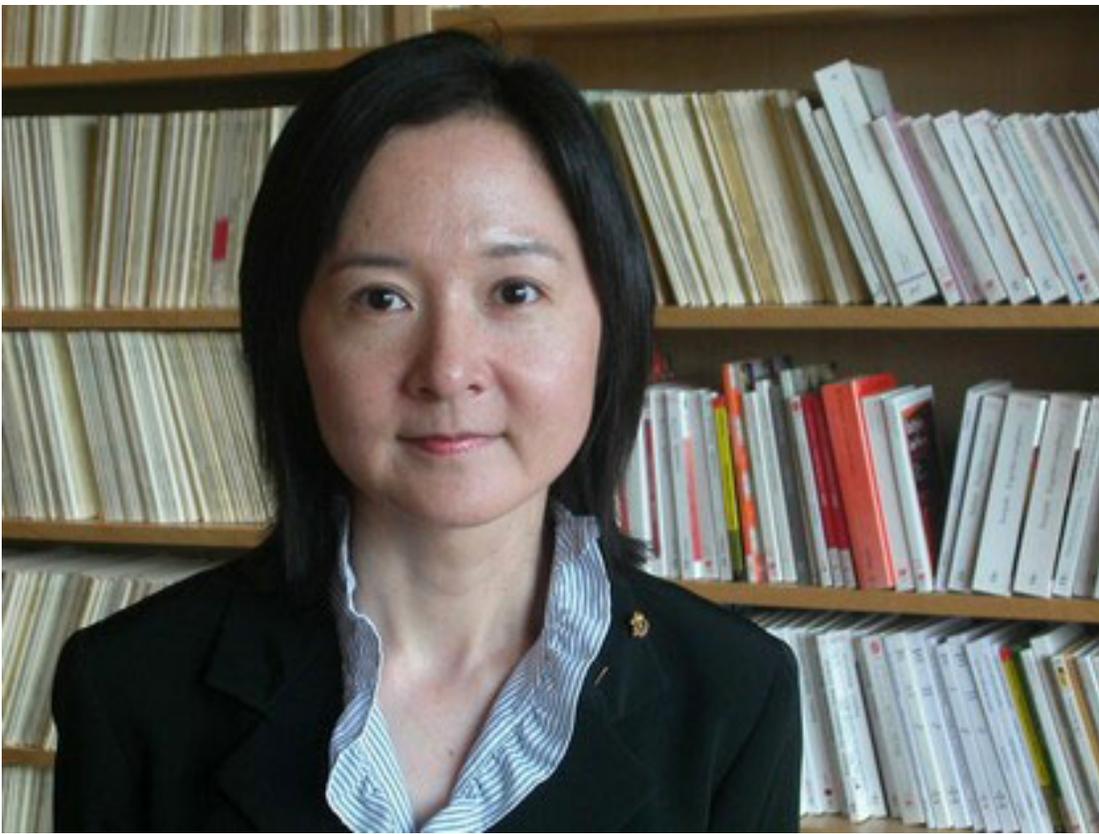
moldearlo en la actualidad.

A todo ello se alude elegantemente en esta obra, con la elusividad precisa que cumple a lo japonés. Alguno de sus renglones (*El verano pasa / mientras decimos / qué calor, qué calor*) no hubieran sido desdeñados por Bashô o Buson.

Japón tiene sus tradiciones, nosotros las nuestras. La desatención de lo mucho que sus letras importan, doblada con el desdén de la cultura matemática, están entre las más asentadas en estos pagos. En los años recientes hemos comenzado a tener ediciones dignas de los grandes clásicos japoneses, ampliando precedentes beneméritos de ilustres enamorados de los mismos, tales Antonio Colinas u Octavio Paz. También se está publicando ensayo divulgativo de calidad sobre las matemáticas, que intenta estimular la curiosidad general.

Tenga este libro más fortuna que sus predecesores en ambas vertientes. La merece.

LEÓN GONZÁLEZ SOTOS
Universidad de Alcalá



YOKO OGAWA nace en Okayama en 1962. Estudia en la Universidad Waseda de Tokio. En 1986 inicia una carrera de escritora, inspirada por sus lecturas de los clásicos nipones, *El diario de Ana Frank* y las obras de Kenzaburô Ôe. Ya con su primera novela, *Desintegración de la mariposa*, obtiene en 1988 el prestigioso Premio Kaien, y desde entonces su fama no ha hecho más que crecer en el extranjero. En 1991, logra el gran premio Akutagawa por *El embarazo de mi hermana*, que se convierte inmediatamente en un best-seller en su país.

A partir de entonces todas sus obras son grandes éxitos de crítica y de público en Japón, donde es indiscutiblemente la autora de más ventas. Tras libros como *Amores al margen* (1991), *El anular* (1994), *Hotel Iris* (1996), *Perfume de hielo* (1998), entre otros, en 2003 publica *La fórmula preferida del profesor*, que obtiene varios premios (el Yomiuri, el de las Librerías Japonesas y el de la Sociedad Nacional de Matemáticas, “Por haber mostrado la belleza de esta disciplina”). A raíz del éxito de la novela y de su adaptación al cine, a la radio y al cómic, en 2006 coescribe con el matemático Masahiko Fujiwara *Una introducción a las matemáticas más elegantes*.

Actualmente vive con su familia en la antigua ciudad mercantil de Kurashiki y se dedica exclusivamente a la literatura.